
Faye Godwin
El Secreto de la Doncella Abandonada

EL SECRETO DE LA DONCELLA ABANDONADA

Romance Victoriano



FAYE GODWIN


Tica House
Publishing
Sweet Romance that Delights and Enchants!

Copyright © 2025 de Faye Godwin

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña.

PALABRA PERSONAL DE LA AUTORA



Queridos lectores:

Me alegra mucho que hayan elegido uno de mis libros para leer. Me enorgullece formar parte del equipo de escritores de Tica House Publishing. Nuestro objetivo es inspirarlos, entretenerlos y brindarles muchas horas de placer lector. Agradecemos profundamente sus amables palabras y su cariñoso apoyo.

¡Les doy la bienvenida!

Con cariño,

Faye Godwin

https://ticahousepublishing.com/romance-espantildeol.html

TABLA DE CONTENIDO

Palabra Personal de la Autora
Parte 1
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Parte II
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Parte III
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Sobre la Autora

PARTE I

CAPÍTULO 1



BINCY SE AFERRABA a la mano de su madre mientras avanzaban por la calle. Mamá caminaba deprisa hoy; llevaba la bufanda ceñida al cuello, el sombrero calado hasta los ojos, y Bincy tenía que apresurarse para no quedarse atrás. Correr le producía una ligera quemazón en el pecho, pero sabía que mamá tenía un buen motivo para tener tanta prisa.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó, deteniéndose para toser.

Mamá bajó la mirada hacia ella. Los ojos de su madre habían sido azules una vez, pero la presión de las penalidades parecía haberles exprimido el color; ahora eran acuosos y grises, como el tiempo.

—Solo a comprar algo para la cena —dijo ella con una rápida sonrisa.

—¿La cena? —el corazón de Bincy dio un vuelco—. ¡Oh, qué bien, mamá! Tengo mucha hambre.

—Ya lo sé, cariño —suspiró mamá. Le dio un tironcito del brazo—. Tú y tus cuatro hermanos, igual que habéis estado durante los siete meses desde que vuestro padre… —se interrumpió.

—¿Por qué se fue? —preguntó Bincy—. ¿Adónde fue?

—Te lo he dicho una y mil veces. No sé adónde fue —dijo mamá secamente—. Y tampoco quiero saberlo. Y en cuanto a por qué se

marchó, supongo que éramos un problema de más para él. —Su voz sonaba amarga.

Bincy apretó con más fuerza la mano de mamá. —Siento haberte puesto triste.

—No es culpa tuya —dijo mamá con un largo suspiro.

—No voy a pensar en él —dijo Bincy, intentando animar a su madre —. Pensemos en la cena tan rica que vamos a tomar pronto. Nos sentaremos todos a comer juntos y será estupendo. No hemos comido nada en todo el día, pero ahora nos iremos todos a la cama con la barriguita llena.

Para sorpresa de Bincy, una lágrima se escapó del rabillo del ojo de mamá. Se la secó rápidamente, pero Bincy la había visto. —¿Por qué lloras? —preguntó, asustada. La última vez que mamá había llorado fue cuando Jack, el hermano pequeño de Bincy, murió durante la noche—. ¿Se ha muerto alguien?

—No, no, mi amor. Nada de eso —dijo mamá—. Chist, ahora. Calla y camina conmigo, sé buena.

Bincy obedeció, cogida de la mano de mamá, mientras llegaban a las afueras del barrio bajo donde vivían. Todos en la zona se habían acostumbrado al olor; era algo extrañamente dinámico, que cambiaba cada mañana y cada vez que soplaba el viento, trayendo alternativamente vaharadas del Támesis putrefacto o el hedor profundo de las fábricas que bordeaban un lado del suburbio.

Las propias calles también tenían su olor particular. No había estiércol de caballo en ellas; en su lugar, el excremento animal que yacía allí era de una naturaleza más nociva, mezclado con los cadáveres en descomposición de ratas y ratones. Tampoco había comida podrida por las calles. Alguien la habría recogido y devorado, sin importar lo mala que estuviera. Bincy lo sabía porque había habido días en los que ella misma habría sido gustosamente ese alguien.

Pero hoy no iba a ser uno de esos días. Iban a comprar la cena, había dicho mamá. Dejaron atrás el barrio bajo y se dirigieron hacia el mercado. Bincy logró dar uno o dos saltitos mientras mantenía el paso de su madre.

El mercado bullía de gente. Bincy se mantuvo pegada a la falda de mamá mientras se abrían paso entre el gentío, mirando con los ojos como platos la plaza y las tiendas que la rodeaban. Había un ultramarinos, una panadería e incluso una costurera. A Bincy le gustaban los vivos colores de los vestidos que se exhibían con orgullo en el escaparate. Sin embargo, sabía que no debía preguntarle a mamá si podía tener uno. En su lugar, decidió poner sus esperanzas en las fragantes hogazas de pan recién hecho que se apilaban en hileras doradas frente a la panadería.

—¿Vamos a coger una de esas, mamá? —preguntó.

Mamá parecía distraída. —¿Mmm? ¿Qué?

—Una de esas hogazas, mamá. ¿Vamos a coger una para cenar?

—Oh. Sí, cariño. La que tú quieras —respondió mamá.

Se había detenido en medio de la plaza y miraba a su alrededor, como si estuviera perdida. Bincy tiró de su mano, avanzando hacia la panadería. —Vamos, mamá —dijo—. Tengo hambre.

Mamá tiró de Bincy hacia atrás. —Ven aquí —dijo, un poco enfadada. Cerrando los ojos, respiró hondo y luego se arrodilló. Su expresión era más dulce ahora mientras miraba a Bincy a los ojos. Parecía completamente agotada; incluso los mechones de pelo gris que le colgaban a ambos lados de la cara parecían mustios y sin vida, como los cabos deshilachados de una alfombra que llegaba al final de su vida útil.

—Lo siento, mamá —susurró Bincy.

Mamá negó con la cabeza, y Bincy creyó ver caer otra lágrima mientras su madre se enderezaba y le daba un rápido beso en la

coronilla.

—No, cariño —dijo en voz baja—. Yo lo siento. Ahora, ¿por qué no vas a la panadería y eliges una hogaza para la cena?

—¡Sí! —Bincy dio un brinco de emoción—. ¡Voy a coger la más grande, mamá! ¡La más grande de todas!

Se soltó con impaciencia de la mano de mamá y corrió hacia la panadería. Las hogazas eran rollizas y redondas, sus cortezas horneadas hasta una dorada perfección, y los ojos de Bincy encontraron inmediatamente la más grande. Se puso de puntillas, señalándola. —¡Esa, mamá! Cojamos esa. Comeremos todos hasta reventar. Vamos, comprémosla. ¿Mamá?

Bincy se dio la vuelta y todo su mundo pareció tambalearse de horror. Mamá no estaba por ninguna parte. Giró sobre sí misma, buscando por todos lados, pero el mundo estaba lleno de un extremo a otro de un gentío de desconocidos sin rostro.

—¡Mamá! —gritó Bincy—. ¡MAMÁ! ¿Dónde estás? —corrió hacia la multitud, olvidándose del pan, empujando y abriéndose paso a pesar de las voces airadas que la rodeaban—. ¡Mamá! —chilló—. ¡MAMÁAAA!

Entonces, con un alivio tan grande que casi la hizo caer de rodillas, Bincy la divisó. Estaba de pie al otro extremo de la plaza, hablando con un hombre alto vestido con uniforme de policía. Bincy salió de la multitud a trompicones, sin aliento. Intentó llamar a su madre a gritos, pero un ataque de tos la sobrevino, doblándola por la mitad. Tosía y tenía arcadas, con los ojos anegados en lágrimas, pero no apartó la vista de mamá.

Mamá la había oído, pero no se acercaba. En su lugar, se limitó a señalar a Bincy mientras le decía algo al policía. Él miró a Bincy y asintió secamente. Luego, caminó hacia ella... y mamá le dio la espalda y se marchó.

Bincy recuperó el aliento por fin.

—¡Mamá! —gritó, precipitándose hacia delante, mientras la tos volvía a apoderarse de ella, a abrumarla—. Mamá —jadeó, pero la palabra no fue más que un sonido ahogado, un susurro entre sus jadeantes bocanadas de aire.

El policía estaba casi sobre ella, pero Bincy lo ignoró, avanzando a trompicones hacia el lugar por donde su madre había desaparecido entre la multitud. Él se abalanzó sobre ella y la niña lo esquivó, soltando un grito de pánico antes de echar a correr de nuevo, mas sus cortas piernas no eran rival para las de él. De una zancada la alcanzó, y un fuerte puño se cerró sobre su brazo, tirando de ella hacia atrás.

—¡No! —Bincy le dio manotazos, presa del pánico—. ¡Suélteme! ¡Necesito a mi mamá!

—Sí, sí, ya lo sé —gruñó el policía, quitándosele de encima las manos sin esfuerzo—. Vamos a encontrar a tu mamá. Esa mujer dijo que se fue por aquí.

—Ella es mi mamá —jadeó Bincy, sin aliento por el esfuerzo. Agarró la manga del policía, mirándolo—. Ella es mi mamá.

—Ya te he dicho que la encontraremos —dijo el policía, enojado. Sus ojos se movían con rapidez, y una barba incipiente le cubría la papada.

—No. ¡*Esa* era mi mamá! —Bincy señaló en la dirección por la que se había ido mamá.

Los ojos del policía se abrieron de par en par. Se irguió, escudriñando entre la multitud, y escupió una palabrota—. Me ha engañado —espetó—. ¡Estúpida mujer! Y ahora, ¿qué se supone que haga contigo?

—¡Encuentre a mi mamá! —Bincy se aferró a su manga, con las lágrimas cayéndole a raudales por las mejillas—. ¡Vaya a buscar a mi mamá! ¡La necesito!

—¡Calla ya! —le espetó el policía, dándole una sacudida tan fuerte que le castañetearon los dientes—. Cállate para que pueda pensar.

—¡Quiero a mi mamá! —gimió Bincy.

La bofetada del policía llegó de la nada. Resonó en su cara y la conmoción —más que el dolor— la dejó helada. Nadie le había hecho daño jamás. Miró fijamente al policía, y el susto le secó las lágrimas al instante. El hombre tenía la boca torcida en un gesto de disgusto.

—Debería dejarte marchar y ya está —refunfuñó—. Puedes ir a buscar a tu madre, esa zascandila, tú solita. Seguramente te ha abandonado porque no sabe quién es tu padre.

—Papá se ha ido —susurró Bincy—. Necesito a mamá.

El policía pareció a punto de abofetearla de nuevo. Bincy se encogió, y entonces una voz clara habló desde algún lugar detrás de ella—. ¿Qué ocurre aquí, Thompson?

Bincy vio que el policía se estremecía ligeramente. Se enderezó—. Una niña abandonada en el mercado, señor.

—¿Abandonada, dice? —Otro policía apareció ante su vista. Este era mayor; tenía un matojo de pelo blanco, y algo en sus ojos castaños hizo que Bincy quisiera correr hacia él. Parecía el abuelo de alguien.

—Sí. Se me acercó una mujer y me dijo que había una niña deambulando por el mercado. Me la señaló y se largó. Resulta que era la madre.

—Oh, válgame Dios. —La voz del policía mayor era amable. Se arrodilló frente a Bincy, estudiándola con lástima—. ¿Qué vamos a hacer contigo, entonces, pequeña?

Bincy se había llevado el puño a la boca. Se lo chupaba, sin dejar de mirar al policía.

—¿Adónde se ha ido tu mamá, cariño? —preguntó el policía.

—Por allí —susurró Bincy, señalando.

Los policías intercambiaron una mirada—. Ya estará lejos —dijo el más joven—. No la encontraremos jamás.

—*Tiene* que encontrarla —sollozó Bincy—. La necesito.

—Tranquila, pequeña. —El policía mayor le cogió la mano, apartándola con delicadeza del más joven—. No pasa nada. Vas a venir conmigo y te llevaré a un lugar seguro, ¿entiendes? Todo va a salir bien.

—¿Y mi mamá? —preguntó Bincy.

Pudo ver la congoja en los ojos del policía—. Tu mamá no está aquí para cuidar de ti ahora mismo —dijo con amabilidad—. Así que vamos a llevarte con alguien que pueda hacerlo. Vamos, cariño. Todo va a salir bien. Ya verás, todo saldrá bien.

Bincy no supo qué más hacer, así que le cogió la mano al policía y le creyó.

CAPÍTULO 2



La cabecita de Bincy se balanceaba sobre el hombro del policía. No había caminado mucho antes de que él la cogiese en brazos y se la colocara sobre la cadera, pero aun así las piernas le dolían de puro agotamiento y sentía cómo le gorgoteaba la respiración en los pulmones. Tenía calor y solo quería a su mamá, pero estaba demasiado cansada para protestar o llorar. Contemplaba con apatía las casas que el agente dejaba atrás mientras recorría la calle, sosteniendo sin esfuerzo el peso de Bincy con la fuerza de un solo brazo.

—Yo que tú no la habría cogido —dijo el policía más joven, que caminaba a su lado—. Piensa en los piojos.

—No es nada que un buen baño no pueda arreglar —dijo el policía mayor—. Algo que llevas tiempo sin darte, ¿verdad, pequeña? Bueno, pues aquí te van a asear y a dar de comer, y en un periquete te sentirás mucho mejor.

Bincy levantó la vista. Habían llegado a un edificio alto y gris rodeado por una elevada valla de empalizada; estaba rematada con pinchos, que hicieron que Bincy temblara un poco mientras el policía se acercaba a la verja. El agente más joven la mantuvo abierta y entraron con Bincy en brazos. La verja se cerró tras ellos de un golpe y el policía más joven corrió el cerrojo con un estrépito metálico que resonó con una irrevocable rotundidad.

La puerta de roble estaba protegida por una reja de hierro, y los policías tuvieron que llamar y esperar en el umbral durante un largo minuto antes de que se oyeran unos pasos procedentes de las profundidades de la casa. El eco sonaba como si quien caminaba se estuviera moviendo por un pasillo enorme y vacío.

—¿Dónde estamos? —gimió Bincy.

—Estamos en un lugar que cuida de niñas pequeñas como tú —dijo el policía mayor con voz tranquilizadora.

La puerta se abrió. El vestíbulo era tan gigantesco y solitario como Bincy había imaginado, y en el umbral había una mujer tan delgada y severa que parecía más un cuchillo de pan que un ser humano. Llevaba el pelo muy corto, pegado a la cabeza, y su vestido negro se aferraba miserablemente a su figura como si no le quedara más remedio. Su nariz era marcadamente aguileña, pero los ojos, apagados y exhaustos, se posaron primero en el policía, luego en Bincy y de nuevo en el hombre.

—¿Otra? —suspiró la mujer—. ¿Cuándo va a dejar de traerme expósitos, Bert?

—¿Adónde más quiere que los lleve? —preguntó el policía mayor en voz baja—. No puedo imaginarme a una cosita como esta metida en un hospicio, Agatha. Sabe que no puedo hacer eso.

—Supongo que sí —dijo la mujer.

—¿Tiene sitio? —preguntó Bert.

—Sí, pero solo para una más —dijo la mujer—. Tendrá que bajarla. Ya no puedo cogerlos en brazos, no con mi espalda.

Bert bajó a Bincy suavemente al suelo. Al instante, ella se aferró al brazo de él con un chillido. —¡No! ¡No me suelte! —gritó—. Quiero a mi mamá. Por favor, ¡lléveme con mi mamá!

—Ahora tienes que ir con esta buena señora —dijo Bert—. Es la señora Price, y va a cuidar muy bien de ti. No tienes que

preocuparte, pequeña.

—¡Quiero a mamá! —gritó Bincy—. ¿Dónde está mamá? ¡Llévenme con mamá!

—Tu mamá no está aquí ahora —empezó a decir Bert, pero la señora Price lo interrumpió.

—Créame, no sirve de nada —dijo con impaciencia, agarrando a Bincy del brazo—. No hay nada que pueda hacer para mejorarlo. Vuelva a su trabajo, Bert. Y procure no encontrarse más niños perdidos en unos meses.

Bert miró a Bincy, angustiado. —Está tan asustada… —dijo, apartando su brazo con delicadeza.

—¡NO! —chilló Bincy—. ¡MAMÁ! ¡VUELVA!

—Váyase, Bert —dijo la señora Price, arrastrando a Bincy hacia dentro—. Solo váyase. —Cerró la puerta de un portazo, y Bincy se arrojó contra ella, desesperada por escapar de aquel nuevo y extraño lugar.

—¡VUELVA! —gritó—. ¡Por favor!

—¡Silencio ya! —espetó la señora Price.

Bincy se encogió, esperando otro golpe. En lugar de eso, la señora Price la levantó y se arrodilló para mirarla a la cara, aunque parecía costarle un esfuerzo. Sus ojos estudiaron a Bincy con una mezcla de fastidio y pena.

—Escúchame, niña —dijo—. Tu mamá se ha ido. No va a volver. Ahora tienes que ser una niña buena y venir conmigo, y así las cosas no irán tan mal.

—Pero… —empezó Bincy.

—Ahora, dime tu nombre —ordenó la señora Price.

Su voz era tan autoritaria que Bincy no sintió que tuviera otra opción. —Bincy —susurró—. Bincy Hall.

—Bien. ¿Y cuántos años tienes?

—Siete —murmuró Bincy.

La señora Price suspiró. De repente pareció muy cansada. —Vamos, entonces. —Se levantó con rigidez, tomando la pequeña mano de Bincy entre las suyas. Su agarre era frío y huesudo—. Se está haciendo tarde. ¿Tienes hambre?

Con los ojos como platos, Bincy asintió fervientemente.

—Claro que la tienes. —La señora Price negó con la cabeza—. Vamos a darte algo de comer. ¿Te parece bien?

—Sí —susurró Bincy. Pero mientras la señora Price la conducía por el oscuro pasillo, no pudo evitar mirar por encima del hombro hacia la puerta.

Todavía quería a su mamá.

LA SOPA ERA lo más mágico que Bincy había probado en su vida. Tenía verduras e incluso algunos trozos de carne, y Bincy se descubrió devorándola tan rápido como pudo, distraída de su miedo por la forma en que la calentaba por dentro. Se tomó dos tazones antes de que finalmente, sin aliento y tan llena que apenas podía moverse, se detuviera.

Bincy tenía el estómago lleno, pero el comedor a su alrededor bostezaba de vacío. Las paredes eran de un gris sombrío y el salón estaba repleto de hileras de mesas rectas de madera con bancos incómodos. Bincy nunca había estado en un edificio tan grande. Dejó el cuenco vacío sobre la mesa y alzó la vista con nerviosismo

hacia la señora Price, que estaba de pie cerca de ella, observándola con ojo crítico.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Bien. Ahora, a la cama —dijo la señora Price.

Esta vez no le cogió la mano a Bincy mientras la sacaba del comedor. Bincy quiso agarrarle la falda mientras recorrían otro pasillo, pero no tuvo el valor. En su lugar, preguntó en un susurro: —¿Qué es este sitio?

—Es un orfanato, Bincy —dijo la señora Price. Al ver la mirada perdida de Bincy, suspiró, cediendo un poco—. Un lugar para que vivan los niños que ya no tienen mamá.

—Pero yo sí que tengo una mamá —dijo Bincy—. ¿Cuándo podré verla? ¿Cuándo vendrá a por mí?

La señora Price se detuvo ante una puerta cerrada. Bajó la mirada hacia Bincy, y a la pequeña le pareció atisbar una lágrima en el duro ojo de la señora Price. Durante un largo rato, Bincy esperó a que la mujer dijera algo. En cambio, la señora Price se limitó a erguir los hombros y abrir la puerta.

—Este es tu cuarto —dijo.

Bincy entró. La habitación era casi tan grande como toda la casa de vecinos en la que vivía con su madre y sus cuatro hermanos, y estaba casi igual de abarrotada. Había dos literas arrimadas a las esquinas más alejadas de la estancia, y el cuadrado de luz que entraba por la puerta abierta hizo que tres rostros se asomaran por debajo de las sábanas en las camas.

—June, Fran, Mae, esta es Bincy —dijo la señora Price—. Se va a quedar en vuestro dormitorio con vosotras.

—¿Tiene que hacerlo? —preguntó una de las niñas, con voz irritada.

—No hagas que te recuerde cuál es tu lugar, Mae —espetó la señora Price con un destello en la mirada—. Y ahora, a la cama, Bincy. Quédate quietecita en tu litera hasta que suene la campana mañana por la mañana.

Bincy se giró, agarrándose a la falda de la señora Price presa del pánico, queriendo gritarle que no se fuera. Pero la mujer ya había desaparecido y la puerta se cerró tras ella con un chasquido. Temblando un poco, Bincy se dirigió a la litera más cercana. La de abajo estaba vacía, pero en la almohada de la de arriba se veía un revoltijo de pelo negro.

—Perdona —dijo Bincy, tirando de las sábanas. Le temblaban las manos.

La ocupante de la litera se dio la vuelta y fulminó a Bincy con la mirada.

—¿Qué quieres? —exigió la niña mayor.

—¿Puedo meterme en la cama contigo? —gimoteó Bincy—. Tengo frío y estoy asustada.

La niña la miró fijamente por un instante, y el corazón de Bincy latió con fuerza. Tenía tanto miedo de tumbarse en una cama sola en aquella noche oscura y desconocida. Entonces la niña pareció ceder y se movió un poco hacia arriba.

—Claro —dijo—. Entra.

—Gracias. —Bincy subió unos peldaños por la escalerilla, extendiendo la mano hacia el colchón. Apenas había tocado su áspera superficie cuando un pie se plantó de lleno en su pecho. Con un chillido de espanto, cayó hacia atrás y aterrizó pesadamente en el suelo, sentándose de golpe. El dolor y el miedo le devolvieron las lágrimas a los ojos, y sintió cómo le corrían por las mejillas mientras miraba en silencio a la niña de la litera de arriba.

La niña se echó a reír. —¿De verdad pensabas que iba a dejar que una cosita miserable como tú se metiera en mi cama? —exigió—. Vete. No te queremos aquí.

Lloriqueando, Bincy se dio cuenta de que no tenía otra opción. Se metió en la litera de abajo; comparado con el jergón de su casa, el duro colchón de paja era blando. Sin embargo, no le sirvió de consuelo mientras se envolvía en la manta y hundía el rostro en la almohada grumosa. Los sollozos le desgarraban el cuerpo. Echaba tanto de menos las cálidas curvas de su mamá, e incluso el enredo de extremidades en disputa en que a menudo se convertía su cama cuando todos sus hermanos también estaban en ella.

—¡Oye, la nueva! —ladró otra de las niñas mayores.

Bincy levantó la vista, y el susto silenció sus sollozos.

—Intenta llorar en silencio —espetó la niña—. Aquí intentamos dormir.

Se oyó una oleada de risitas crueles de las otras niñas, y Bincy se acurrucó más profundamente en su cama, tratando de ahogar los sollozos que brotaban de lo más hondo de su alma.

CAPÍTULO 3



BINCY SE AFERRABA a la falda de Mae como si le fuera la vida en ello mientras la marea de niñas las arrastraba en una corriente imparable hacia el comedor. La tela áspera le rozaba los dedos y Mae caminaba sin cuidado, empujándola a veces contra la pared, pero Bincy se negaba a soltarla. Contemplaba la mano de Mae, que se balanceaba a su lado mientras andaba. Deseaba con todas sus fuerzas deslizar su pequeña mano en la de Mae y sentir la reconfortante presión de sus dedos alrededor de los suyos, pero tenía demasiado miedo.

—¿Por qué sigues dejando que ese bichito te ronde? Ya hace semanas que la toleras —dijo una de las amigas de Mae, Edith.

Había un gran círculo de ellas rodeando a Mae; todas niñas mayores, y todas con el mismo semblante duro que tenía Mae. Bincy se decía a sí misma que se sentía segura en el centro del círculo, pero algunas de ellas todavía le lanzaban la misma mirada severa que Edith lucía ahora.

—Oh, ya sabes lo que dice la señora Price de que debemos ayudar a las pequeñas —dijo Mae, dándole a Bincy una palmadita en la coronilla. Su voz cantarina provocó una carcajada entre las demás del círculo, y Bincy se agarró a su falda con un poco más de fuerza.

Llegaron al comedor. Había parecido tan vacío el día que Bincy llegó hacía unas semanas, pero ahora, mientras el torrente de niñas se derramaba en la sala, estaba lleno casi a rebosar. Bincy lanzó una

mirada al corrillo de las niñas más pequeñas, que inmediatamente se apresuraron a un rincón y esperaron allí, con los ojos muy abiertos.

Mae y sus amigas pasaron de largo junto a ellas, a veces empujándolas o pisándoles los pies mientras se dirigían a la mesa del frente, la más cercana a las mesas donde los cuencos calientes de gachas del desayuno habían sido dispuestos para ellas. Bincy se estremeció, manteniéndose cerca de Mae. No quería ser una de esas niñas pequeñas y rechazadas que tenían que esperar a que Mae y las demás hubieran cogido su comida para poder disputarse las sobras.

—Quédese ahí —le ordenó Mae a Bincy, apartando su mano de la falda. Ocupó su asiento en la mesa, y las otras niñas hicieron lo mismo.

—Pero, Mae, aún no tiene usted nada para comer —dijo Bincy, lanzando una mirada anhelante hacia las mesas.

Mae se reclinó en la silla. Sus rizos dorados caían libremente sobre su rostro mientras le dedicaba a Bincy una mirada larga y fría—. Entonces, supongo que más te vale hacer algo al respecto, ¿no crees?

Bincy la miró fijamente, sin comprender. Mae puso los ojos en blanco, suspirando de forma dramática.

—Ve a por nuestra comida, bichito estúpido —dijo, señalando con enfado los cuencos alineados en la mesa—. Y no te entretengas. No tenemos todo el día.

—¡Oh! —Bincy casi hizo una reverencia, aliviada al comprender—. Por supuesto, Mae.

Se apresuró a marcharse, contenta de poder ser útil a su nueva amiga. Tan rápido como pudo, llevó los cuencos de dos en dos a las amigas de Mae. Le costó varios viajes, y los cuencos calientes le quemaban las manos.

—Bincy, ¿qué está haciendo? —preguntó la señora Price cuando Bincy regresaba en su quinto viaje hacia las amigas de Mae.

—Solo ayudo a mis amigas, señora —dijo Bincy educadamente, manteniendo la vista fija en la mesa.

—¿A qué se refiere con…? —comenzó a decir la señora Price.

Se oyó un fuerte estrépito al otro extremo de la mesa. Bincy se encogió y la señora Price se giró bruscamente.

—¡Oh, Faye! —exclamó consternada, mirando a la niña pequeña que estaba de pie junto a un pegote de gachas esparcido por el suelo entre los trozos rotos del cuenco—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Se apresuró hacia la niña que lloraba, y Bincy volvió corriendo a la mesa con los dos cuencos. Dejó el último delante de June, la niña que la había empujado de la litera en su primera noche, y luego ocupó su lugar en el extremo de la mesa.

Las gachas eran grises e insípidas, pero estaban calientes, y cuando se deslizaron por la garganta de Bincy hasta su encogido estómago, le sentaron bien. Engulló tres bocados rápidos antes de que Mae hablara. —¡Oye, Bincy!

Bincy levantó la vista, con la cuchara todavía en la boca.

—He terminado lo mío —dijo Mae—. Y soy mucho más grande que tú. Dame un poco de lo tuyo, ¿quieres?

—Por supuesto. —Bincy se levantó de un salto y corrió hacia Mae, vertiendo parte de sus gachas en el cuenco de Mae.

—Yo también —dijo Edith, tendiendo su propio cuenco, aunque todavía estaba medio lleno. Bincy, obediente, hizo lo que le pedía. Miró su cuenco y vio que le quedaba menos de un tercio de las gachas.

Mae lo miró con indiferencia y resopló. —Es más que suficiente para una migaja como tú —dijo—. Ve a sentarte al final de la mesa, sé

buena.

Bincy se alejó, sintiendo un dolor en el corazón. Mae se rio a sus espaldas. —¿Ves, Edith? —dijo—. Es un bichito útil, la verdad.

La risa de Edith fue cruel. —Ya veo por qué la tienes cerca.

Bincy volvió a ocupar su lugar al final de la mesa, comiéndose las gachas lentamente con la cuchara para que le duraran lo más posible. Sabía que nadie podía ver las lágrimas que goteaban de sus mejillas y caían en el lodo gris de su desayuno.



BINCY MIRABA FIJAMENTE la pizarra al frente de la lóbrega auliya. Balanceaba las piernas de un lado a otro bajo su pequeño pupitre, resistiendo el impulso de acercarse más a donde Mae estaba sentada a su lado, aunque el frío de la sala la impulsaba a acurrucarse todo lo que podía junto a la niña mayor.

—Allá vais, niñas —dijo su maestra, una dama de mirada cansada cuyo cuerpo parecía joven aunque su rostro estaba abatido por años de penalidades. Se dejó caer junto a su propio escritorio—. Copiad esas letras en vuestras pizarras. Cuando terminéis, levantad la mano para que pueda revisar vuestro trabajo.

Bincy acercó un poco más su pesada pizarra y levantó el pizarrín. Todavía lo sentía torpe y extraño en la mano. Clavó la vista en las letras de la pizarra de la pared, tratando de que cobraran sentido. Mordiéndose el labio por el esfuerzo, Bincy se inclinó sobre su propia pizarra y copió esmeradamente la forma de la primera letra: *A.* Volvió a mirar la pizarra de la pared y sintió una oleada de orgullo. Se veía perfecta.

Buscando a Mae con la mirada, Bincy levantó su pizarra, queriendo enseñarle a su amiga lo bien que había copiado la letra. Se quedó paralizada a medio movimiento. La pizarra de Mae estaba en blanco, a excepción de unos cuantos garabatos y monigotes sin sentido. En

lugar de mirar a la pizarra de la pared, la chica mayor se apoyaba en el pupitre, mirando a June; se comunicaban con una serie de gestos, pero Bincy los entendía con facilidad. Se burlaban de la delgadez de la maestra, riendo en silencio y haciendo muecas a sus espaldas cada vez que se daba la vuelta para mirar la pizarra o se enfrascaba en el libro que tenía sobre la mesa.

Lentamente, Bincy volvió a bajar su pizarra. El suave chasquido que hizo al tocar el pupitre atrajo la atención de Mae. Se echó hacia atrás, mirando a Bincy con desdén.

—Vaya, mirad eso —dijo con voz cargada de sarcasmo—. Bincy ha dibujado la *A* más perfecta y diminuta. —Antes de que Bincy pudiera detenerla, Mae le arrebató la pizarra y se la enseñó a sus amigas—. ¿No es la cosita más perfecta? —siseó—. Qué caligrafía tan bonita y perfecta tiene la pequeña Bincy.

Bincy sintió que se sonrojaba. Mae le arrojó la pizarra de vuelta al pupitre con un estrépito. La maestra levantó la vista, con mirada severa.

—Bincy Hall —dijo con severidad.

Bincy se encogió en su silla.

—Silencio en la clase —ordenó la maestra—. No le falte el respeto a las demás alumnas causando una distracción.

—S-sí, señorita —susurró Bincy—. Lo siento, señorita.

Mae soltó una risita ahogada que solo Bincy y sus compinches oyeron. En cuanto la maestra volvió a bajar la vista hacia el libro, Mae se estiró y agarró a Bincy del brazo con fuerza.

—No vas a llegar a ninguna parte aquí con tus letritas perfectas —siseó.

Bincy gimoteó.

—Más te vale que lo sientas. —Mae se recostó en su silla—. Ahora, dame tu pizarra. He garabateado toda la mía. Coge la mía y límpiala.

Sumisamente, Bincy le entregó su pizarra, y Mae empezó a garabatear en ella sin cuidado mientras Bincy limpiaba lentamente los borratajos de la de Mae. Acababa de frotar hasta borrar el último garabato descuidado cuando sonó la gran campana y las niñas empezaron a levantarse atropelladamente para ir a almorzar. Bincy dejó rápidamente la pizarra limpia de Mae en su pupitre, pero Mae se inclinó, la cogió y se la cambió por la de Bincy, que ahora estaba cubierta de monigotes. A Bincy se le encogió el corazón. Ahora la maestra pensaría que era ella la que había estado garabateando.

Ya era demasiado tarde para preocuparse por eso. Mae y sus amigas se dirigían a la puerta, mientras las otras niñas se quedaban atrás, observando con los ojos muy abiertos, sin atreverse a interponerse en su camino. Bincy corrió para alcanzar a Mae y se agarró a su falda, aferrándose a ella como si le fuera la vida en ello mientras caminaban hacia el comedor.

Cuando entraron en el salón, el parloteo de Mae y sus amigas rebotaba y resonaba en la sala vacía. Parecía aún más vacía por la única y diminuta figura que estaba sentada sola en la gran mesa —la mesa de Mae—. Tenía los ojos muy abiertos y la señora Price estaba a su lado, observando con severidad cómo las niñas entraban en fila en el salón.

Bincy quiso quedarse atrás, pero Mae no vaciló. Se dirigió directamente a la mesa principal, mirando a la niña con asco.

—¿Quién es esta, señora Price? —preguntó.

La señora Price le dirigió a Mae una mirada de advertencia.

—Esta es Catherine —dijo, posando una mano en el hombro de la niña—. Ha venido a quedarse con nosotras.

La advertencia en el tono de la señora Price obligó a Mae a esbozar una sonrisa empalagosa.

—Ah, qué bien tener una nueva amiga —dijo Mae, con un tono falsamente dulce. La señora Price le lanzó otra mirada de advertencia y luego se dio la vuelta.

—El almuerzo se servirá en unos minutos. Ocupad vuestros sitios, niñas —ordenó, y salió en dirección a las cocinas.

En el instante en que la puerta se cerró tras la señora Price, Mae se giró bruscamente, encarándose con la recién llegada.

—Hola, Catherine —dijo con saña—. Y bien, ¿cuál es tu historia? ¿Te abandonó tu papá igual que a Bincy?

A Catherine se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No —gimoteó—. Mi papá está muerto. Mi mamá también está muerta. Fue la viruela lo que los mató, y ahora estoy completamente sola. —Se restregó los ojos con sus pequeños puños y empezó a sollozar con desconsuelo.

Bincy quiso abrazarla. Pero Mae agarró a la niña por el hombro, poniéndola en pie de un tirón cruel.

—No me importa, Catherine —le espetó a la niña sobresaltada—. Lo único que me importa es que estás sentada en mi sitio. Vete de ahí.

Soltando a Catherine, Mae le dio un empujoncito.

—Vete —ordenó.

Con los ojos desorbitados y todavía lloriqueando, Catherine salió disparada hacia una de las otras mesas donde se sentaban las niñas pequeñas. Bincy observó cómo le hacían sitio en silencio, sin que ninguna la saludara ni se atreviera a ofrecerle unas palabras de consuelo mientras se sentaba en el frío banco y sorbía las lágrimas por la nariz.

Bincy se sintió un poco mareada mientras ocupaba su propio lugar junto a Mae, viendo cómo las otras niñas pequeñas le lanzaban miradas de enfado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al menos, si estaba

cerca de Mae, no estaba sola. Y todas aquellas niñas sentadas allí parecían terriblemente solas.

—¿Qué haces ahí sentada? —le exigió Mae a Bincy—. Ve a por nuestro almuerzo.

Bincy, en silencio, comenzó sus habituales viajes de ida y vuelta, trayendo los cuencos de sopa aguada para Mae y sus secuaces. Cuando regresaba de su último viaje, Mae se inclinó y le habló a Edith.

—Creo que deberíamos dar la bienvenida a nuestra pequeña recién llegada como es debido —dijo, con un brillo malicioso en los ojos—. ¿No te parece?

Edith sonrió, sorbiendo un bocado de sopa.

—Me parece una buena idea —dijo—. ¿Qué tienes en mente?

—Supongo que estará en el dormitorio de al lado del nuestro —dijo Mae—. La única cama libre está ahí dentro. ¿Qué os parece si le damos una primera noche bien fría?

Edith se rio. —Y nos quedamos con sus mantas para tener algo más de calor.

—Me parece una buena idea —dijo Mae, riendo con crueldad. Miró a Bincy de reojo y su sonrisa se ensanchó—. Y sé exactamente quién debería hacerlo para que no nos metamos en líos.

Bincy se la quedó mirando. —¿Qué quiere que haga? —susurró.

—Tú no hablas si no se te da permiso —le espetó Mae—. Siéntate.

Dócilmente, Bincy ocupó su sitio junto a Mae.

—Ahora, escucha con atención —dijo Mae—. Esta noche, mientras estemos terminando de cenar, vas a fingir que te encuentras mal y te disculparás. Irás a los dormitorios, le quitarás toda la ropa de cama a una de las literas de la habitación contigua y la pondrás en mi cama. ¿Entendido?

Bincy miró a Mae con mudo horror. Hacía tan poco que había llorado hasta quedarse dormida en su primera noche allí. ¿Cuánto peor habría sido sin siquiera unas mantas con las que calentarse?

—¿Tienes algún problema con eso, Bincy? —preguntó Mae con ojos centelleantes.

Bincy sabía que era mejor no discutir con Mae. Agachó la cabeza. —No, Mae.

—Así me gusta, buena chica —dijo Mae, sonriendo con aire de suficiencia.



Bincy no se sentía en absoluto una buena chica.

Yacía despierta en la oscuridad, con la mirada fija en las lamas de la litera superior donde June roncaba ruidosamente. Todas las chicas mayores dormían plácidamente, pero sus ronquidos y profundas respiraciones no lograban acallar del todo el sonido que provenía de la habitación de al lado. Era un llanto delicado, suave y constante, el tipo de sollozo continuo que podía prolongarse sin cesar durante horas, incluso durante años. Era el lamento de alguien que lo había perdido todo en un día, cuyo mundo entero se había vuelto del revés, que había sido catapultada de una vida a otra y había descubierto que la nueva vida era totalmente cruel. Era el sonido de alguien que se daba cuenta de que estaba completa y absolutamente sola en un universo que la odiaba.

Era el sonido que Bincy pensaba que haría su corazón, si se lo permitía. Se dio la vuelta, hundió el rostro en su propia almohada y lloró junto con Catherine.

CAPÍTULO 4



CUATRO AÑOS después

—BINCY. ¡Chist! Bincy, ¿estás despierta?

Bincy abrió los ojos. Mae estaba asomada desde su litera, frente a la de Bincy, y sus ojos brillaban. —¿Oyes eso? —susurró.

—¿El qué? —preguntó Bincy.

—Chiss —dijo Mae—. Escucha.

Bincy giró la cabeza y, al cabo de unos instantes, lo oyó. Un sollozo suave que provenía de justo fuera de su dormitorio. Al instante, se vio transportada cuatro años atrás, a los primeros meses de su estancia en el orfanato. La noche en que había oído a Catherine llorar hasta quedarse dormida. A pesar de que desde entonces se había repetido a sí misma que aquella noche no había sido culpa suya, Bincy todavía sentía una punzada en el estómago al recordarlo. Sabía que todo lo que había hecho en los últimos cuatro años había sido necesario para sobrevivir. Sin embargo, aún había cosas que le pesaban en la conciencia.

—Vamos a salir y a hacer callar a esa mocosa —dijo Mae, saltando de la cama—. Tiene que aprender quién manda aquí... y que a la que manda no se la molesta con lloriqueos.

A regañadientes, Bincy se levantó de la cama y siguió a Mae hasta la puerta. Al entreabrirla, vieron a una de las recién llegadas acurrucada en el suelo, frente a la puerta de su dormitorio. No debía de ser mucho más grande que Bincy cuando llegó al orfanato y, al ver a Mae y a Bincy allí plantadas, dejó de llorar. Las miró, en silencio y con los ojos como platos.

—¿Qué te pasa, pequeña? —preguntó Mae con voz cantarina.

A la niña se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. —Echo de menos a mi papá —dijo—. Nunca he tenido mamá, pero echo mucho de menos a mi papá. Lo han metido en la cárcel. ¿Por qué no puedo ir a verlo?

Bincy sintió lástima por la pequeña, pero el tono de Mae fue duro. —Porque tu papá es un delincuente —espetó—. Es un hombre malo que ha hecho cosas malas y merece estar en la cárcel.

—¡No es verdad! —exclamó la niña—. Solo lo hizo para traerme comida. Y yo tenía muchísima, muchísima hambre.

Mae se rio. —¿Así que se metió en la cárcel por intentar cuidar de ti? Entonces, además de delincuente, es tonto. ¿Quién querría meterse en líos por una cosita insignificante como tú?

—¡Mi papá no es tonto! —La niña se puso en pie de un salto, apretando los puños—. ¡Mi papá me quiere!

Mae soltó una carcajada. —¿Quién podría quererte a ti, que lloras como un bebé aquí en el pasillo?

Las mejillas de la niña enrojecieron de la emoción. Se dio la vuelta, abrió la puerta de una sacudida y entró corriendo en su dormitorio, dando un fuerte portazo tras de sí. Desde dentro de la habitación se oyó un estallido de protestas, y Bincy supo que, en un instante, se había ganado la antipatía de todas sus compañeras de dormitorio.

Mae se rio sin compasión. —Eso le enseñará —dijo—. Venga, Bincy. Vamos a desayunar.

Mientras Bincy y las demás niñas desayunaban, ella vigilaba con el rabillo del ojo a la pequeña que había estado llorando en el pasillo. Estaba sentada sola, bien apartada de las demás, pero a diferencia de la mayoría de los niños desdichados, no jugaba con la comida en el plato. Al contrario, la devoraba, engullendo el pan duro y el queso como si fuera la primera vez que veía comida en mucho tiempo. Asegurándose de que las otras chicas de su círculo no la observaban, Bincy comenzó a guardar trozos de su desayuno en los bolsillos del vestido.

—Espero que la señorita Potts siga enferma para que hoy tampoco tengamos clase —dijo Mae—. Con el tiempo se ha vuelto aún más aburrida.

—Mae —dijo Bincy—, ¿y si está muy enferma?

—¿Y qué? —Mae se encogió de hombros—. Así no tendremos que aguantar más clases suyas.

—Bincy tiene razón —dijo Edith—. Si nos ponen a otra, podría ser aún peor.

—También es verdad —concedió Mae—. Aun así, no entiendo por qué tenemos que ir a clase. Como siempre decía mi mamá, de todas formas nunca llegaremos a nada. Supongo que por eso nos abandonaron nuestros padres.

Bincy no quería pensar en el día en que su propia mamá la abandonó en el mercado. Volvió a echar un vistazo a la pequeña recién llegada. Había terminado de comer y miraba fijamente su plato vacío como si no estuviera ni de lejos llena.

La campana volvió a sonar, indicando que la hora del desayuno había terminado. Mae y las demás se pusieron en pie. Bincy las siguió más despacio, forzando una sonrisa. —Ahora mismo os alcanzo —les dijo—. Tengo que ir un momento al baño.

—Date prisa —dijo Mae—. Se me ha ocurrido una idea para devolvérsela a la señorita Potts por ser tan aburrida, si es que viene

a darnos clase hoy; pero tendremos que llegar al aula antes que ella.

Bincy no quería ni saber qué le había preparado Mae a la señorita Potts. Se dirigió hacia los baños, pero en cuanto salió del comedor, esperó a la vuelta de la esquina hasta que oyó la vozarrón de Mae alejarse por el pasillo hacia el aula. Moviéndose con rapidez, Bincy volvió apresuradamente al comedor, pero en lugar de dirigirse a las aulas, vio a la pequeña recién llegada todavía sentada junto a la mesa, esperando a que las demás se marcharan.

Aprendía rápido, entonces. Quizá pudiera sobrevivir aquí. Bincy se acercó a ella a toda prisa. —Oye, pequeña.

La niña se sobresaltó y se levantó de un salto del banco. Su postura era defensiva y no dijo nada, clavando en Bincy una mirada recelosa.

—Tranquila. —Bincy se arrodilló y se metió la mano en el bolsillo. Sacó los trozos de pan y queso del desayuno y se los tendió a la pequeña—. Toma, coge esto.

Aún con recelo, la niña cogió la comida rápidamente. Se metió el queso en la boca y lo devoró de un solo bocado voraz; luego volvió a mirar a Bincy, aferrando el pan con fuerza entre las manos. —¿Qué quieres? ¿Por qué eres tan buena conmigo ahora?

Bincy ignoró la pregunta. —¿Puedo darte un consejo?

La mirada de la niña seguía siendo recelosa. Asintió, dando un enorme mordisco al pan.

—Hazte amiga de alguien —dijo Bincy—. No importa lo que tengas que hacer. Por muy mal que te caigan. Busca a alguien con quien puedas estar en este lugar o nunca sobrevivirás. —Miró con tristeza hacia el pasillo por donde Mae y sus amigas se habían marchado—. No hay nada peor que estar completamente sola.

Antes de que la niña pudiera responder, Bincy se incorporó y se marchó a toda prisa. Tenía que alcanzar a Mae lo antes posible;

tenían un complot contra la señorita Potts que debían poner en marcha.

—¿Habéis visto a esa niñata mearse encima en clase esta mañana? —dijo Mae, riendo con la boca llena—. Ha sido lo más patético que he visto en mi vida.

—Sí, la he visto —dijo Edith, farfullando—. ¿Cuántos años se cree que tiene, dos? Deberían mandarla al hospicio a beber papilla como los otros bebés huérfanos.

Las otras niñas rieron con crueldad. Bincy se obligó a unirse a sus risas, pero el corazón se le había partido por la pequeña cuando la maestra le gritó y la amenazó con darle con la vara por hablar en voz alta en clase. Una parte de ella se preguntó por qué la maestra no le hacía lo mismo a Mae.

—Entonces, ¿qué piensas, Mae? —dijo Edith—. ¿Vamos a aprender a leer por fin para poder pasar a otra clase? —Su voz era sarcástica, con retintín.

—Claro que no —respondió Mae, riendo—. Nos quedaremos justo donde estamos con la señorita Potts, que siempre está demasiado cansada y es demasiado patética para darse cuenta de que no hemos aprendido nada en años. —Encorvó la espalda en son de burla, imitando a la señorita Potts con una voz aguda y temblorosa —. «Ay, mi pobre espalda. Ay, mis pulmones. Ay, soy una mujer joven pero ya tengo un pie en la tumba..., y casi toda la vista también».

—«Ay, qué sorda estoy» —se unió Bincy, adoptando la misma voz aguda. Las chicas rieron a carcajadas y Mae le dio una palmada en la espalda—. No estás tan mal, ¿sabes, Bincy? —dijo—. Creía que eras una poquita cosa cuando llegaste, pero has resultado no estar tan mal.

Bincy sintió un cálido resplandor recorrerla por dentro. Sonrió, disfrutando de la atención. —Sabía que todo iría bien mientras estuviera contigo, Mae —dijo con lealtad.

—Por supuesto que sí —dijo Mae, pasándole un brazo por los hombros con despreocupación—. Yo te cuidaré.

El contacto de Mae era brusco, pero era la única vez que alguien le daba algo parecido al afecto, y Bincy lo ansiaba. Se apoyó en su amiga un instante antes de apartarse. No quería enfadar a Mae.

—Silencio, por favor. —La voz de la señora Price resonó por todo el comedor, y contenía una solemnidad tan poderosa que toda la sala enmudeció al instante. Todas las cabezas se volvieron para mirarla. La señora Price estaba de pie junto a la mesa principal, y su expresión era tan seria como una lápida en un cementerio. Estudió a las niñas durante un largo y gélido momento, y sus ojos se posaron en Bincy. La expresión severa y fría de su mirada le infundió un terror que le caló hasta la médula.

—Tengo que hacer un anuncio muy funesto —dijo la señora Price.

El corazón de Bincy casi se detuvo. La única otra vez que había oído a la señora Price usar esas palabras había sido cuando una de las niñas murió mientras dormía. Buscó instintivamente la mano de Mae, pero esta la apartó de un tirón.

—En este orfanato hemos hecho todo lo que está en nuestra mano para poder manteneros —dijo la señora Price. Tenía una mirada de acero y seguía clavada en Bincy—. A veces esto requiere un gran sacrificio personal, otras no, pero siempre es una tarea ingente. Y creo que hacemos todo lo posible para asegurar que todas os vayáis a la cama con el estómago lleno por la noche. —La señora Price se inclinó hacia adelante—. Por eso, lo que estoy a punto de deciros es tan sumamente grave. Alguien ha estado robando comida de la cocina. Apenas tenemos suficiente para todas vosotras, y si alguien coge comida, no habrá bastante para las demás. —Tenía la boca

contraída en un rictus sombrío—. Anoche robaron medio pudin de pan.

A Bincy se le revolvió el estómago. ¿Quién haría algo así? La señora Price era severa y aterradora, pero Bincy sabía que, sin ella, se habría muerto de hambre, ya fuera en las calles o en algún lúgubre hospicio. No podía imaginarse quitándole nada.

—Normalmente, seríais todas castigadas con tareas adicionales y se os quitaría el pudin —dijo la señora Price—. Pero esta vez, no es necesario. Sé exactamente quién lo ha hecho y pienso dar un escarmiento con ella. —La señora Price alzó la barbilla, con los ojos todavía fijos en Bincy—. Bincy Hall.

—¿Qué? —jadeó Bincy mientras un murmullo recorría todo el comedor. Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

—Señorita Hall. —La señora Price cogió su bastón con ambas manos —. Venga aquí.

A Bincy se le revolvió el estómago. Nunca antes había sentido la vara; jamás había tenido motivo para ser castigada. —Y-yo no lo he hecho, señora Price —dijo—. Nunca le robaría a usted. Jamás haría una cosa así.

Los ojos de la señora Price centellearon. —¿Me está llamando mentirosa, señorita Hall?

—¡No! No, señora —tartamudeó Bincy—. Tiene que haber un error. No he cogido el pudin, se lo prometo. —Se volvió hacia Mae y sus amigas—. Por favor, Mae. Díselo. Yo no lo haría.

La expresión compasiva de Mae era tan falsa como su tono meloso. Se encogió de hombros. —No sé de lo que eres capaz, Bincy.

Bincy se quedó mirándola y, en ese instante, volvió a tener siete años y a gritar llamando a su madre mientras el policía la sujetaba. El dolor, la confusión…, todo regresó de golpe con una fuerza que la

dejó sin aliento. No podía moverse, ni hablar, ni siquiera levantar la mirada. Se limitó a mirar fijamente a Mae.

—Señorita Hall. —La voz de la señora Price fue tan terminante como el cierre de un ataúd—. Venga aquí. No se lo pediré de nuevo.

Como entre brumas, Bincy se puso en pie. Casi se tambaleó hasta la señora Price, sintiendo cómo la sangre le bullía en las venas. Parecía que las piernas la llevaban por voluntad propia, atraídas irresistiblemente por el hielo en la mirada de la señora Price. En cuanto llegó junto a la anciana, la señora Price le posó una mano en el hombro…, o, más bien, una garra fría y de acero.

—Tenía un mejor concepto de usted, Bincy —dijo en voz baja, con los ojos llenos de decepción—. Pero cuando encontramos ese pudin de pan escondido debajo de su cama, no pude ignorar la evidencia.

Bincy no pudo articular argumento alguno. Lo único que balbuceó fue: —Por favor.

—Lo siento —dijo la señora Price, desviando la mirada—. Pero debo dar ejemplo con usted. No puedo tolerar este comportamiento en mi orfanato. Dese la vuelta y súbase las faldas para dejar al descubierto las pantorrillas.

Bincy hizo lo que se le ordenaba. El primer chasquido de la vara sobre su piel desnuda fue doloroso; el segundo, en el mismo punto amoratado, fue agónico. Al tercero y al cuarto, ya lloraba abiertamente, y podía oír las risitas ahogadas desde el comedor. El dolor y la humillación la recorrieron mientras la vara se abatía una y otra vez sobre sus pantorrillas desnudas hasta que pudo sentir líneas de fuego dibujadas sobre su piel. Perdió la cuenta de los golpes para cuando la señora Price finalmente se detuvo, respirando con dificultad.

Por un momento, no hubo más sonido que los suaves sollozos de Bincy. Miró al suelo, que estaba salpicado de lágrimas.

—Esto es lo que les ocurrirá si nos roban, cuando tanto hemos hecho por ustedes —dijo la señora Price con pesadumbre—. Ahora, señorita Hall, vendrá conmigo.

Bincy levantó la vista, asustada. —¿Adónde vamos?

—Silencio —dijo la señora Price. Agarró el brazo de Bincy con puño de hierro—. Vamos.

La falda de Bincy rozaba sus pantorrillas magulladas mientras era arrastrada, más que otra cosa, fuera del comedor. Casi paralizada por el terror, no tuvo más opción que dejarse llevar a trompicones detrás de la señora Price, que caminaba muy deprisa con la espalda muy recta. Atravesaron los dormitorios y entraron en una parte del orfanato que Bincy no había visto antes. Vislumbró un despacho, y luego llegaron a una puerta estrecha que conducía a una habitación diminuta y sin ventanas. Había un jergón en el suelo y todo estaba cubierto por una capa de polvo.

—No he tenido que usar mucho esta habitación antes —dijo la señora Price, con la voz teñida de pesar—. Tenía la esperanza de no tener que volver a usarla nunca. —Le dio un empujón a Bincy, haciéndola entrar en la habitación.

—¿Qué es este sitio? —jadeó Bincy, girándose para mirar a la señora Price.

El hielo se había derretido en los ojos de la anciana, dejando un dolorido pesar. —Esta es la celda de aislamiento —dijo simplemente —. Le traerán aquí sus comidas. Se quedará aquí tres días.

Bincy temblaba de pies a cabeza. —¿Sola?

—Sí —dijo la señora Price—. Sola. Use este tiempo para pensar en lo que ha hecho.

La mujer retrocedió un paso, y Bincy se abalanzó hacia ella. —¡Señora Price, no! ¡Por favor!

Era demasiado tarde. La puerta se cerró de golpe y Bincy cayó contra ella, gritando mientras las paredes de la diminuta habitación comenzaban a cernirse sobre ella. —¡NO! ¡POR FAVOR! ¡SEÑORA PRICE! —chilló con todas sus fuerzas—. ¡Déjeme salir! ¡Yo no lo he hecho! ¡HE DICHO QUE YO NO LO HE HECHO!

Pero de nada le sirvió; habría sido lo mismo gritarle a las paredes. Se derrumbó lentamente, abrazándose a sí misma, sollozando sin control. El mundo nunca le había parecido tan frío. Su corazón nunca se había sentido tan vacío.



La celda de aislamiento parecía doblegar el mismísimo concepto del tiempo. Las comidas llegaban y se iban; también la luz, pero Bincy se pasaba la mayor parte del tiempo acurrucada en su jergón, fría, asustada e inexpresablemente sola. Era como si el mundo exterior hubiese sido borrado por completo. No podía convencerse de que, a apenas el grosor de un ladrillo de distancia, había color y luz y sonido y gente y conversación. Allí no había nada. Solo paredes encaladas y un silencio que resonaba hasta lo más profundo de su ser.

Llegó un punto en que ya no podía llorar ni sentir pánico; no porque se hubiera acostumbrado a las paredes que parecían estar derrumbándose sobre ella, sino porque estaba demasiado agotada incluso para dormir. Simplemente yacía en su jergón, con la cabeza apoyada en el brazo, dejando que sus sentimientos hicieran estragos en ella. El mismo momento volvía a su mente una y otra vez: su último instante con mamá, y la decepción en sus ojos.

Tras las tres primeras comidas, empezó a comer, pero lo hacía sin apetito ni sabor; era algo casi mecánico, una necesidad puramente biológica. No sabría decir si llevaba en la celda dos días o dos años. Le parecieron siglos.

Finalmente, se oyó un crujido y la puerta se abrió. Bincy alzó la vista de inmediato, a pesar de que todavía estaba desayunando. Cada vez que alguien entraba, clavaba la mirada en esa persona como si fuera lo único que existía en su mundo, por más que normalmente se tratara de una de las dos criadas de rostro adusto. Sin embargo, hoy era la señora Price. Antes, Bincy habría retrocedido ante ella por miedo. Esta vez, se limitó a mirarla fijamente, absorbiendo la maravilla de una presencia humana.

La expresión de la señora Price era afable, teñida de pesar. Le tendió la mano. —Venga, Bincy —dijo—. Creo que ya ha tenido suficiente.

Bincy se puso en pie de un salto y apartó el plato sobre el jergón. —¿De… de verdad? —jadeó.

—Sí. Venga —dijo la señora Price.

Bincy quería salir corriendo de aquella habitación tan rápido como le dieran las piernas. En lugar de eso, se obligó a dar pasitos cortos, siguiendo a la señora Price tan de cerca como se atrevía. En el momento en que puso un pie en el pasillo, sintió como si exhalara por primera vez en días. Ahora todo volvería a la normalidad. Podría volver a las clases, a comer y a dormir en el dormitorio con Mae y sus otras amigas, y todo volvería a estar bien.

Esperaba que la señora Price la llevara directamente al aula, pero, en cambio, la mujer mayor pareció dirigirse hacia el comedor. Bincy decidió que lo más prudente era no hacer preguntas. La siguió por el pasillo hasta el cavernoso comedor, que estaba vacío a excepción de las pilas de platos sucios.

—¿Dónde… dónde están todas? —dijo Bincy al fin, casi en un susurro amedrentado.

—En clase —respondió la señora Price con sequedad.

Bincy tenía demasiado miedo para preguntar por qué a ella no la llevaban también a clase. Se encontró en un pasillo que apenas había visto desde que llegó al orfanato: el que conducía al exterior, a

la puerta principal donde la había dejado el amable policía. ¿Había cambiado algo mientras estaba encerrada? ¿Dónde estaban Mae y las demás?

La señora Price no se desvió hacia ninguna de las puertas que bordeaban el pasillo. Al contrario, llegó a la puerta principal y la abrió de par en par.

Por primera vez en cuatro años, Bincy vio la calle. Se quedó helada, con los pies clavados en el suelo mientras la contemplaba. Había olvidado que el mundo exterior podía ser tan enorme, que existiera algo tan inmenso como el cielo gris sobre sus cabezas, cargado con la promesa de lluvia. De algún modo, parecía mucho más grande que el que se veía desde el patio trasero del edificio, adonde salían las niñas durante el recreo. Su tamaño era vertiginoso, aterrador; sentía que podría absorberla y aplastarla, y no podía decidir qué era peor: el cielo abierto o los opresivos muros de la celda.

La señora Price esperaba impaciente en el umbral. —Vamos —dijo—. Nos vamos.

Sus palabras no tenían sentido. Bincy la miró sin comprender. —¿Nos vamos? —repitió.

—Sí, que nos vamos —dijo la señora Price. Bincy no supo distinguir si lo que había en sus ojos era decepción, tristeza o ira—. No tengo todo el día. Vamos.

Bincy dio un paso atrás. —N-no lo entiendo.

—No haga esto más difícil de lo que ya es, Bincy —dijo la señora Price—. No deseo hacer esto más de lo que usted desea que lo haga, pero no hay otra manera. No puedo confiar en usted, y no puedo permitir que su mala influencia enseñe a las otras niñas a robar. —Suspiró profundamente—. Una familia acudió a mí preguntando si tenía a alguien que pudiera servirles de pinche de cocina. Es la única solución.

—N-no. —El corazón de Bincy martilleaba. Volvió a retroceder, y sus pensamientos volaron hacia Mae—. No puedo ir allí sola. No puedo ir sin Mae.

—Bincy, deténgase —dijo la señora Price, regresando al pasillo—. Vuelva aquí.

—¡No! —Bincy se apartó, oyendo el chillido en su propia voz—. ¡No, no puedo, no puedo, no puedo!

La señora Price la agarró del brazo. —No sea necia, niña —espetó—. Solo está empeorando las cosas para usted misma.

Alguien tenía que ayudarla. Bincy sabía que Mae le había robado aquel pudin de pan y que la había traicionado, pero no se le ocurría nadie más en el mundo entero que pudiera ayudarla.

—¡MAE! —gritó a pleno pulmón—. ¡MAE!

—¡Silencio! —espetó la señora Price. Tiró con fuerza del brazo de Bincy, arrastrándola físicamente hacia la puerta.

—¡Maaaaaaae! —chilló Bincy, con toda la fuerza de la que era capaz.

No podía oponer resistencia a la señora Price. La mujer mayor era tan fuerte como severa, y se vio arrastrada hacia la entrada. —¡NO! ¡Suélteme! ¡MAE, AYÚDAME! —chilló Bincy.

La sonora bofetada que le propinó la señora Price en la cara la sorprendió. De inmediato, Bincy enmudeció. Se quedó mirando a la señora Price, sintiendo cómo el dolor florecía en su mejilla.

—Ya es suficiente —dijo la señora Price—. Nos vamos, y no se hable más. —Su puño en el brazo de Bincy era un grillete de hierro—. Ahora camine conmigo, o la enviaré al hospicio.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Bincy mientras seguía dócilmente a la señora Price hacia la calle y caminaba con ella por la acera, con el corazón desbocado. Quería volver a gritar, pero no lo hizo. No temía otra bofetada de la señora Price.

Sabía que nadie vendría jamás a salvarla.

PARTE II



CAPÍTULO 5



A BINCY le dolían las piernas. Jamás había visto esa parte de la ciudad; sus recuerdos se limitaban a edificios fríos y grises y a suburbios inmundos, pero este lugar era completamente distinto. No sabía que existiesen lugares así en el mundo. Allí, la calle estaba más limpia que los suelos del orfanato. Había árboles, no como los entes desamparados y desnudos que hacían guardia en las esquinas del arrabal, sino imponentes pilares de vida pujante. Los edificios estaban rodeados de vallas, tenían las ventanas intactas e incluso contaban con extensos jardines de un verde tan intenso que a Bincy le costaba creer que fuera natural.

La señora Price también caminaba ahora más despacio, y Bincy tuvo la oportunidad de contemplar boquiabierta los enormes edificios que flanqueaban la calle. No sabía decir qué eran. Eran tan grandes como el orfanato, pero sin su severidad; quizá fuesen una especie de casa de vecindad más elegante, pensó.

Llegaron a una esquina y la señora Price bajó la vista hacia el trozo de papel que sostenía en la mano. Entrecerró los ojos para ver el número de la verja del edificio más cercano.

—Ya casi hemos llegado, Bincy —dijo con voz aliviada.

Bincy no se atrevió a preguntar adónde iban. Siguió en silencio a la señora Price, que la condujo hasta uno de los edificios que se alzaban más adelante, al final de la calle. Este tenía altísimos pinos

que bordeaban un camino de grava que llevaba hasta su elegante entrada; había un jardín a cada lado del camino, que se bifurcaba para rodear una fuente en el centro, donde una suave cascada de agua se derramaba sobre la estatua de un ángel arrodillado con el rostro vuelto al cielo.

En lugar de caminar hasta la puerta junto a la fuente, la señora Price llevó a Bincy por el borde del jardín. Parecía que tardaban una eternidad en rodear la parte trasera del enorme edificio; pasaron junto a jardines y un gran bloque de establos que olía igual que el jergón de paja de Bincy en el orfanato. Finalmente, llegaron a una pequeña puerta situada en la parte trasera de una sección del edificio que tenía ventanas pequeñas y un aire de abandono.

La señora Price llamó a la puerta. Bincy no pudo contener más su miedo.

—¿Señora Price? —graznó.

—¿Sí, niña? —La voz de la señora Price sonaba resignada.

—¿Qué es este sitio?

La señora Price bajó la mirada, sorprendida.

—Pues una casa señorial, por supuesto.

—¿Una casa? —Bincy la miró boquiabierta—. ¿Así que solo vive una familia aquí?

—Sí. Bueno, una familia y sus sirvientes, en cualquier caso. Ahora eres una de ellos.

Bincy no supo qué pensar. Entonces, se abrió la puerta y una mujer corpulenta, de cejas negras y tremendamente pobladas, la fulminó con la mirada. Quiso esconderse detrás de la señora Price.

—¿Es esta la muchacha? —preguntó la mujer sin rodeos.

—Sí, ella es Bincy Hall —dijo la señora Price—. Su nueva pinche de cocina. —La señora Price se volvió hacia Bincy—. Esta es la señora

Davids, el ama de llaves. Debe obedecer todo lo que le diga.

La mujer fulminó a Bincy con la mirada.

—Es un bichejo flacucho, ¿no le parece? ¿Está segura de que podrá con el trabajo? Parece enfermiza.

—Lo estaba cuando llegó con nosotras, pero si come lo suficiente, es sorprendentemente fuerte —dijo la señora Price.

—Mmm. —La señora Davids estudió a Bincy unos segundos más—. Menos es nada, supongo. Ya le han pagado, ¿verdad?

—Sí, ya me han pagado —dijo la señora Price—. Gracias.

Empujó a Bincy hacia la señora Davids, obligándola a dar unos vacilantes y renuentes pasos. La mano de la señora Price permaneció un momento en su hombro, y cuando Bincy la miró, creyó ver el brillo de una lágrima en los ojos de la señora Price.

—Sé buena, niña —dijo la señora Price con voz pastosa.

Entonces se marchó, y Bincy se quedó a solas con la señora Davids. La miró, sintiendo cómo temblaba. Más que un ser humano, la señora Davids parecía un imponente monumento de ira reprimida. Dedicándole a Bincy otra mirada fulminante, la señora Davids sacudió el pomo de la puerta con impaciencia.

—¿Vas a quedarte ahí plantada todo el día, muchacha? Entra de una vez.

—S-sí, señora —chilló Bincy. Se metió dentro a toda prisa, y la puerta se cerró con firmeza tras ella, dejándolas encerradas en la penumbra del gran edificio.

Bincy miró a su alrededor. Estaba en una cocina tan grande como la del orfanato, pero en lugar del omnipresente olor a gachas y potaje aguado, esta estaba impregnada de un aroma delicioso que Bincy no reconoció. Se preguntó si sería rosbif, del que una de las otras niñas le había hablado. De unos ganchos suspendidos del techo colgaban

jamones; en la gran mesa del centro de la estancia había soperas con verduras frescas y coloridas, y en el fogón borboteaban tres ollas de las que ascendía un vapor fragante. No se veía ni una taza de hojalata; en su lugar, pilas de platos de porcelana descansaban en los estantes sobre el fogón.

—¿Qué haces ahí parada? —exigió la señora Davids—. Te he dicho que vinieras conmigo.

—Sí, señora. Perdone, señora —balbució Bincy. Siguió a la señora Davids casi al trote mientras atravesaban la cocina.

—La bodega está por ahí —dijo la señora Davids, señalando una puerta a su izquierda—. Y este es el fregadero, donde realizarás la mayor parte de tu trabajo.

Abrió otra puerta y condujo a Bincy a una estancia gris que olía a platos sucios. La luz del interior era tan escasa, fría y severa como el talante de la señora Davids; pero nada podía contener una frialdad más descarnada que los ojos de la muchacha que estaba de pie junto a uno de los enormes fregaderos adosados a la pared. Se secó las manos en un paño de cocina mientras la señora Davids y Bincy se acercaban. Sus ojos centellearon como dos témpanos de hielo en su cráneo.

—¿Es esta la nueva marmitona, señora? —preguntó, con voz cortés y mirada desdeñosa.

—Sí, lo es. Intenta que esta no salga huyendo en seis meses, ¿quieres? —dijo la señora Davids. Le dio a Bincy un empujón en dirección a la muchacha—. Resulta caro tener que buscar sustitutas.

La muchacha se rio.

—Como usted desee, señora —dijo con sorna.

—Cuida ese tono, Ada. —La señora Davids le lanzó una mirada impasible—. Harías bien en recordar que tú tampoco eres más que una pinche de cocina.

—Por supuesto, señora —dijo Ada con dulzura.

La señora Davids le dirigió una última mirada de desconfianza antes de marcharse. Bincy habría echado a correr si hubiera sabido en qué dirección estaría más a salvo. En lugar de eso, se limitó a mirar a Ada, con los ojos como platos y temblando.

Ada se acercó unos pasos. Se cruzó de brazos y fulminó a Bincy con la mirada.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Sí, señorita —susurró Bincy—. Creen que robé el pudin de pan, pero en realidad fue Mae. Así que…

—Te equivocas —dijo Ada. Bincy parpadeó, sorprendida, mientras la otra muchacha proseguía—. Estás aquí para ser marmitona. Yo también lo fui en su día, así que sé perfectamente de qué va esto. ¿Sabes lo que significa ser marmitona?

Bincy negó con la cabeza, demasiado asustada para hablar.

—Significa que haces todo lo que te dice la pinche de cocina —dijo Ada—. Lo que diga la pinche de cocina, eso es lo que haces, sin importar lo desdichado que sea ni el tiempo que tengas que pasar trabajando. —Sonrió, una expresión lobuna que hizo que Bincy retrocediera un paso, asustada—. ¿Y sabes quién es la pinche de cocina aquí?

Bincy tragó saliva. No preguntó. No fue necesario.

—Yo —dijo Ada, deleitándose en el miedo de Bincy—. Eso significa que tienes que hacer exactamente lo que yo te diga. ¿Entendido? — Se dio la vuelta, riendo—. Y lo primero que te voy a decir es que laves esos platos.

Bincy siguió con la mirada el dedo acusador de Ada hasta el fregadero. Era enorme —tan grande que Bincy podría haberlo usado cómodamente como bañera— y estaba atestado de delicados platos de porcelana. A Bincy le costaba creer la ingente cantidad que había.

Eran suficientes para dar de comer a todo el orfanato y aún sobrarían.

—¿Todos? —susurró Bincy.

Ada se echó a reír.

—Sí, todos —dijo—. No te muevas hasta que hayas terminado. —Se marchó contoneándose y cerró la puerta de un portazo, dejando a Bincy sola, con su tristeza y un gran fregadero lleno de platos vacíos por toda compañía.

Bincy no sabía qué hacer con la tristeza. Pero, como a todas las demás niñas, le había tocado su turno de ayudar en la cocina del orfanato, así que al menos sabía qué hacer con los platos. Con vacilación, se dirigió al fregadero y hundió las manos en el agua grasienta. No parecía que tuviera otra opción, de modo que cogió el primer plato y empezó a fregar, dejando que sus lágrimas gotearan en el agua para que pareciera que nunca las había llorado.

CAPÍTULO 6



A BINCY le parecía que la pila de platos era interminable. Uno a uno, les quitaba los restos pegajosos de comida con la esponja, los enjuagaba hasta dejarlos limpios y los colocaba en el enorme escurridor que ocupaba toda una pared del fregadero. Al principio, meter las manos en el agua turbia de fregar le resultó repugnante; pero tras las dos primeras horas, según el reloj de la pared, a Bincy ya no le importó. Cuando por fin terminó, tenía las manos y los brazos doloridos por el esfuerzo. Alzó la vista hacia el reloj. Ya era media tarde, y la piel de sus manos estaba blanquecina y arrugada, como si hubiese envejecido décadas en cuestión de horas. Desde luego, así lo sentía.

—¿Señorita? —la llamó Bincy, nerviosa. Se asomó por detrás de la enorme mesa que ocupaba el centro del fregadero, donde Ada estaba ocupada puliendo la cubertería. La ayudante de cocina alzó la vista, irritada. —Ya te he dicho que te callaras y terminaras los platos —le espetó.

—Y-ya he terminado, señorita —dijo Bincy—. Están listos.

Ada le dedicó una mueca de desdén. —Tu trabajo no termina *nunca*, marmitona —le espetó.

La interrumpió el tintineo de una campanilla procedente de algún lugar más profundo de la casa. Ada se animó y su expresión se iluminó. —El almuerzo —dijo con alegría, poniéndose en pie.

Bincy estaba muerta de hambre. La palabra «almuerzo» trajo un rayo de luz a su desolado corazón, y se apresuró a seguir a Ada mientras la ayudante de cocina salía del fregadero y atravesaba la cocina, empujando una puerta al fondo. Bincy apenas alcanzó a entrever un comedor al otro lado —con una sencilla mesa de madera que lo recorría a lo largo, sobre la que reposaban ollas y platos humeantes— antes de que Ada entrara y se dispusiera a cerrar la puerta.

—¡Espere! —jadeó Bincy, abalanzándose hacia delante.

Los ojos de Ada echaron chispas. —¿Qué quieres? —le exigió.

—S-solo p-pensaba que, q-q-quizá… —gimoteó Bincy, marchitándose ante la ira de Ada.

—¡Ah! ¿Pensabas que ibas a comer aquí con el resto de la servidumbre? —Ada soltó una risa burlona—. No. Las marmitonas no comen con nosotros. Siéntate en la cocina y vigila esas ollas del fogón…, no dejes que se quemen, son la cena del señor. —Agitó una mano hacia Bincy con condescendencia—. Búscate unas sobras y almuerza eso, por mí como si te mueres de hambre.

La puerta se cerró de un portazo. Bincy cerró los ojos, temblando de pena y dolor. A pesar de lo que Mae había hecho, la echaba de menos con todo su corazón. Si Mae estuviera aquí, al menos habría alguien que la protegiera. Alguien que no estuviera muerta de miedo de Ada como ella.

Bincy tenía tanta hambre que hasta el olor a pescado crudo que desprendía la trucha que estaba desescamando le parecía apetitoso. Las escamas se le pegaban a los dedos y se esparcían suavemente por la mesa donde trabajaba; sus manos se movían con esmero: había aprendido por las malas a no dañar la piel del pescado ni hacer cortes en su carne. Se le hizo la boca agua al pensar en cómo

debía de saber aquella trucha; su aroma, una vez que la cocinera la asara a la perfección, era indescriptible. Bincy nunca había probado algo parecido.

Se sorprendió a sí misma anhelando volver al orfanato y a los grandes cuencos de gachas o sopa de verduras que ella y las otras niñas comían tres veces al día. Nunca estaban sabrosos y a veces era francamente difícil hacer pasar por la garganta aquellas insípidas mezclas, pero al menos siempre había suficiente para todas; lo bastante para que nadie se fuera a la cama con hambre, por lo menos.

En los últimos cinco días, Bincy se había ido a la cama con hambre cada noche. Tragó saliva, intentando contener las lágrimas al pensar en su solitaria cena de la noche anterior. Ada y los demás habían estado en el comedor, comiendo asaduras y patatas. La cena de Bincy había consistido en una patata fría y el mendrugo de una hogaza de pan. No recordaba cuándo había pasado tanta hambre por última vez. Debía de haber sido justo antes de que mamá la dejara en el mercado, la abandonara sola en una ciudad tan grande que amenazaba con pisotearla y engullirla por completo…

—¿Qué estás haciendo?

Bincy se giró en redondo, asustada. Ada estaba justo detrás de ella, a apenas un palmo de distancia, y parecía furiosa; incluso más de lo habitual.

—S-solo estoy desescamando el pescado —consiguió decir Bincy sin aliento.

—¿Cómo que todavía estás desescamando el pescado? —le exigió Ada—. Se suponía que tenías que haber acabado hace horas. ¡Ya deberías haber empezado a fregar las ollas!

A Bincy se le llenaron los ojos de lágrimas. No pudo evitarlo, pero hizo todo lo posible por reprimirlas. —Lo siento mucho —sollozó—. Intento no cortar la piel.

—Esa no es excusa para tardar tanto en desescamar unas pocas truchas, miserable bichillo —dijo Ada con desdén.

—No se enfade —gimoteó Bincy—. Lo siento. Es que tengo hambre y no me encuentro bien y…

—¿Crees que me importa? —bramó Ada—. A las ayudantes de cocina no nos importan las marmitonas, niña. A nadie le importan. Y yo lo sé bien. —Temblaba de rabia como si fuera a explotar en cualquier momento. En lugar de eso, agarró a Bincy del brazo, pellizcándola con crueldad—. Bueno, si no haces lo que se te dice, tendrás que aprender la lección.

—¡Suélteme! —jadeó Bincy, intentando zafarse.

Ada la zarandeó de tal forma que a Bincy le castañetearon los dientes. —¡Cállate! —rugió—. Vienes conmigo, insolente.

La arrastró hasta el gran armario del fondo del fregadero, aquel donde se guardaban las escobas y las fregonas, y abrió la puerta de un tirón. El interior estaba oscuro y plagado de telarañas, y a Bincy le dio un vuelco el corazón.

—¡N-no! —jadeó ella, intentando zafarse. Pero tenía los miembros debilitados por el hambre, y Ada era mayor y más fuerte. La obligó a entrar en el armario y le dedicó una última mueca de desprecio. —Unas cuantas horas aquí dentro te enseñarán una lección —gruñó, y cerró la puerta de un portazo.

El portazo encerró a Bincy en una oscuridad absoluta. Se arrojó contra la puerta, con la respiración dificultosa y entrecortada por el miedo. Una escoba cayó a su lado y la golpeó dolorosamente en las espinillas.

—¡Por favor, Ada, déjeme salir! —jadeó—. ¡Por favor!

—Cada vez que grites, añadiré una hora al tiempo que pases ahí dentro —siseó Ada con rabia a través de la puerta.

La idea fue lo bastante aterradora como para que Bincy guardara un silencio absoluto. Se acurrucó en el armario, con las manos temblándole sin control. Su mente daba vueltas sin parar, buscando una salida. El armario estaba cerrado con pestillo por fuera; tendría que razonar con Ada de alguna manera, aunque no estaba segura de que eso fuera siquiera posible.

—Por favor, Ada —dijo, intentando mantener la voz lo más serena posible—. T-tengo mucho trabajo. Si me encierra aquí, no conseguiré terminarlo todo hoy.

La voz de Ada sonaba cercana, como si estuviera apoyada en el ojo de la cerradura, regodeándose. —Oh, no tienes que terminar tu trabajo hoy —dijo con voz melosa.

Bincy frunció el ceño. —¿Q-qué quiere decir? —preguntó, sin tragarse la falsa dulzura de Ada.

—Fregarás esas ollas esta noche —dijo Ada, riendo—. No te irás a la cama hasta que hayas terminado todo tu trabajo. Disfruta de tu estancia en el armario... es el único descanso que vas a tener hoy. —Soltó una última y desagradable carcajada antes de que sus pasos se oyeran cada vez más lejanos y la puerta del fregadero se cerrara de un portazo tras ella.

BINCY SOLÍA ODIAR la cacofonía de la cocina cuando todos los preparativos estaban en pleno apogeo. El chocar de los cubiertos en los cajones, el tintineo de los platos, las ollas hirviendo, las voces a gritos... todo le resultaba abrumador, un caos demasiado familiar tras pasar años viviendo con un gran número de otras chicas. Ahora, sin embargo, el silencio era mucho más estruendoso de lo que cualquier ruido podría llegar a ser jamás.

Bincy chapoteaba con las ollas en la pila fría, intentando crear algún tipo de sonido para luchar contra la quietud opresiva, pero el silencio

era como un animal vengativo. Se arrastraba entre las sombras de una viga a otra, filtrándose por todos los rincones oscuros y extendiéndose por detrás de Bincy para estrujarla en un puño asfixiante que amenazaba con arrancarle el aliento de los pulmones. Era tan denso que no sabía qué podía esconderse en él, y resultaba tan aterrador como desconocido. Incluso en la profundidad de la noche en el orfanato, siempre había alguien roncando, suspirando o dándose la vuelta en la litera, una sensación de comunidad alrededor de Bincy. Aquí solo estaba el espacio resonante de la cocina, y habría dado cualquier cosa por tener a Mae cerca. Durante cuatro años, habían comido, dormido e ido a clase juntas, nunca a más de una puerta de distancia la una de la otra. Estar sin ella era como sentirse desvinculada de la realidad de alguna manera. Se sentía a la deriva.

La temperatura del agua de la pila tampoco ayudaba. Era demasiado pequeña para levantar la gran olla de hierro fundido de su gancho sobre el fuego, así que la que usaba estaba tan fría como el viento de fuera. Al principio, le dolían las manos agrietadas, pero luego se le fueron entumeciendo tanto que apenas podía sujetar el estropajo mientras lo frotaba de un lado a otro sobre la pegajosa superficie de las ollas. Los restos de comida de esta se habían endurecido hasta convertirse en una suciedad casi impenetrable. Saber que limpiarla habría sido mucho más fácil si hubiera podido hacerlo en cuanto terminó con el pescado tampoco ayudaba. Ahora, eran más de las diez, y Bincy era la única que quedaba despierta en toda la casa.

Se oyó un golpe sordo en algún lugar más profundo de la cocina. Bincy se quedó helada, inmóvil hasta que incluso el suave chapoteo del agua en la pila se calmó. No se oía ni un grillo; hasta la calle estaba vacía, y el silencio parecía aplastarla. Pero estaba segura de que había oído algo. Miró nerviosa hacia la puerta de la bodega, pero estaba bien cerrada. De alguna manera, eso lo empeoraba. Deseó poder ver el interior.

Tragando saliva, Bincy intentó serenarse. —No es nada —se susurró, cogiendo de nuevo el estropajo—. Solo estás imaginando cosas.

Terminarás en un santiamén y luego podrás meterte en tu agradable y cálida...

Hubo otro golpe sordo, y esta vez un tintineo, como de un cristal al romperse. Bincy negó con la cabeza, chapoteando más fuerte en el agua. Estaba imaginando cosas. Solo tenía que trabajar más deprisa para ahogar la fuerza de su soledad. Si al menos Mae pudiera estar con ella ahora... hasta sus constantes reprimendas serían más bienvenidas que los extraños ruidos que Bincy sabía que no podían ser reales.

¿Había sido eso una pisada? Bincy se dio la vuelta bruscamente, salpicando agua fría por el suelo y sujetando el estropajo como si fuera un arma. Pero allí no había nadie; el fregadero estaba tan vasto y vacío como cuando Ada la había dejado salir por fin del armario. Temblando, Bincy volvió a su trabajo. Por supuesto, no había nadie.

Nunca había nadie, no cuando los necesitaba.



El reloj de la pared marcaba las doce y veinte de la noche cuando Bincy por fin hubo terminado con las ollas. Sabía que tendría que levantarse antes de las cinco para encender los fuegos de la cocina. Le dolía el pecho cada vez que tosía, y ahora tosía con fuerza mientras se secaba las manos en un paño y caminaba a trompicones hacia las dependencias del servicio. El pasillo estaba a oscuras, pero Bincy se sentía demasiado cansada y enferma como para preocuparse por la negrura que amenazaba con engullirla. Avanzó a tientas hasta la segunda puerta a la izquierda y entró de puntillas en la habitación que compartía con Ada.

Bincy casi había llegado a su jergón en el suelo cuando no pudo reprimir más la tos que intentaba desgarrarle la garganta. Se le escapó, sonora y seca, en la oscuridad, y Bincy se abalanzó sobre su

lecho. Demasiado tarde. Ada se incorporó de un salto en la cama, con una furia casi audible incluso antes de que hablara.

—¡Cállate! —espetó—. ¿Cómo te atreves a despertarme? —El blanco de sus ojos relució con el resquicio de luz de luna que se colaba por la rendija de las cortinas—. Mañana vas a pasarte otras dos horas en el armario, niñata inútil.

Bincy no dijo nada, aunque el corazón le gritaba de dolor. Se limitó a apretar los labios con fuerza, se cubrió la cabeza con la áspera manta y deseó con toda su alma estar de vuelta en un dormitorio lleno de niñas, en un lugar donde la hora de acostarse era siempre la misma y había cena para todas.

CAPÍTULO 7



EL AGOTAMIENTO que tiraba de las comisuras de los ojos de Bincy y le pesaba en los pies, de algún modo, empeoraba los ruidos.

Había hecho todo lo posible por complacer a Ada durante el día, a pesar de sentirse mareada y débil tras haber descansado apenas unas horas. Había abrillantado la plata sin que se lo pidieran, terminado de picar las zanahorias en un tiempo récord, sacado la basura e incluso puesto el agua a hervir en la estufa de carbón para la cocinera, aunque normalmente era ella misma quien lo hacía. Pero nada de aquello había significado algo para Ada. En el momento en que Bincy inclinó por accidente la jarra de leche un poco al dejarla sobre la mesa y derramó tres gotas sobre la madera, Ada montó en cólera.

Como se había vuelto habitual en las últimas semanas, Bincy pasó la hora del almuerzo encerrada en la despensa, y ahora eran de nuevo las diez y media y seguía en la cocina, limpiando la estufa como buenamente podía a la luz parpadeante del quinqué sobre la mesa. La lámpara hacía danzar su sombra en la pared cada vez que se movía, como una bestia frenética que saltara para asustarla cuando se enderezaba para limpiar la parte superior de la estufa. Con la estufa apagada, el frío era inimaginable. Sentía como si se le calara hasta la médula de los huesos.

Fue entonces cuando Bincy lo oyó de nuevo: aquel ruido. El golpe seco que venía del sótano. Apretó los dientes, diciéndose que se lo estaba imaginando. Frotando con más fuerza, se puso a tararear, intentando ahogar el sonido sin despertar a los demás sirvientes. Quizá, si creía con la suficiente convicción que no había nada allí, acabaría teniendo razón. Terminó con la estufa y se dirigió hacia el fregadero, lleno de platos que esperaban a ser lavados, y se detuvo un instante, aguzando el oído. Esta vez, oyó un suave rasguido, como si alguien arrastrara un objeto pesado de un estante. Por un momento, se quedó mirando la puerta del sótano. ¿Y si fuera hasta allí y la abriera? ¿Vería algo?

¿O nada?

¿Y sería eso peor que descubrir algo allí dentro?

Bincy se sacudió. Tenía que terminar su trabajo o nunca se iría a la cama. Cuando un nuevo ataque de tos le subió burbujeando por la garganta y le desgarró el cuerpo, casi lo agradeció. No podía oír nada más que sus propias respiraciones entrecortadas mientras se ponía con los platos, sumergiendo las manos en el agua grasienta y frotándolos para quitarles los restos de comida cuajada que se deslizaban de forma nauseabunda entre sus dedos.

Otro golpe seco. Este fue fuerte; hizo que Bincy se diera la vuelta de un respingo, y un plato casi se le escurrió de entre los dedos. Lo sujetó con fuerza, temblando mientras escuchaba. Había sonado exactamente como una pisada fuerte. Miró fijamente hacia el sótano, incapaz de afrontar cuál de las dos cosas era cierta: que realmente había algo allí dentro o que se estaba volviendo loca.

El silencio volvió a ser opresivo, así que regresó al fregadero y pasó el plato por el agua de aclarar tan rápido como pudo. Se puso a tararear uno de los himnos que había aprendido en el orfanato durante la oración diaria. «Gloria a Ti, mi Dios, en esta noche —susurró, con la voz siguiendo con vacilación la suave melodía—, por todas las bendiciones de la luz». Esas bendiciones parecían muy lejanas mientras colocaba el plato en el escurridor e iba a por otro.

«Guárdame, oh, guárdame, Rey de reyes, bajo Tus omnipotentes alas».

Algo provino del sótano: un arañazo, casi un susurro. Bincy alzó la voz para la siguiente estrofa. «Enséñame a vivir, para que tema la tumba tan poco como mi lecho —jadeó—. Enséñame a morir, para que así pueda levantarme gloriosa…».

Tac. Tac. Tac. Unas pisadas. Esta vez, provenían de la puerta que conducía a las dependencias del servicio. Bincy se giró en redondo, sintiendo cómo temblaba. No. No era real. Se estaba imaginando cosas. Se aclaró la garganta y reanudó la canción con voz temblorosa. «Levantarme gloriosa en el… el terrible… día…».

Las pisadas estaban ya sobre ella. No podía dejar de temblar al oírlas acercarse más y más, y su resonante determinación la aterrorizaba. Dio un paso atrás, con el aire escapándosele en respiraciones agitadas. ¿Quién iba a entrar por esa puerta?

¿O qué?

La puerta se abrió de golpe. Bincy soltó un gritito y saltó hacia atrás, levantando las manos para protegerse. Pero la monstruosidad que entró por la puerta le era familiar: Ada, con el rostro contraído en una caricatura de furia.

—¿Qué estás haciendo? —exigió, con una voz que desgarró toda la cocina.

Se oyó un estrépito desde el sótano. Bincy se giró, mirándolo fijamente. Aquello había sido real, lo sabía.

—¡Contéstame! —bramó Ada, abalanzándose sobre ella. Antes de que Bincy pudiera agacharse, la pinche de cocina la había agarrado del brazo y le había asestado un fuerte golpe en la cara. Bincy ahogó un grito de dolor, buscando las palabras—. S-s-s-solo cantaba un h-himno, Ada —consiguió decir.

—¿Cantando un *himno*? ¿Crees que eso podría salvarte, estúpida? —rugió Ada—. ¡Estás despertando a toda la casa con tu escándalo!

—Hay algo en el sótano —suplicó Bincy—. Por favor. Está haciendo ruidos.

La expresión de Ada era de una ira salvaje. —Los únicos ruidos que hay aquí están en tu cabecita hueca —siseó—. Y como oiga un solo pío más de ti en lo que queda de noche, me encargaré de que no duermas en una semana. —Le dio a Bincy una sacudida cruel—. ¿Entendido?

Bincy bajó la cabeza, ocultando las lágrimas. —Sí, señorita.

—Bien. Ahora, vuelve al trabajo. —Ada la apartó de un empujón—. Y esta vez, en silencio.

Bincy se contuvo hasta que Ada cerró la puerta de la cocina de un portazo. Entonces, se dejó caer lentamente al suelo, tapándose la boca con las manos para que nadie pudiera oír los sollozos que le subían sin control desde lo más profundo de sus entrañas y estallaban en una húmeda profusión sobre sus palmas temblorosas.

Era cierto, entonces; se estaba volviendo loca, porque Ada no había oído los ruidos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que oyera cosas también durante el día? Recordó a los ancianos que había visto en la calle de niña con su madre. Algunos balbuceaban incoherencias; a otros se les caía la baba mientras se reían de ellas con una risa estridente. Volvía a oír los ruidos, y su miedo a convertirse en uno de aquellos hombres era abrumador; ahora eran pasos, y no cabía duda de que estaban en la bodega, dirigiéndose hacia ella.

¿Se moriría de hambre en las calles ella también, tan patética que no inspiraba ni compasión, riendo sin sentido y farfullando sandeces?

Los pasos llegaron hasta la misma puerta de la bodega y se detuvieron. Bincy contuvo la respiración a pesar del ardor de su garganta. ¿Y si esa puerta se abría? ¿Qué haría si también

empezaba a ver cosas? Se oyó un siseo, como si mandaran callar a alguien. Entonces, el picaporte giró. Bincy lo miró fijamente, hipnotizada, paralizada por el terror. Los goznes chirriaron un poco y la puerta se abrió de par en par.

Bincy observó las dos formas durante un instante, con el corazón latiéndole salvajemente en los oídos, errático y presa del pánico. Eran dos, y una era una figura corpulenta, recortada contra la luz de un farol dentro de la bodega, con el rostro oculto en las sombras de la capucha que le cubría la cabeza. O quizá no era una capucha. Quizá era alguna extraña criatura —un demonio o un hada— y venía a por ella.

Bincy ya no pudo controlarse. No tenía aliento para gritar. Con los ojos desorbitados y en silencio, se abalanzó sobre el monstruo, desesperada por defenderse. La aparición más grande alzó dos garras blancas y graznó sorprendida; la más pequeña, a su lado, lanzó un gritito agudo, y entonces Bincy se les echó encima, agitando los brazos como una loca, jadeando en su pánico.

Sus manos golpearon algo duro y real, como la carne, y Bincy dudó un momento. ¿Podía aquello ser humano? Entonces, las garras se dispararon y le aferraron las muñecas, y ella ahogó un grito de terror y consternación. Siseando, la cosa se inclinó hacia ella, su horrible rostro se acercó más y el extraño hedor de su aliento la envolvió. Habría gritado si no hubiera estado demasiado asustada para respirar. Dio una patada y su pie se estrelló contra una de las estanterías de la cocina; oyó el tintineo de algo que se rompía, y su atacante simplemente la levantó del suelo por los brazos que se agitaban, sin dejar de sisear. El miedo la había mareado. Siguió retorciéndose, el pánico la abrumaba, mientras tomaba aliento para gritar...

—¡Silencio! —siseó el monstruo.

Bincy vaciló. ¿Había sido aquello una palabra?

—No pasa nada —repitió la criatura, bajándola hasta que sus pies tocaron de nuevo el suelo—. No tengas miedo. No hemos venido a hacerte daño.

Bincy tragó saliva, con la boca completamente seca. Tuvo que intentarlo dos veces antes de poder articular palabra. —¿Qué sois?

—¿Qué...? ¡Ah! —La criatura más grande se volvió hacia la pequeña —. Clara, date prisa y trae la luz. Pero sin hacer ruido.

Unos instantes después, acercaron el farol. Bincy se armó de valor y levantó la vista. Lo que la sujetaba no era un monstruo; era un muchacho, mayor que ella, pero todavía un niño. Su cara era afilada y pálida, y sus ojos, de un suave tono gris, tristes como un día de lluvia. Se llevó la mano a la cabeza y se echó la capucha hacia atrás, y Bincy sintió que se relajaba. Su revuelto pelo castaño estaba sucio, pero no era un fantasma ni un hada. Solo un ser humano.

—¿Qué hacéis en la bodega? —logró decir.

El muchacho le soltó los brazos. Ella retrocedió, frotándose las muñecas donde la había sujetado. —¿Quién eres tú? —preguntó él.

—Bincy Hall —dijo Bincy—. Soy la pinche de cocina de aquí.

El muchacho extendió la mano, y el monstruo más pequeño —una niña pequeña, vio Bincy, varios años menor que ella— se la cogió. La acercó a él mientras hablaba. —Creíamos que por fin habías salido de la cocina —dijo el muchacho—. De lo contrario, no te habríamos asustado. —Había tanto arrepentimiento como miedo en su voz—. ¿Vas a llamar a la ama de llaves?

Bincy no necesitó pensar su respuesta. —No —dijo. La señora Davids era aterradora; quería pasar el menor tiempo posible cerca de ella.

Los hombros del muchacho se hundieron con alivio. —Gracias —dijo.

—¿Por qué estáis en esta casa? —preguntó Bincy—. ¿Sois ladrones?

El muchacho pareció dolido. Suspiró, sentándose en un barril cerca de la entrada de la bodega, y subió a la niña a su regazo. —Supongo que se podría decir que sí —dijo a regañadientes.

—Pero dijiste que no lo éramos —dijo la niña, mirándolo. Bincy vio que sus mejillas estaban hundidas, y sus ojos, anormalmente grandes en su delgada cara—. Dijiste que en realidad no era robar.

—Y no lo es, en realidad, Clara —dijo el muchacho. La acercó más a él, colocando la cabeza de la niña bajo su barbilla—. Calla ahora. No pasa nada. Todo irá bien.

Bincy se acercó un paso. Había algo en la forma en que el muchacho acunaba suavemente el diminuto cuerpo de la niña que la fascinó. —¿Por qué nos robáis? —preguntó.

—Porque no tengo otra opción, Bincy —dijo el muchacho. Su voz era resignada—. Vivimos en la calle. Nuestros padres murieron hace años, de fiebres tifoideas. Ahora solo estamos Clara y yo, y tenemos que hacer lo que sea para seguir vivos. —Intentó sonreír—. Me llamo Judd. Judd Winter. Esta es mi hermana pequeña, Clara.

—Encantada de conoceros —dijo Bincy automáticamente, intrigada por el extraño encuentro. No sabía si el muchacho podía ser peligroso, pero la ternura con la que sostenía a su hermana hizo que su corazón anhelara que alguien se preocupara por ella de la misma manera. Se sentó pesadamente en el suelo, sintiéndose agotada por la lucha. —¿Es la primera vez que entráis en la bodega? —preguntó.

—Llevamos cerca de un mes colándonos aquí —dijo Judd—. Rompí una ventana en la parte de atrás durante la noche; está bien escondida detrás de un gran arbusto. Nos colamos por ahí y dormimos en el sótano. Allí hace más calor y, a veces, podemos entrar a hurtadillas en la cocina y encontrar algunas sobras para comer.

Le acarició el pelo a Clara; parecía estar quedándose dormida, con la cabeza apoyada en su pecho. —Sé que robar está mal —añadió en

voz baja—. ¿Pero qué puedo hacer? Clara ya de por sí es enfermiza y débil. Tengo que asegurarme de que coma algo. —La miró—. Aunque es más difícil contigo aquí abajo en la cocina a estas horas de la noche. Por cierto, ¿qué haces tú aquí?

Bincy no pudo resistirse a hablar con él. Hacía tanto tiempo que nadie mantenía una conversación con ella que fuera más allá de simplemente darle órdenes.

—Cuando cometo errores durante el día, Ada me encierra en una alacena —dijo—. Es la pinche de cocina... es muy mala. Luego, cuando me saca, tengo que seguir trabajando hasta que todo está hecho. Solo se me permite ir a la cama si he terminado mi trabajo. Si queda algo por hacer cuando Ada llega por la mañana, me encierra en la alacena por más tiempo aún.

El rostro de Judd se llenó de compasión. —Entonces, apenas dormirás.

—Duermo un poco, en la alacena, a veces —dijo Bincy. No podía apartar los ojos de los suyos; él la escuchaba con mucha atención—. Pero tengo muchas pesadillas. Echo de menos a mi mamá y a Mae, mi amiga del orfanato.

—Así que tú también eres huérfana —dijo Judd.

—Sí. Bueno, no sé si mamá sigue viva. Me dejó en un mercado y nunca más la volví a ver. De eso hace cuatro años. —Bincy tomó aire —. Lo siento. Hablo demasiado. Mae siempre me decía que lo hacía mucho.

—No creo que hables demasiado —dijo Judd suavemente, con una tierna sonrisa. Sus ojos mostraban curiosidad—. Sabes, solía pensar que tenías una vida mucho mejor que la nuestra. Pero te he oído llorar aquí dentro las últimas noches y, de repente, ya no parecía tan buena.

—Al menos aquí dentro hace calor —dijo Bincy, intentando sonreír.

—Supongo —dijo Judd. Se puso de pie, todavía con Clara en brazos —. Tenemos que irnos. —Una mueca de dolor cruzó su rostro—. Bincy, entiendo si tienes que contarle al amo lo nuestro. Arreglará el cristal de la ventana y no volveremos nunca más. Pero, por favor, si puedes ocultárselo… —Sus ojos estaban desesperados—. Es la única forma de que sigamos con vida desde que perdí mi trabajo en la fábrica.

Bincy no dijo nada. Se limitó a acercarse a la panera y sacar el codo de pan que Ada le había dejado para cenar. Estaba duro, pero al menos era un trozo considerable. Volvió junto a Judd y se lo tendió.

—Toma —dijo en voz baja—. Siento que esté duro.

Los ojos de Judd se abrieron de par en par. Alargó la mano para coger el pan e hizo una pausa cuando las yemas de sus dedos lo tocaron. Sus ojos estudiaron los de ella. —Gracias, Bincy —dijo suavemente.

El dedo meñique de él rozaba el de ella. Era la primera vez que alguien la tocaba, si no era para abofetearla, desde que había salido del orfanato. Se quedó en silencio un momento, deleitándose. —De nada —dijo en voz baja.

—Por favor. Si puedes. —Judd cogió el pan—. No se lo digas.

Entonces, ambos se marcharon, desapareciendo en el sótano. Bincy cerró lentamente la puerta tras ellos y se apoyó en ella, exhalando un largo suspiro de alivio. En primer lugar, no estaba loca después de todo: de verdad había alguien en el sótano.

En segundo lugar, quizá, solo quizá, por fin volvía a tener un amigo.

CAPÍTULO 8



BINCY AÚN PODÍA OLER algo de Judd y Clara mientras fregaba el suelo del sótano, asegurándose de eliminar las sucias huellas de sus pies descalzos. Volvió a mojar el cepillo en el cubo y luego restregó la espuma por el suelo, borrando todo rastro de su existencia. Nadie iba a descubrirlos. Eran su secreto.

Oyó el chirrido de la puerta del fregadero cuando entró Ada y respiró hondo para serenarse, preparándose para la reprimenda que sin duda iba a recibir.

Unos pasos se acercaron al sótano, y Bincy casi pudo sentir la desaprobación que irradiaba el cuerpo de Ada mientras esta miraba con severidad el interior de la pequeña habitación. Tras unos instantes, soltó un pequeño bufido.

—¿Acaso crees que vas a caerme mejor por fregar el suelo sin que te lo pida?

—No, señorita —dijo Bincy.

—Bien, porque no va a funcionar —dijo Ada. Se apartó, y Bincy oyó abrirse la panera. La voz de Ada destilaba desdén—. Eres muy comilona para ser tan poca cosa, ¿no es así?

A Bincy le dio un vuelco el corazón. Tragó saliva, intentando que no le temblara la voz.

—Sí, señorita.

Ada gruñó.

—Recordaré no volver a permitir que seas tan glotona —espetó.

—Sí, señorita —dijo Bincy, tragando saliva con dificultad. Las palabras de Ada eran especialmente duras de oír, considerando lo vacío que estaba su estómago. Ada se alejó de la panera y, justo cuando Bincy empezaba a relajarse, oyó una brusca inspiración y se preparó para lo peor. Ese sonido siempre significaba problemas.

—¿Qué es *esto*? —La voz de Ada tenía una calma temblorosa que era más aterradora que sus alaridos de furia.

Bincy se levantó y se acercó a Ada casi de puntillas, y el corazón le dio un vuelco de espanto. Ada sostenía un brillante y purísimo trozo de cerámica blanca: un fragmento de una taza que Bincy había roto en su forcejeo con Judd la noche anterior. Miró a Ada, muda de terror. ¿Qué podía decir para explicar aquello?

—¿Y bien? —dijo Ada—. Contéstame.

Bincy tragó saliva.

—Un trozo de una taza, señorita.

—¿Y cómo es que la taza se ha hecho pedazos? —inquirió Ada, con una mirada peligrosa.

Bincy sintió que temblaba. Sabía que por aquello la encerrarían en la despensa, quizá varios días seguidos. Justo cuando empezaba a sumirse en el desaliento, recordó lo que eso significaba: trabajar sola en la cocina por la noche y tener la oportunidad de ver a Judd y a Clara de nuevo. La idea le infundió valor. Alzó la vista hacia Ada, sintiendo un descarado desafío por primera vez en su vida.

—La he roto yo —dijo.

Ada enarcó una ceja.

—La has roto tú, ¿*qué*?

—Que la he roto yo —dijo Bincy con audacia, omitiendo de nuevo el «señorita»—. Yo rompí la taza. Fue un accidente. Creí que había barrido los trozos, pero supongo que no.

Ada la miró fijamente durante unos largos instantes, como si no pudiera creer que Bincy le estuviera replicando. Luego retrocedió un paso, irguiendo la barbilla.

—Bueno, pues si quieres mostrarte tan insolente conmigo, tendrás que aprender la lección —dijo con voz fría y cortante—. Termina de fregar ese suelo. Luego irás directa a la despensa... cuatro horas, esta vez. —Sus ojos centellearon—. A ver si sigues igual de insolente después de eso.

Cuatro horas. Bincy sabía que eso significaba que probablemente tendría la oportunidad de ver a Judd esa noche, e intentó no sonreír mientras se daba la vuelta y regresaba al sótano para terminar con el suelo. Casi esperaba con ansias su encierro en la despensa. Y lo mejor de todo era que Ada ni siquiera sabía que acababa de darle a Bincy exactamente lo que quería.

Les contaría a Judd y a Clara lo sucedido aquella noche y les diría exactamente cómo se sentía: que no le importaba la crueldad de Ada si eso significaba poder pasar tiempo con los dos hermanos. También les guardaría parte de su almuerzo. Quizá entonces le cogieran cariño.

Quizá entonces ya no estaría sola.

Esta vez, cuando Bincy oyó los pasos que subían del sótano, no tuvo por qué asustarse. En lugar de eso, dejó la cacerola que estaba limpiando y se apresuró a la puerta para abrirla una rendija.

—¡No pasa nada! —exclamó en voz baja—. Solo soy yo, Bincy.

Judd exhaló un suspiro de alivio y encendió de nuevo el farol. A su luz dorada, parecía agotado.

—Bincy —dijo, frotándose los ojos—. Nos has dado un susto de muerte.

—Lo siento —dijo Bincy, retrocediendo. El corazón se le encogió. ¿Acababa de arruinar su incipiente amistad?

—¡No, no! No te disculpes. —Judd sonrió—. Es que estamos un poco nerviosos, eso es todo. —Miró a su alrededor con cautela—. El cristal de nuestra ventana no está arreglado. Supongo... supongo que eso significa que no le has dicho nada de nosotros al ama de llaves.

Bincy le sonrió.

—Claro que no —dijo en voz baja—. Ahora sois mis amigos.

Judd se relajó visiblemente.

—Gracias —dijo, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella sintió como si una chispa dorada hubiera saltado entre ellos y se apartó, sin saber qué hacer con aquel sentimiento. Judd gruñó al coger a Clara en brazos—. ¿Has oído eso, cariño? —dijo—. Bincy dice que ahora va a ser nuestra amiga.

Clara acurrucó la cabeza en el cuello de Judd y alzó la vista hacia Bincy. Tenía los ojos más grandes, oscuros y solemnes que Bincy había visto jamás, y le daban un aspecto angelical a pesar del pelo lacio que le caía sin remedio sobre la cara.

—Me alegro —murmuró ella—. No tenemos amigos.

Bincy le tocó el brazo, sonriéndole. Clara le recordaba a la joven Catherine del orfanato. Tan frágil y delicada. —Ahora sí —dijo—. Mirad, quiero enseñaros algo. Venid al fregadero.

Judd la siguió, todavía con Clara acunada en la cadera. Ella lo condujo hasta un armario de cocina en desuso. —Solo guardamos algunas cosas aquí —dijo, abriéndolo—. No creo que hayamos usado

estos platos desde que empecé a trabajar aquí. Por eso he pensado que sería el escondite perfecto.

Observó el rostro de Judd mientras este se asomaba al oscuro interior. Bincy había colocado algunos platos para hacer un pequeño hueco en el fondo del armario, oculto a primera vista, pero cuando Judd miró de cerca, supo que vería dos manzanas y un trozo de queso esperándolos a él y a Clara. Cuando vio la comida, su rostro se iluminó y a Bincy le dio un vuelco el corazón. Él la miró, con los ojos muy abiertos por la alegría. —Oh, Bincy, no tenías por qué.

—Quería hacerlo —dijo Bincy apresuradamente, felicísima de ver su sonrisa—. Quería ayudarte. Ahora soy tu amiga, ¿verdad?

—Así es —contestó Judd. Metió la mano libre en el armario y sacó una de las manzanas. Era redonda y roja, de mejillas sonrosadas como las de una colegiala. —Mira esto, Clara —dijo.

Clara la miraba boquiabierta. —Oh, Judd, ¿podemos comérnosla ahora mismo?

—*Tú* puedes comértela ahora mismo, cariño —dijo Judd, depositando a Clara en el suelo y tendiéndole la manzana.

Ella negó con la cabeza. —No. Sin ti no.

—Clara. —Judd se arrodilló y le puso la manzana en la mano, cerrando los dedos de la niña sobre ella con los suyos—. Hay una para mí y otra para ti. Esta es toda tuya. —Le besó la frente, cerrando los ojos como para contener la fuerza de lo que sentía por su hermana pequeña—. Venga, vete. Vete a nuestro rincón cálido en la bodega y cómetela.

—¡Gracias! —exclamó Clara. Se llevó la manzana a los labios y aspiró su aroma profundamente, con reverencia, y luego miró a Bincy con una expresión que le encogió el corazón—. Gracias, Bincy —dijo.

Clara se marchó corriendo. Judd se irguió de nuevo y se volvió hacia Bincy con una sonrisa. —No te imaginas lo que esto significa para mí

—dijo—. Nunca consigo darle suficiente de comer. Ojalá pudiera.

—El señor y la señora tienen muchísima comida, Judd —dijo Bincy—. Tiran lo suficiente como para alimentarnos a los tres cada día, y ni siquiera está en mal estado. Son solo las sobras de sus platos. —Negó con la cabeza—. No lo entiendo. ¿Por qué su hijo merece tener más comida que yo?

—No es cuestión de merecerlo, Bincy —dijo Judd. Le puso una mano en el brazo, y ella sintió que los latidos del corazón se le calmaban al sentir aquel contacto tranquilizador sobre la piel—. No sé por qué algunos de nosotros tenemos que pasar hambre y otros tienen más que de sobra. Solo sé que no es porque algunos de nosotros merezcamos tener comida y otros no. Porque si alguien merece tenerlo todo… —La voz de Judd se quebró y miró con tristeza hacia la bodega—. Entonces mi hermana pequeña sería la princesa del mundo entero. Es una cosita tan buena, agradecida, leal y optimista, Bincy. No sé qué haría sin ella.

—Yo no sé qué haría ella sin ti —dijo Bincy.

Judd se encogió de hombros. —Yo cuido del cuerpo de Clara —dijo —. Ella cuida de mi corazón. —La calidez de su tono encerraba un afecto tan potente que a Bincy le dolió el corazón. Deseó que alguien hablara de ella de esa manera.

—En fin. —Judd resopló y le dedicó una sonrisa torpe—. Gracias por conseguirnos la comida. Sé que está mal robar. Pero también sé que estaría todavía peor dejar que la pequeña Clara pasara hambre.

—No me importa —se apresuró a decir Bincy—. Es… es más fácil para mí que para ti. Y el amo ni se dará cuenta. Tiene tanto… —Su voz se fue apagando.

—Eso espero. —La mano de Judd seguía en su brazo. Se lo apretó con suavidad—. Pero, por favor, que no te pillen. No hace falta que estemos todos metidos en el mismo lío, ¿no crees?

Bincy intentó reír con ligereza, pero la idea de que la descubrieran no se le había pasado por la cabeza. Le dio un vuelco el estómago al pensar en lo que haría la señora Davids si la pillaba robando. Entonces miró a Judd, vio la gratitud en sus ojos y el corazón se le calmó.

—Por supuesto —dijo—. Tendré cuidado.

No lo decía del todo en serio. Lo que quería decir era que haría cualquier cosa en el mundo para mantener a Judd y a Clara como amigos, para no volver a estar sola nunca más.



La bolsa de la basura pesaba tanto que Bincy no podía sacarla del cubo de la cocina. Tenía que sujetar la bolsa bien cerrada con una mano —permitir que su apestoso contenido se derramara por el suelo era castigado con unos cuantos buenos bastonazos de la señora Davids— y luego inclinar el cubo lentamente con la otra hasta poder arrastrar la bolsa al suelo. Después, con la esperanza de que no se rompiera mientras lo hacía, tenía que arrastrarla por toda la cocina y sacarla por la entrada de servicio hasta el patio trasero.

La bolsa traqueteaba y tintineaba a su espalda, con las latas chocando entre sí mientras Bincy la arrastraba por el suelo. Al menos pesaba un poco menos que la semana anterior. Al colar toda la comida sobrante en el rincón que había preparado para Judd y Clara, Bincy se había asegurado de ello. Era consciente de que el vestido le quedaba un poco más holgado de lo habitual en la cintura, pero no le importaba demasiado. De todos modos, el vestido le quedaba raro en muchos sentidos; de repente, había empezado a apretarle en el pecho. Un poco de holgura en la cintura no la molestaba.

Arrastró la bolsa hasta el sendero de grava y caminó con dificultad hacia el lugar cercano a los establos donde esperaría a que la recogieran y se la llevaran adondequiera que fuese la basura;

probablemente al río, reflexionó. Al menos ya nada de aquello era comestible. Ella se estaba asegurando de eso. Tuvo que detenerse un momento para que sus hombros agarrotados se relajaran un poco, a mitad de camino hacia los establos, guareciéndose a la sombra de un árbol. Arrastrar aquella bolsa nunca se hacía más fácil, pero si se quedaba allí demasiado tiempo, Ada le gritaría. Estiró los brazos, tratando de desentumecer los hombros, y luego cogió la bolsa de nuevo y tiró.

Se oyó un fuerte resoplido a su lado. Bincy solo vio una mancha borrosa de pelaje lustroso y cascos voladores. Saltó hacia atrás, chillando de terror, soltando la bolsa y dando unos pasos asustados para alejarse. Un enorme caballo negro se encabritó en el sendero frente a ella, con los ojos en blanco y el hocico abierto mientras luchaba contra el bocado. Al otro extremo de las riendas, para absoluto horror de Bincy, vio al joven amo. Llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás mientras luchaba por mantener el control del asustado caballo, y su mandíbula cincelada mostraba una expresión de resuelta concentración. Las patas delanteras del caballo volvieron a golpear la tierra con un ruido sordo e intentó desbocarse, pero desde el suelo, a su lado, el joven amo le dio un firme tirón a las riendas.

—¡Alto! —ordenó, con su autoritaria voz resonando—. ¡Quieto!

El caballo se quedó paralizado. Los grandes músculos de sus espaldas y anca se contrajeron y sus ollares se dilataron, pero por lo demás, no se movió. Bincy contuvo la respiración mientras el joven amo miraba a su alrededor, con el ceño fruncido. Sabría que ella había asustado al caballo, y entonces no había forma de saber lo que haría. ¿Se lo diría a Ada? ¿O se ahorraría la molestia y simplemente le pegaría él mismo?

Sus ojos se posaron en los de ella, y Bincy pensó que se le pararía el corazón. Eran del tono de verde más intenso que había visto en su vida; el verde de las hojas nuevas, penetrantes en su orgulloso rostro, enmarcados por el pelo rubio que se había deshecho de su

esmerado peinado en su lucha con el caballo y que ahora le caía sobre la frente como oro empañado. La miraron fijamente por un segundo, y ella sintió su mirada sobre sí, el silencio extendiéndose entre ellos como un trozo de goma a punto de romperse. No podía soportarlo; tampoco podía descifrar la forma en que la miraba, aunque le provocaba mariposas en el estómago.

—Se-señor —logró decir al fin—. Lo-lo siento muchísimo. No era mi intención asustar a su caballo. Solo estaba sacando la basura y no le vi, y debe de haberse asustado con la bolsa de la basura o...

El joven amo abrió la boca, y Bincy enmudeció de inmediato, preparándose para el maltrato que se avecinaba. En cambio, su voz era cálida y áspera, como miel derritiéndose sobre una tostada.

—No, no te preocupes por eso —dijo él, sonriendo—. No pasa nada. —Le dio una palmada en el cuello al caballo; este se estremeció, pero no se movió—. Shadow a veces puede ser un verdadero necio. —Sacudió la cabeza, apartándose el pelo de los ojos—. Se necesita un buen amo para manejarlo.

Bincy miró al enorme caballo y se sintió sobrecogida. No podía creer que el joven amo lo hubiera manejado con tanta facilidad. —Lo maneja usted muy bien, señor.

El joven amo se rio. —Por supuesto que sí.

Bincy se le quedó mirando. Se sentía aliviada de que no estuviera enfadado, pero en su corazón había algo más; una curiosidad que la mantenía clavada en el sitio, aunque sabía que debería escabullirse para hacer su trabajo. El joven amo todavía la miraba de forma extraña. Ella se aclaró la garganta, cohibida, y él pareció volver en sí. Una sonrisa se extendió por sus facciones. Le iluminó la mirada y la dejó un tanto deslumbrada.

—No creo haberte visto antes —dijo—. Estoy seguro de que lo recordaría si así fuera.

—Solo soy una pinche de cocina, señor —dijo Bincy, bajando la mirada.

—Ah, a mí no me importan mucho esas cosas, ¿sabes? —dijo el joven amo con efusividad. Soltó una risita—. Mi tutor de filosofía diría alguna ridiculez sobre que todos somos humanos, o algo por el estilo.

Bincy levantó la vista hacia él, apenas pudiendo creer lo que oía. ¿De qué estaba hablando?

El joven amo se acercó un paso, arrastrando al caballo consigo. Su sonrisa se ensanchó, haciéndola sentir un poco mareada. —Por cierto, soy Henry —dijo—. Henry Williams. Vivo aquí.

—Lo sé —dijo Bincy, tragando saliva—. Le he visto montar a caballo antes. Desde la cocina.

Henry se rio. —Esta es la parte en la que me dices tu nombre, tonta.

Bincy miró a su alrededor con nerviosismo. Si la señora Davids, Ada, o incluso la señora de la casa la veían, sabía que se metería en un lío terrible. Retrocedió un poco, buscando de nuevo la bolsa de la basura.

—Debería irme ya, señor —dijo—. No tengo ideas por encima de mi posición. No es apropiado que le diga mi nombre.

—¡Bah! —Henry negó con la cabeza—. Apropiado esto, apropiado aquello. Todo son paparruchas. Vamos. —Le dedicó una amplia sonrisa—. Solo dime tu nombre. Será nuestro secreto.

Bincy pensó en Judd y Clara. Ellos también eran un secreto, y empezaba a pensar que le gustaban los secretos. Soltó una risita. —Está bien —dijo—. Soy Bincy Hall.

Henry hizo una ostentosa reverencia. —Encantado de conocerla, señorita Hall —dijo galantemente, guiñándole un ojo que a ella le revolvió el estómago—. Me complace enormemente haberla conocido.

Bincy volvió a reírse, poniendo una voz rimbombante. —El placer es todo mío, señor Williams.

—¿Ves? Sabía que había algo de diversión en ti —dijo Henry.

—¡BINCY! —gritó la voz de Ada desde las cocinas—. ¿Qué haces ahí fuera?

—Será mejor que me vaya —dijo Bincy a regañadientes, mientras cogía la bolsa de basura.

—Supongo —dijo Henry con languidez—. Dile tan solo que te he dicho que te estuvieras quieta mientras pasaba con mi caballo, ¿de acuerdo? —Volvió a guiñarle un ojo—. Así no podrá enfadarse contigo.

—¡Gracias! —le dijo Bincy mientras él se alejaba al trote con su caballo. Sabía que, de todos modos, iba a meterse en un lío mientras arrastraba la bolsa de basura hacia las caballerizas, pero, por alguna razón, no le importó. Acababa de hablar con el joven señor de la casa y no había sido altanero en absoluto; era agradable y amable, y algo en él le aceleraba el corazón.

Nuestro secreto. Sonrió, sintiendo que el corazón se le llenaba de luz. Las cosas por fin empezaban a mejorar.

CAPÍTULO 9



Dos años después

Bincy se entretuvo en el huerto, andando con cuidado entre los surcos de verduras mientras fingía buscar las zanahorias más gordas y anaranjadas de todo el huerto para el estofado de ternera de los señores. Se arrodilló y apartó un poco de tierra del rabillo de una zanahoria. Tenía un ligero tono verde, y lo tomó como excusa para seguir adelante. Al incorporarse, Bincy espió rápidamente a través del seto hacia el césped. No había nadie…, todavía no. Sabía que aquello no duraría mucho. Procurando contener la risa, siguió avanzando por el surco, seleccionó una zanahoria y la arrancó. A decir verdad, todas eran igual de jugosas que esa, pero no era por eso por lo que se estaba demorando tanto tiempo en el huerto.

Colocó la zanahoria con cuidado en la cesta que llevaba en el brazo y alzó la vista hacia la cancela del huerto. Esta vez, él estaba allí. Sintió que todo su ser se iluminaba. Hizo un gran esfuerzo para no soltar la cesta y correr hacia él, pero sabía que debía contenerse. Miró a su alrededor con aire despreocupado, fingiendo inspeccionar más zanahorias. Solo cuando estuvo segura de que nadie la observaba, pudo correr hacia él, saltando por encima de los surcos de verduras y riendo por lo bajo.

Henry esperaba junto a la cancela del huerto, apoyado en ella con sus fuertes brazos. Sus hombros se habían ensanchado aún más aquel verano; tensaban la tela de su camisa blanca mientras le sonreía abiertamente, y algo de vello asomaba por el cuello de la camisa.

—Hola, Bincy —dijo él, y su voz ronca le derritió el corazón.

—¡Hola! —Bincy se le acercó dando saltitos. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. ¿Cómo está usted hoy?

—Muy bien, gracias. Y mejor ahora que te veo. —Henry le dedicó aquella sonrisa, la que hacía que su corazón diera volteretas—. Te he echado de menos estos dos últimos días. —Frunció el ceño—. ¿Te estás cansando de verme?

—¡No! —Bincy extendió la mano y le agarró el antebrazo—. No, no, Henry, por favor, no diga eso nunca. Es que Ada me ha tenido tan ocupada en la cocina que no habría podido escaparme ni aunque lo hubiese intentado.

Henry la miró detenidamente. —¿Estás segura de eso?

—Completamente. —Bincy se aferró a su brazo—. Se lo prometo.

—Está bien. —Henry cedió, y su sonrisa regresó—. Entonces te creo. Pero solo porque eres la florecilla más bonita de todo este jardín. —Le tocó la nariz con un dedo y Bincy rio tontamente—. Eres demasiado bonita para ser una doncella, Bincy. Algún día te convertiré en la señora de una mansión aún más grande que esta.

—Oh, yo no quiero ser una señora —dijo Bincy.

—Mmm, ¿y si pudieras ser *mi* señora? —dijo Henry.

Bincy no supo qué decir, pero sus palabras la hicieron sentir especial y querida. Sintió que las mejillas se le ponían al rojo vivo y apartó la mano del brazo de él. Henry rio. —No seas tímida —dijo—. En lugar de eso, dime que esa horrible de Ada no ha vuelto a encerrarte en la despensa.

—Siempre lo hace —dijo Bincy. Hizo una pausa. Quería contarle a Henry que en realidad no le importaba que la encerraran en la despensa; para entonces ya había aprendido a dormir profundamente allí dentro. Y cada tarde, después de que la soltaran para terminar sus tareas, Judd y Clara venían a la casa para acurrucarse en el cálido sótano a pasar la noche, donde ella podía verlos. Sabía que la necesitaban para que los ayudara. Pero Judd le había hecho jurar que nunca, jamás, se lo contaría a nadie, aunque sabía que el bueno y amable de Henry nunca haría nada que pudiera perjudicar a Judd y a su hermana.

—Estás aún más guapa cuando piensas —dijo Henry.

Bincy rio.

Henry se metió la mano en el bolsillo y sacó una reluciente moneda de cobre. Enarcó una ceja. —¿Un penique por tus pensamientos?

Dos años ocultando el secreto de Judd y Henry habían convertido a Bincy en una experta en mentir. —Estaba pensando en lo amable que es usted conmigo —dijo.

Henry rio. —Toma —dijo, lanzándole el penique.

Bincy lo cogió al vuelo y se lo devolvió, sonriendo. —¿Y un penique por los suyos?

Henry rio y se inclinó sobre la cancela para besarle la mejilla. Fue tan repentino e inesperado que Bincy casi se apartó de un respingo. —Querida, mis pensamientos te escandalizarían —dijo.

Bincy se llevó una mano a la mejilla, sintiendo que su sonrojo se intensificaba. —¿Q-qué quiere usted decir? —preguntó, con una risita.

Henry se limitó a reír. Se inclinó sobre la cancela y arrancó una ramita de lavanda del arbusto que crecía allí, para luego colocársela a Bincy detrás de la oreja.

—Ahí la tienes —dijo—. Una dulce y hermosa flor para una dulce y hermosa dama. Yo la he cogido, así que era mía. Y ahora te la he dado a ti.

—Oh, Henry. —Bincy se la quitó de detrás de la oreja y aspiró su maravillosa fragancia—. La guardaré como un tesoro por siempre jamás. —Se sintió mareada mientras lo miraba—. Nadie me había regalado una flor antes.

—Pues hazlo —dijo Henry, riendo—. Y yo te guardaré a ti como un tesoro, pequeña Bincy Hall, mi tesoro escondido. —Se quitó el sombrero a modo de saludo—. La vieja murciélaga me estará buscando, así que debo marcharme. Nos veremos cuando nos veamos.

Se marchó a grandes zancadas, dejando a Bincy en el huerto, aferrada a la lavanda, con su mundo entero lleno de una emoción que solo Henry podía darle.

Bincy no había estado en la cocina cuando Ada la había llamado. Por eso seguía en la cocina ahora, a pesar de que la manecilla de las horas del reloj hacía tiempo que había pasado del número once. Sin embargo, aunque sabía que Ada había esperado castigarla dándole tres horas enteras en la despensa, no podía enfadarse demasiado.

Tarareaba en voz baja mientras fregaba las grandes losas del suelo de la cocina, pensando en el momentáneo acto de rebeldía que la había metido en aquel lío. Le había dicho a Ada que había estado en el retrete cuando la pinche de cocina la había llamado, pero, en realidad, había estado en las dependencias del servicio, prensando con delicadeza la lavanda entre las páginas de un libro raído y con las esquinas dobladas. Aún podía oler su dulzura, aún podía ver el brillo en los ojos de Henry cuando se la dio, aún podía sentir las yemas de sus dedos en la mejilla mientras él le colocaba la florecilla detrás de la oreja. *Mi tesoro escondido*. Sus palabras la hacían sentir

especial y cálida por dentro, como el sol que destella sobre el oro. La hacían sentir que importaba.

Estaba tan sumida en sus ensoñaciones con Henry que Judd tuvo que llamar dos veces a la puerta del sótano antes de que se diera cuenta de que aún no les había abierto a él y a Clara.

—¡Perdón! —siseó Bincy, poniéndose en pie de un salto. Abrió la puerta de un tirón. Como cada noche desde hacía dos años, Judd y Clara la esperaban en el sótano. Clara había crecido un poco, pero aún conservaba la mirada de ojos grandes de una niña pequeña; el rastro de vello facial de Judd se había convertido en una sombra perfilada en sus mejillas, recortada de forma desigual con las tijeras de la cocina.

—Buenas noches —dijo Judd en voz baja. Se agachó y dejó a Clara en el suelo. Los brazos y las piernas de la niña ya no eran tan delgados y esqueléticos como dos años atrás; de hecho, ahora eran casi robustos mientras rodeaba con los brazos las rodillas de Bincy y le sonreía desde abajo.

—Hola, pequeña —dijo Bincy, pasándole una mano por los rizos—. ¿Cómo estás?

—Hambrienta —respondió Clara, sonriendo.

Judd se arrodilló a su altura y le tocó la mejilla. —Entonces, más te vale darte prisa e ir a por nuestra comida, ¿no crees? —dijo él.

Riendo por lo bajo, Clara corrió hacia la estantería donde Bincy siempre les escondía las sobras y los mendrugos. Bincy observó cómo la niña se encaramaba a una caja para alcanzar la estantería. Con una desagradable sacudida, se dio cuenta de que se había olvidado de guardarles el codo del pan de ese día. Había estado tan absorta en sus ensoñaciones con Henry que lo había tirado a la basura.

—Me temo que hoy no hay mucho —dijo, buscando una excusa—. Ada me ha estado vigilando de cerca. Pero me atrevo a decir que

algo habrá.

—Gracias —dijo Judd, pero su voz sonó seca y cortante. Bincy sintió una punzada de preocupación. ¿Sabría él que había tirado el pan?

—Lo siento —dijo ella, retrocediendo con la cabeza gacha—. Yo… no siempre puedo gu-guardároslo todo. Lo in-in-intento, pero es que…

—No, Bincy. —Judd alzó la vista, y sus ojos se mostraron un poco más amables. Le tocó el brazo—. Gracias por lo que haces; de verdad, te lo agradezco.

Bincy frunció el ceño. —¿Entonces por qué estás enfadado conmigo? —preguntó.

—No estoy… —Judd hizo una pausa. Se pasó una mano por el pelo largo, mordiéndose el labio mientras buscaba las palabras—. No estoy enfadado contigo —dijo, con más dulzura—. Estoy preocupado por ti.

Bincy no sabía de qué estaba hablando. Lo miró fijamente. —¿Por qué estás preocupado por mí? —preguntó—. No pasa nada, ¿sabes? Ada en realidad no sospecha nada. Solo tengo cuidado, eso es todo, y las noches no son tan malas. Duermo en la alacena cuando me encierra allí. —Sonrió—. Y también me gusta veros por las noches.

—No es eso —dijo Judd. Tenía la mirada velada—. Vi que hay otra persona a la que también te gusta ver.

Su voz sonaba ligeramente acusadora. Bincy retrocedió, sintiendo que la sangre se le subía a la cara. —¿Qué quieres decir?

—No lo intentes, Bincy —dijo Judd bruscamente—. Te vi con el joven amo. Parece que os habéis vuelto bastante íntimos.

Bincy tragó saliva, temblando de miedo. ¿Iba Judd a revelar su secreto? Nunca le había contado a nadie que él y Clara pasaban las noches en el sótano, pero no sería la primera vez que la traicionaban.

—Henry y yo somos amigos —susurró, incapaz de mentir ante sus agudos ojos—. Nadie más lo sabe. Por favor, Judd, no lo cuentes. Ada y la señora Davids se enfadarían mucho conmigo.

—No quiero contarlo —dijo Judd con brusquedad—. Además, ¿a quién se lo iba a contar? No conozco a nadie en esta casa. Pero sigo pensando que no es una buena idea ser amiga de gente como Henry Williams.

La ira se encendió en Bincy. —¿Qué quieres decir con «gente *como* él»?

—Oh, vamos, Bincy. ¿No lo ves? —resopló Judd—. ¿Por qué crees que se ha hecho amigo tuyo?

—Porque es una persona amable —dijo Bincy rápidamente—. Le gusta hablar conmigo y siempre dice cosas bonitas. No como tú. —Se cruzó de brazos.

Vio un destello de dolor en los ojos de Judd, pero él pareció ignorarlo rápidamente. —Te lo digo, Bincy, Henry no tiene buenas intenciones contigo. Te utilizará. Acuérdate de lo que te digo.

—¿Qué? —La voz de Bincy se alzó, indignada—. ¡Cómo te atreves a decir eso! ¡Henry es mi amigo!

Los ojos de Judd se agrandaron. —¡Chis! —siseó, levantando las manos.

El corazón de Bincy martilleaba de rabia. —Henry no ha hecho más que ser amable conmigo —espetó—. Se preocupa por mí. ¡No puedes decir esas cosas tan terribles de él!

—¡Bincy, cállate! —espetó Judd.

—¿Cómo has podido decir eso? —gritó Bincy.

Clara corrió hacia ellos, agarrando las dos naranjas que Bincy había conseguido para ellos. Tenía los ojos muy abiertos. —Alguien viene —siseó.

Bincy miró a Judd, sintiendo que se le iba el color de la cara. Con la rabia, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba levantando la voz. ¿Qué había hecho?

—¡Rápido! —siseó—. Tenéis que salir de aquí.

A Judd no hubo que decírselo dos veces. Cogió a Clara en brazos y corrió hacia la bodega. Bincy ya podía oír pasos en el pasillo. Casi los empujó a los dos por la puerta. Judd se giró para mirarla, y ella pudo ver sus ojos, muy abiertos y asustados a la luz del farol, mientras estrechaba a Clara contra su pecho. El corazón le latía con fuerza.

—¡Ve! —susurró—. Salid de aquí. Yo la entretendré.

Judd no dijo nada. Se limitó a asentir y se apresuró hacia el fondo de la bodega. Bincy cerró la puerta y se dio la vuelta justo cuando Ada entraba en la cocina. La doncella tenía el pelo de punta, alborotado por el sueño, pero no había nada de somnoliento en la rabia pura que emanaba de su expresión.

—¿Qué haces aquí abajo? —chilló, acercándose a Bincy. Se esperaba la bofetada, pero aun así le dolió cuando resonó en su mejilla—. ¿Es que no entiendes que necesito descansar?

—Lo… lo siento, señorita —tartamudeó Bincy, buscando a toda prisa una mentira creíble—. He… he visto una rata. Una enorme, muy grande, que salía de la bodega. —Tragó saliva, rezando en silencio para que Ada la creyera—. Era tan grande que me he llevado un susto de muerte, me he asustado mucho y he gritado.

Ada entornó los ojos. —¿De la bodega, dices? —dijo, desviando la mirada hacia la puerta de la bodega.

El pulso de Bincy se cuadruplicó. *Por favor, que Judd y Clara ya se hayan ido*. —S-sí. Volvió a meterse dentro cuando grité y la encerré ahí. Tenía unos dientes muy grandes —añadió rápidamente.

Ada se acercó a la puerta de la bodega. —Vamos a ver si es cierto.

Bincy la agarró del brazo. —¡No! —jadeó. Ada la fulminó con la mirada—. No, por favor, señorita, no lo haga —dijo Bincy—. Podría morderla.

—Creo que puedo lidiar con una rata, no como tú —espetó Ada. Se sacudió el brazo, arrojando a Bincy al suelo. Sentada sobre las frías baldosas, Bincy no pudo hacer nada para impedir que la fregona abriera la puerta de par en par. Por un momento, ambas miraron en silencio la oscura bodega. Luego, Ada cogió una lámpara de gas de los estantes de la cocina y la alzó dentro del pequeño cuarto. Bincy sintió que su corazón se calmaba. No había nadie. Judd y Clara habían logrado escapar, y justo a tiempo.

—Hum —resopló Ada, volviendo a colocar la lámpara en el estante y cerrando la puerta. Sus ojos ardían de recelo mientras miraba a Bincy—. Parece que no hay nada… ya. —Le dedicó a Bincy otra larga mirada—. Vuelve al trabajo. Y si vuelves a despertarme, te juro que te curtiré el lomo, estúpida.

—Sí, señorita. —Bincy se puso en pie de un salto, temblando de alivio—. Gracias, señorita. Así lo haré, señorita.

Ada la fulminó con la mirada. —Más te vale —espetó.

Dicho esto, salió airosa de la cocina. Bincy se apoyó en la mesa, sintiéndose agotada. Había faltado poco —demasiado poco para su gusto—, pero no era la tensa situación lo que le revolvía el estómago.

Eran las cosas horribles que Judd había dicho sobre Henry y la mirada en sus ojos al apartarse de ella. Estaba tan enfadado, más enfadado de lo que jamás lo había visto en los dos años que lo conocía. Un nudo de miedo se le formó en el estómago. ¿Qué significaba eso para su amistad?

¿Volverían?

CAPÍTULO 10



A LA NOCHE SIGUIENTE, no habían regresado. Bincy no había tenido que trabajar en la cocina esa noche, pero les había dejado comida y a la mañana siguiente estaba intacta. Tratando de acallar el pavor que le crecía en el estómago como un tumor, Bincy siguió escondiendo la comida cada noche, y cada mañana, esta seguía allí. Incluso comprobó que el cristal de la ventana seguía roto, pensando que alguien podría haberlo encontrado y reparado, pero el vidrio seguía faltando; y la comida, cuatro días después, continuaba en el estante, intacta.

Cinco días después de su pelea con Judd, Bincy estaba desesperada. Era el periodo más largo que había pasado sin que la encerraran en la alacena durante varias horas del día y, mientras troceaba las verduras para la cena, reflexionó que nunca habría pensado que *desearía* que la encerraran. Pero así era. Levantó la vista hacia Ada, que estaba en el otro extremo del fregadero, guardando unos platos. Bincy bajó la mirada hacia las verduras en la tabla de cortar, con el corazón latiéndole con fuerza. Sabía que tenía que hacer algo para meterse en un lío; así, cuando la soltaran por la noche para recuperar el trabajo, podría quedarse despierta toda la noche, vigilando por si aparecían Judd y Clara.

Si tan solo pudiera contárselo a Henry. Henry sabría qué hacer, e incluso podría ayudarla. Recordó su último encuentro el día anterior. Él llevaba su caballo de vuelta al establo; ella había esperado a sacar

la basura hasta oír los cascos en el camino de entrada y se había encontrado con él entre los arbustos, donde los ojos fulminantes de Ada no podían verlos.

—Hola, mi pequeño tesoro escondido —dijo Henry cuando la vio. Llevó el caballo hacia ella y sonrió, alargando la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara. Frunció el ceño—. ¿Qué te ha pasado?

Bincy se llevó la mano al cardenal de la mejilla, que seguía allí —amarillento y difuminado— por la bofetada de Ada de hacía unas noches. —Fue Ada —admitió—. Es muy malvada.

La mirada de Henry se ensombreció, sus ojos azules turbulentos como mares tempestuosos. —Algún día, seré el señor de esta casa —dijo—. Entonces tendrás la vida que mereces. —Le rozó el cardenal ligeramente con el pulgar—. Te lo prometo.

Bincy sintió que iba a derretirse allí mismo. Le sonrió, permitiéndose soñar despierta, aunque sabía que nunca podría ocurrir. Pasara lo que pasara, ella siempre sería una humilde huérfana mientras que él era el hijo de un acaudalado abogado.

Henry ladeó la cabeza, con la frente surcada por la preocupación. —Pareces afligida —dijo—. ¿Qué ocurre?

Casi se lo contó entonces: que se había peleado con su único otro amigo, que no sabía dónde estaba ni si se encontraba bien, que estaba mortalmente preocupada por él. Pero le había hecho una promesa a Judd y, pasara lo que pasara, tenía que mantenerla.

—Oh, es solo el frío —había dicho, intentando disimular su mentira con una sonrisa—. Las noches se vuelven tan gélidas en las dependencias del servicio.

Henry suspiró. —Algún día, tesoro —dijo—. Algún día tendrás una vida mejor. —Sonrió, dando un paso atrás, aunque las yemas de sus dedos permanecieron en la mejilla de ella—. Ya verás.

Ella se quedó mirándolo mientras se alejaba, con el corazón dolido por el anhelo. Quizá, pensó, Henry podría cumplir su promesa de alguna manera. Tal vez, ella podría llegar a ser el ama de llaves algún día. Sabía que sería mucho más amable con sus pinches de cocina de lo que era la señora Davids. Si Judd pudiera ver eso, si supiera que Henry era amable y bondadoso, y que se había equivocado con él. Era tan necio que hubieran discutido por algo que, a todas luces, no era cierto.

Al mirar a Ada, Bincy se aferró al hilo de esperanza que Henry le había dado. Respiró hondo, reuniendo el atisbo de valor inspirado por esa esperanza, y cogió la tabla de cortar. Estaba repleta de zanahorias troceadas, y caminó hacia el fogón donde el agua ya hervía para ellas. Hizo el ruido justo para que Ada levantara la vista. En cuanto sintió los fríos ojos de la pinche de cocina sobre ella, Bincy tropezó, lenta y aparatosamente. Soltó un chillido de falso disgusto mientras la tabla de cortar se deslizaba entre sus dedos y luego se inclinaba. Las zanahorias se desparramaron por todas partes, rebotando por el suelo y rodando bajo las mesas. Resbaló con un trozo y cayó pesadamente sobre una rodilla, conteniendo la respiración.

Había funcionado. Ada se levantó de un salto de donde estaba apilando platos, con el rostro encendido por la ira. —¿Qué haces, estúpida? —chilló—. ¡Mira el desastre que has hecho! ¡Mira qué desperdicio! ¡Fregarás hasta que reluzcan!

Bincy no tuvo que fingir que estaba asustada. Un miedo genuino le atenazó las entrañas mientras se encogía ante Ada. ¿Había ido demasiado lejos?

—Lo siento, señorita —gimoteó—. Se me ha resbalado de las manos.

Ada resopló. —Seguro que sí, necia —espetó.

Se agachó y agarró a Bincy de la oreja; sus fríos dedos retorcieron la extremidad con tal agonía que Bincy soltó un chillido involuntario.

—A la alacena contigo —siseó, arrastrando a Bincy por el suelo. A pesar del dolor en la oreja, Bincy sintió una oleada de alivio. Se dejó empujar dentro de la alacena y retrocedió de un respingo cuando la puerta se cerró de un fuerte portazo, sellándola en la ya familiar oscuridad.

Bincy se dejó caer al suelo, apoyándose en el fondo de la alacena y permitiendo que su corazón se calmara. Su treta había funcionado. Iba a poder esperar a Judd y a Clara esa noche.



El silencio en la cocina era abrumador. Bincy se paseaba de un lado a otro, esperando con impaciencia. Hacía tiempo que había terminado su trabajo; el reloj de la pared marcaba la una y cuarto, pero todavía no había ni rastro de Judd o Clara.

Bincy entró en la bodega, con la mirada fija en el rincón donde solían tirar la manta y dormir unas horas. Podía imaginarlos allí tumbados, tal y como estaban una mañana en la que ella había bajado antes que los demás, justo a tiempo para advertirles de que huyeran. La luz de la mañana entraba suavemente por la ventana rota, filtrada por las hojas del arbusto de fuera, moteando el terso rostro de Clara mientras yacía en silencio, sumida en un profundo sueño. El cuerpo de Judd estaba acurrucado en torno al de ella, con un brazo rodeándola de forma protectora y la coronilla de la niña resguardada bajo su barbilla, como si la envolviera tan prieta y seguro como el caparazón de una tortuga. Bincy recordó cómo le había dolido el corazón anhelando que alguien la cuidara y la protegiera de esa manera. Ahora, el rincón estaba vacío, barrido y limpio. ¿Dónde podían estar?

—¿Dónde estás, Judd? —susurró Bincy, apoyándose en la pared. Pero su única respuesta fue el canto de los grillos en el exterior. Se habían marchado y Bincy no sabía por qué ni cómo los recuperaría.

Lo único que sabía era que tendría que seguir buscándolos cada noche, pasara lo que pasara.



BINCY AVANZABA COJEANDO por la oscuridad del pasillo que conectaba las habitaciones de la servidumbre con la cocina. Todavía le dolía la rodilla izquierda donde Ada la había golpeado con un rodillo de amasar ese mismo día, después de que Bincy quemara las cebollas a propósito, pero sentía menos dolor que confusión. Normalmente, una transgresión como esa le habría costado cuatro horas en la alacena. Pero hoy no.

Con el corazón lleno de perplejidad, Bincy se movió tan sigilosamente como pudo. El hecho de haber podido escabullirse de las habitaciones de la servidumbre sin despertar a Ada era un milagro en sí mismo; por lo general, apenas podía moverse sin provocar un arrebato de ira en la otra joven. Esta vez, sin embargo, Ada no se había movido, envuelta tan prietamente en sus mantas que Bincy solo podía ver su silueta en la cama. Era un pequeño respiro y Bincy no confiaba en que su suerte durara. Avanzaba descalza, caminando en silencio por el pasillo hacia la cocina. Tenía que encontrar a Judd y a Clara.

Ya distinguía la silueta gris de la puerta de la cocina cuando oyó las voces. Se detuvo un instante, escuchando con atención. ¿Lo había imaginado? No, ahí estaban de nuevo; alguien hablaba en la cocina. ¿O era en *la bodega*? La emoción le recorrió las venas y Bincy se apresuró hacia la cocina, con el corazón rebosante de alegría y alivio. Judd y Clara estaban bien. Iba a doblar la esquina y ver sus rostros en ese mismo instante.

—¡Judd! ¡Clara! —llamó en voz baja, abriendo la puerta de la cocina y entrando a toda prisa—. Una luz dorada se filtraba por las rendijas de la puerta de la bodega y rio de alegría mientras corría hacia ella —. Me alegro tanto de que estéis a salvo. Estaba tan…

Las palabras murieron en sus labios al abrir la puerta de la bodega. Había dos figuras dentro, una más alta y otra más baja. Pero los dos rostros que la miraban con furia no eran los de Judd y Clara.

Eran Ada y la señora Davids.

Bincy sintió que el corazón le iba a fallar. Sintió que se le acababa de derretir y se le escurría por las venas hasta los pies. Las miró sin habla, con sus palabras de júbilo marchitas y muertas en los labios.

—Así que *eras* tú —siseó Ada, con los ojos centelleando de triunfo.

Bincy tragó saliva. No tenía idea de qué decir. Se limitó a mirar a las dos mujeres con muda súplica, esperando que pudieran ver el terror en sus ojos, esperando que eso las convenciera de ser benévolas.

No fue así. Con una brusquedad desconcertante para una mujer de su corpulencia, la señora Davids se abalanzó hacia delante. Bincy intentó agacharse, pero fue demasiado lenta. Una mano cruel se cerró como un torno sobre su brazo, haciéndola aullar de dolor mientras la señora Davids la estampaba contra la pared de la bodega.

—Explícate —espetó, inclinándose tan cerca del rostro de Bincy que unas gotitas de saliva le salpicaron la mejilla.

El corazón de Bincy latía de nuevo, desbocado, galopando, huyendo hacia la lejanía. Jadeó en busca de aire.

—Señora Davids… —empezó.

—¡Quiero la verdad, ladronzuela! —bramó la señora Davids, apretándola con más fuerza contra la pared. Bincy podía sentir cómo su piel se amorataba bajo el feroz agarre del ama de llaves—. ¿Fuiste tú quien rompió la ventana y dejó entrar a esos dos granujas?

El corazón de Bincy se encogió. Así que los habían encontrado.

—¿Dónde están Judd y Clara? —balbució.

Los ojos de la señora Davids se entornaron. Se inclinó aún más; Bincy se encogió para apartarse de ella.

—¿Conque sabes sus nombres, eh? —ronroneó, con una voz tan baja como una puñalada en el vientre—. ¿Qué más sabes de ellos? ¿Fuiste tú quien los dejó entrar?

Bincy temblaba sin control.

—¿Dónde están? —gimió, con la preocupación por ellos sobreponiéndose a su terror—. ¿Qué han hecho ustedes con ellos?

—Oh, *nosotras* no hemos hecho nada con ellos —dijo Ada—. La policía, por otro lado… —rio; una risa cruel y retorcida.

—¿Adónde se los han llevado? —gritó Bincy. Una imagen terrible cruzó su mente: Judd y Clara llevados al patíbulo. Casi podía ver los ojos tristes de Judd mirándola mientras le ponían la soga al cuello, ver sus pies pataleando mientras lo ahogaban hasta la muerte…

—Oh, no tienes por qué preocuparte por tus amiguitos —dijo Ada. Su mirada era sádica—. Ahora estarán bastante seguros, en un lugar donde tendrán comida y un hogar. —Rio de nuevo—. El hospicio.

El hospicio. Era mejor que la horca, pero solo por un ápice. Bincy cerró los ojos cuando una agonía casi física la atravesó hasta el alma. Había oído toda clase de historias sobre el hospicio —sobre los castigos, la comida, las noches en vela—, pero lo peor de todo es que sabía que a Judd y a Clara los separarían. Podía oír los gritos de Clara mientras la arrancaban de los brazos de Judd. Sonaban como los gritos de una niña pequeña, apartada de su madre, abandonada en unas calles que no la querían…

—¡Contéstame! —El rugido de la señora Davids arrancó a Bincy de su ensoñación—. ¿Has sido tú?

—Por supuesto que ha sido ella —se mofó Ada, negando con la cabeza—. ¿Quién si no, señora? Mírele los ojos. Se le ve la culpa en la mirada. Ha estado robando en nuestra casa. Se ha estado

codeando con ladrones todo este tiempo. —Los ojos de Ada se entrecerraron—. Deberían ahorcarla.

Bincy se sintió paralizada. Nada podía ser peor que saber lo que estaba a punto de ocurrirles a Judd y a Clara por su culpa. El ama de llaves la observó con desdén durante unos minutos.

—Entregarla a la policía es demasiado engorroso —dijo—. Creo que tengo mi propio castigo, que será igual de efectivo. —Su mirada se desvió hacia el bastón que estaba apoyado contra las estanterías de la bodega, y Bincy supo lo que se le venía encima.

Lloró mientras la señora Davids la golpeaba; los bastonazos retumbaban sobre su espalda y se estrellaban contra sus costillas con una fuerza que la dejó sin aliento. Lloró sin descanso, sus sollozos renovándose con cada golpe, y cuando todo terminó y la dejaron acurrucada en el frío suelo de la cocina, lloró aún más. Sus lágrimas dejaban regueros y manchas por el suelo junto a su sangre, pero no era por su sangre por lo que lloraba. Era por sus amigos.

Los amigos que había perdido.

PARTE III



CAPÍTULO 11



JUDD ESTABA SENTADO en la cabecera de la mesa. La luz del candelabro de cristal que colgaba sobre él brillaba intensamente en sus ojos grises, convirtiendo su tono melancólico en algo que se dispersaba y refulgía como si de joyas se tratase. Sonreía, una media sonrisa que iluminaba toda la estancia con su regocijo, mientras trincha el ganso. Estaba dorado, en su punto; cuando hundió el cuchillo en él, una columna de vapor fragante se elevó en el aire. El aroma era exquisito, y Bincy se inclinó, aspirando profundamente.

—¡Oh, Bincy, qué buen trabajo has hecho! —exclamó la pequeña Clara, sentada frente a Bincy. Llevaba un vaporoso vestido azul que caía con delicadeza sobre su menudo cuerpo, sus mejillas estaban sonrosadas y regordetas, y sus ojos, rebosantes de alegría—. Este ganso está perfecto. Va a estar delicioso.

—Coincido —dijo otra voz. Bincy miró a su derecha, donde estaba sentado Henry. Él sacudió la cabeza, echándose hacia atrás un mechón de su cabello dorado. Su deslumbrante sonrisa pareció llenar el alma de Bincy de arcoíris y bailes, de color y de música—. Tiene un aspecto magnífico, mi amor. —La rodeó con el brazo y Bincy se acurrucó contra él, sintiendo cómo la alegría y el regocijo florecían en su corazón como el capullo de una rosa roja al abrirse.

—Creo que procede un brindis —dijo Judd. Levantó su copa, que refulgió a la luz del candelabro.

—¡Un brindis, un brindis! —Clara se puso en pie de un salto, alzando una taza de leche.

Bincy se rio. ¡Qué espléndida idea! Levantó su copa, sintiendo que Henry repetía el gesto a su lado.

Judd los contempló a todos solemnemente por un momento. Su expresión era seria, pero Bincy pudo ver en sus ojos que su alma vibraba de alegría.

—Por la amistad —dijo al fin, con la voz cargada de autoridad.

—¡Por la amistad! —corearon Clara y Henry, la aguda flauta de Clara mezclándose a la perfección con el profundo bajo de Henry.

—Por la amistad —dijo Bincy, riendo—. ¡Por la amistad eterna!

Todos rieron a la vez, y el sonido de sus risas llenó el mundo entero de Bincy. Eran musicales y felices, alegres y sonoras, estridentes, ruidosas, constantes, resonantes...

Bincy se incorporó con un respingo, el sonido de la campana matutina ensordecedor en sus oídos mientras miraba con desasosiego el cuarto de la servidumbre. Allí no había ninguna mesa de banquetes, ningún candelabro de cristal y, desde luego, ningún amigo. Solo su estrecho catre; el de Ada junto al suyo, que era como dormir en la misma habitación que una serpiente letal; y otro día frío, gris e invernal por delante.

Los ojos de Bincy se llenaron de lágrimas. Su sueño había parecido tan real… Aún podía oler aquel ganso, sentir el brazo de Henry rodeándola, ver el color en el rostro de Clara. Pero no había sido real, por supuesto. No había visto a Judd ni a Clara en los dos años transcurridos desde que el ama de llaves y Ada los descubrieron en la bodega, y sabía que no eran felices ni se sentían dichosos como en su sueño —si es que seguían con vida—. A Bincy se le rompió el corazón. Sentía como si los estuviera perdiendo de nuevo.

Oyó venir el zapato de Ada y se agachó. Rebotó en la pared junto a ella y aterrizó en su regazo. Furiosa por no haberle acertado en la cabeza, Ada la fulminó con la mirada.

—¡Levántate! —le ordenó—. ¿Qué haces ahí tumbada? Más te vale tener ese fuego encendido antes de que yo llegue a la fría cocina, o sentirás algo más que mi zapato, estúpida.

—Sí, señorita. Disculpe, señorita —dijo Bincy, arrastrándose fuera de la cama. Se enderezó y se detuvo un instante, mirando a Ada. Hacía cinco años que había llegado a Williams Manor, y se dio cuenta, de repente, de que ahora era más alta que Ada. Y probablemente mayor de lo que la pinche de cocina había sido entonces.

—¿Qué miras? —espetó Ada—. ¡Largo de aquí!

Bincy se marchó a toda prisa, resignada al hecho de que estaba condenada a ser una odiada fregona para siempre. Y realmente parecía que todos en la mansión la odiaban. Todos se ponían del lado de Ada en todo, y para el resto de los sirvientes, Bincy era tan deshonesta como perezosa. Sentía su aislamiento a su alrededor, como un páramo helado que se extendía en todas direcciones. Mamá la había abandonado. Mae la había traicionado. Incluso Judd, que había sido su amigo más cercano, se había vuelto en su contra.

Solo había una persona en todo el ancho mundo que se preocupara por ella, y ese era Henry. Bincy cerró los ojos por un momento mientras se arrodillaba junto al hogar, permitiendo que una punzada de felicidad y anhelo la atravesara. Hacían meses que él se había despedido, pero todavía podía sentir la presión de sus manos sobre las suyas, todavía podía ver la ternura en su rostro mientras la miraba a los ojos.

—No te vayas —le había suplicado, aferrándose a sus manos—. Por favor. Te necesito aquí.

—Oh, tesoro. —Henry suspiró, acariciándole la mejilla, deslizando la mano entre su cabello y su cuello, lo que le puso la piel de gallina—.

No quiero irme, pero no tengo elección. Debo recibir una educación si quiero conservar esta mansión y darte la vida que realmente mereces algún día. —Se inclinó y le besó la frente. El aroma de su colonia la rodeó como unos brazos que la abrazaban.

—Volveré —susurró—. En cuanto lleguen las vacaciones de Navidad, estaré de vuelta aquí contigo. Pensaré en ti cada día, Bincy. Nunca te apartarás de mis pensamientos y, antes de que te des cuenta, habré vuelto de la universidad y estarás de nuevo en mis brazos.

Entonces él se marchó, dejando a Bincy sola junto a la cancela del jardín, con la sensación de que el mismísimo aliento se le hubiera escapado de los pulmones para irse con él. Encendió el fuego con manos temblorosas. De algún modo, el mundo era mucho más frío, mucho más oscuro sin Henry.

Pero, al menos, era invierno; eso lo sabía por el brillo de las estrellas sobre la nieve y por el dolor punzante del frío en las manos y en los pies. Eso significaba que la Navidad no podía andar lejos. Y Henry —su hermoso, maravilloso y leal Henry— volvería pronto.

—Solo un poco más —murmuró para darse ánimos mientras las llamas comenzaban a lamer la leña apilada en el hogar—. No falta mucho para que vuelva.

Ese pensamiento era lo único que la ayudaba a seguir adelante día tras día.



A Bincy no le sorprendió en absoluto que las otras doncellas la hubieran dejado sola en el fregadero, lavando platos, en este raro día de sol. Sabía que, fuera, las doncellas estaban limpiando las zarzas, sacando la basura, haciendo cualquier cosa que las llevara a donde el sol refulgía sobre la nieve recién caída, derritiéndola lentamente hasta convertirla en aguanieve grisácea. Mañana volvería a helar y el suelo estaría cubierto de hielo, desagradable por el barro

y el agua fangosa, y sabía que entonces la enviarían a ella a hacer el trabajo de fuera. Pero hoy estaba atrapada en la gélida cocina, añadiendo continuamente agua caliente al fregadero con la esperanza de que sus entumecidos dedos no se le congelaran por completo mientras lavaba los platos.

Al menos sabía que la Navidad tenía que estar al caer. El señor había llegado a casa con un hermoso pino el otro día y, en las raras ocasiones en las que pasaba por el vestíbulo principal, lo había visto instalado en un rincón y adornado con bolas, espumillón y velas. La Navidad en sí no significaba nada para ella. Nadie le hacía regalos nunca, y Ada solía encerrarla en el armario para que no pudiera asistir al servicio religioso. Pero la Navidad significaba Henry, y Henry era el único refugio cálido al que su corazón sabía acudir cuando sentía que el mundo entero era como aquella cocina: frío, gris y solitario.

La puerta de la casa principal se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire cálido en el fregadero. Bincy no levantó la vista y redobló la velocidad con la que lavaba los platos. Que la señora Davids entrara en el fregadero nunca era buena señal. Mantuvo la cabeza gacha mientras fregaba la fina porcelana que tenía entre las manos, con asquerosos restos de comida arremolinándose en el agua sucia y rozando nauseabundamente su piel desnuda.

Oyó unos pasos que cruzaban el suelo y un sudor frío le recorrió el cuerpo por debajo de su raído vestido. ¿Por qué caminaba tan despacio la señora Davids? ¿Qué había encontrado que criticar en lo que Bincy estaba haciendo? Tragó saliva, tratando de contener el pánico, pero el corazón le aleteaba con locura contra las costillas, como un gorrión en las crueles manos de un colegial.

La señora Davids se acercaba. Ahora, a Bincy las manos le temblaban por el miedo. Un plato se le resbaló de entre los dedos y se zambulló en el agua con un chapoteo, salpicándole el vestido con gotas de agua sucia. Lo oyó golpear contra el fondo del fregadero y el corazón le dio un vuelco. Estuviera o no desportillado, la señora

Davids se enfurecería. Ya podía oír su respiración, justo detrás de ella, y sentir el aire moverse cuando la mujer alzó la mano para golpearla...

Pero cuando la mano descendió sobre su hombro, era grande y cálida, no la garra iracunda de la señora Davids.

Bincy se giró en redondo, su corazón palpitante ahora calmado, y clavó la mirada en un par de ojos tan azules y brillantes como el cielo invernal. Lanzó un grito de sorpresa y alegría. —¡Henry!

—Hola, mi pequeño tesoro —dijo Henry, sonriendo.

Bincy sintió como si el mundo entero se hubiera vuelto del revés de la forma más gloriosa. Se arrojó sobre él, rodeando su torso con los brazos sin reparo alguno. Era tan cálido, tan sólido. Hundió el rostro en su pecho mientras él le devolvía el abrazo, con la risa vibrándole por todo el cuerpo. Al respirar hondo, se sorprendió un poco al descubrir que olía diferente; había un aroma afrutado en él, un extraño matiz que no reconoció. Pero no importaba. Seguía siendo Henry, su maravilloso, amable y afectuoso Henry, y cuando él se apartó, sus ojos brillaban.

—Te he echado tanto de menos —dijo Bincy con efusión. Vio que llevaba el pelo peinado de otra manera, con la parte superior ladeada en una elegante curva, en lugar de engominado hacia atrás como lo llevaba antes de irse—. He estado pensando en ti todos los días.

—Y yo he estado haciendo lo mismo —dijo Henry, radiante. Le tocó la mejilla; ella se apoyó en sus cálidas manos—. Mi carruaje se detuvo aquí anoche, así que llevo aquí desde entonces. He estado intentando quitarme de encima a mi madre para poder venir a verte.

Bincy hizo una pausa, un poco sorprendida por su osadía al entrar en la cocina. Se sintió halagada. —Gracias por bajar a verme. Nunca… nunca habías hecho eso antes.

—Oh, siempre he sido demasiado nervioso —rio Henry—. Pero la universidad me ha hecho un hombre. Ahora nada me detendrá, mi preciosa. —Le acarició la mejilla, inclinándose un poco más—. Eres mi pequeño y hermoso tesoro. Toda mía, y tan deslumbrante como cuando me fui.

Sus palabras hicieron que Bincy sintiera una cálida sensación en su interior, pero de pronto él estaba muy cerca, y acercándose cada vez más. Se quedó inmóvil, confundida, con el corazón desbocado. Su aliento era cálido en su mejilla, y entonces sus labios tocaron los de ella, y una sacudida de pánico la recorrió. Retrocedió rápidamente, apretándose contra el fregadero.

—H-Henry —tartamudeó.

Henry se apartó. El arrepentimiento atravesó a Bincy cuando vio la herida en sus ojos. —Lo siento —dijo, con la voz llena de dolor—. Y-yo pensaba que te gustaba… de esa manera.

—¡Claro que te quiero! —Bincy alargó la mano y lo agarró de la camisa para impedir que se marchara—. Te quiero, Henry.

Henry la miró fijamente. —¿Y bien? ¿Qué te pasa? ¿No me has echado de menos?

—Te he echado de menos cada día. Por favor, no digas esas cosas. Sabes que te quiero —dijo Bincy.

—¿Y entonces? ¿Por qué te apartas? —exigió Henry—. ¿No me amas?

—Claro que te amo. —Bincy no podía explicar por qué de repente estaba tan asustada, ni por qué sus manos en la cintura le parecían tan invasivas en lugar de tiernas, por qué el agarre en sus caderas la hacía temblar de miedo en vez de placer. Intentó apartar esos sentimientos. ¿Por qué estaba siendo tan necia?

Henry se inclinó sobre ella, con todo el cuerpo pegado al suyo y unos ojos ardientes. —Entonces, deja que te ame —murmuró, y sus

labios se posaron sobre los de ella, mientras sus manos la agarraban por la cintura, atrayéndola más cerca.

Bincy sintió que el corazón le martilleaba, pero no sabía decir si sentía excitación o miedo. El beso de él era exigente, prometía más, y ella no supo cómo responder, pero sabía que no podía apartarse por mucho que lo deseara. Así que, con los brazos aún alrededor del torso de él, simplemente le permitió que la besara mientras sus sentimientos chocaban y retumbaban en su interior.

Estaba sin aliento cuando por fin se retiró, con los ojos brillantes. —Te he echado de menos, mi tesoro.

Bincy quiso limpiarse la boca, pero en lugar de eso le sonrió. —Yo también te he echado de menos.

Se oyeron pasos en el pasillo exterior y, para su sorpresa, Bincy se dio cuenta de que casi se sintió aliviada al oír que Ada se acercaba. Henry retrocedió, de mala gana.

—Volveré, mi belleza —dijo, y se apresuró a entrar de nuevo en la casa.

Bincy se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos cuando se volvió hacia el fregadero, y no podía imaginar por qué. ¿Acaso no acababa de demostrarle Henry cuánto la amaba? ¿Cuánto la había echado de menos?

Sin embargo, no podía quitarse una idea de la cabeza: el pensamiento de que, de algún modo, Henry era diferente. Y la preocupación de que quizá ya no fuera su amable y simpático Henry.

CAPÍTULO 12



SUCEDIÓ TAL COMO Bincy había sabido que sucedería: un día frío, gris y fangoso, con aguanieve cayendo suavemente del cielo solo para convertirse en goterones helados que resbalaban por las hojas de los árboles y el tejado de la casa, salpicando el suelo helado y dejándolo resbaladizo y traicionero. No fue una sorpresa que la señora Davids le ordenara secamente que sacara la basura.

Bincy arrastró la pesada bolsa fuera de la casa a regañadientes, resbalando y trastabillando sobre el barro helado. Ada había dejado el pollo fuera demasiado tiempo —y a Bincy, por supuesto, la habían culpado por ello— y el hedor de la carne podrida flotaba en el aire frío mientras ella avanzaba tambaleándose por el largo sendero. Esperaba que no se cayera nada de la bolsa. Odiaba tener que coger restos de basura viscosa y maloliente para volver a meterlos en la bolsa.

El sendero estaba resbaladizo bajo sus pies y sentía que podía caerse en cualquier momento. Durante los últimos días, su vida también se había sentido así: su relación con Henry tan incierta como sus propios pasos. No tenía ni idea de qué pensar sobre lo que había sucedido el primer día que él estuvo en casa; tanto era así que lo había estado evitando. Lo amaba tanto y lo había echado muchísimo de menos. Sin embargo, había algo en él que no estaba allí cuando se marchó. Algo hambriento. La asustaba un poco y no sabía qué hacer.

En ese momento, tenía que prestar atención a dónde ponía los pies. Un dedo desnudo asomaba por un agujero de su zapato izquierdo mientras seguía avanzando con dificultad, intentando evitar el barro y extendiendo un brazo para mantener el equilibrio sobre el hielo. Fue un alivio adentrarse entre los árboles y los arbustos cerca de los establos, donde al menos podía agarrarse a una rama si sentía que iba a caerse.

Al instante siguiente, él estaba a su lado; unas manos firmes le agarraron la cintura y la levantaron en el aire. Bincy soltó un gritito de pánico y emoción, dejó caer la bolsa de la basura y se aferró a los hombros de Henry mientras él la hacía girar, sosteniéndola casi por encima de su cabeza. Estaba mareada cuando finalmente se detuvo y la bajó al suelo, riendo.

—Hola, tesoro mío —dijo él con su voz grave y hermosa—. Te he echado de menos estos últimos días.

—¡Henry! —rio Bincy, apoyándose, aturdida, en el árbol que tenía detrás. Por el paso que ella dio hacia atrás, él dio dos hacia delante, permaneciendo cerca de ella—. No te he visto.

—Tu cara es tan bonita cuando te concentras —dijo Henry. Cogió un tirabuzón que colgaba junto al rostro de ella y lo enroscó en su dedo; donde la yema rozó accidentalmente su mejilla, el corazón de Bincy se desbocó.

—Te he estado siguiendo un rato.

Bincy no estaba segura de qué pensar de aquella afirmación. —¿Por qué? —preguntó, riendo levemente—. ¿Por qué sorprenderme ahora, entonces? Yo también te he echado de menos.

Sus ojos se ensombrecieron. No era exactamente rabia lo que cruzó su rostro, pero sí una intensidad, una mirada de cazador. Se acercó más a ella y, de repente, Bincy se sintió atrapada contra el árbol. —Porque aquí tenemos un poco de intimidad —murmuró él.

Entonces volvió a besarla. Bincy estaba preparada esta vez, todavía un poco mareada por las vueltas, todavía un poco sin aliento por la mirada de sus ojos, y luchó por respirar. Su beso era agresivo, implacable; la apretaba hacia atrás, haciéndola sentir atrapada. Sintió sus manos en la cintura, agarrándola de forma posesiva. Las manos de ella, apoyadas en el pecho de él, no parecían comunicar la palabra que daba vueltas en su mente: *Basta*. Sabía lo impropio que era. El hijo del señor besando a la pinche de cocina... era escandaloso. Pero él la estaba besando, apasionadamente, y ahora sus manos ascendían por su cintura, alcanzando sus costillas, sus dedos subiendo cada vez más alto, y ella no podía respirar, y la cabeza le daba vueltas, y quería gritar...

—¡Pero mira esto! —la voz airada de Ada resonó en el aire—. ¡Mira la basura tirada aquí! ¿Dónde se ha metido esa chica tonta?

Henry se apartó. Bincy aspiró una bocanada del maravilloso, puro y frío aire. Los ojos de Henry se llenaron de ira, pero se volvió de nuevo hacia ella y le dio un beso rápido en la frente.

—Será mejor que nos vayamos —murmuró—. Pero no te preocupes, tesoro mío. —Le tocó la barbilla—. Volveré a por ti.

Él desapareció y Bincy volvió apresuradamente al sendero, ajustándose de nuevo las cintas de la cofia. Ada estaba plantada en el camino, con el rostro lleno de repugnancia mientras miraba la bolsa de basura tirada allí. —¡Tú! —ladró—. ¿Dónde diablos estabas?

—L-lo siento, Ada —dijo Bincy, apresurándose a recoger la bolsa. Un trozo del pollo podrido se había caído, y se le puso la piel de gallina por todo el cuerpo mientras lo recogía con sus manos desnudas para meterlo de nuevo dentro.

—Contéstame, necia —espetó Ada.

—Y-y-yo... —Bincy no tenía ni idea de qué decir. Miró a Ada, completamente sin habla.

Una ramita crujió. Bincy se quedó helada al oír una pisada apresurada a su espalda. No se dio la vuelta. No lo necesitaba. La expresión de Ada le dijo todo lo que necesitaba saber: que había visto a Henry.

Ada lo sabía.



Bincy supo toda la tarde que Ada se lo había contado a la ama de llaves. Normalmente, nadie le dirigía la palabra a Bincy, pero ahora, la evitaban directamente. La otra pinche de cocina la miraba fijamente. La doncella de salón se escabulló por una puerta cualquiera cuando vio a Bincy venir por el pasillo. Bincy se sentía como si tuviera una enfermedad, algo horrible y contagioso, algo que los demás estaban aterrorizados de contraer. Y durante toda la tarde, cada vez que la señora Davids pasaba a su lado, le lanzaba el tipo de mirada que hacía que Bincy se sintiera como algo blandducho que la señora Davids acababa de pisar.

Sin embargo, nadie dijo nada. Bincy desplumó el ganso, coció el caldo, cortó las verduras y lavó los platos. Limpió los fogones, barrió el suelo, lo hizo todo mientras el silencio resonaba a su alrededor, mientras las frías miradas la crucificaban. No sabía qué hacer. Sentía como si su ancla se hubiera soltado, como si el único pilar que aún sostenía su mundo —la piedra angular de su vida— de repente se tambaleara.

Aquella tarde, cuando todos los demás se habían marchado de la cocina y Bincy se encontró a solas con la señora Davids y Ada, sintió casi un alivio. Se dio la vuelta despacio, limpiándose las manos grasientas en un paño de cocina. Cuando alzó la vista hacia la señora Davids, sus ojos no expresaban ira. Eran fríos; fríos e impasibles, como piedra escarchada.

La señora Davids no se anduvo con rodeos. Sencillamente, cruzó la estancia, echó el brazo hacia atrás y le asestó un revés en la cara a

Bincy con tal rapidez que esta ni siquiera tuvo tiempo de prepararse. Bincy retrocedió tambaleándose, viendo las estrellas mientras perdía el equilibrio y caía de rodillas, llevándose instintivamente una mano a la cara. Sintió algo cálido en la piel y se miró la mano sin comprender, mientras la sangre se deslizaba entre sus dedos. Le palpitaba el labio.

—¿Cómo has podido? —siseó la señora Davids con voz baja, fría y amenazadora—. ¿Cómo has podido hacer esto? ¿Acaso te crees que esto es un burdel, niña?

Bincy la miró desde el suelo.

—Yo no he… —empezó a decir.

La señora Davids volvió a abofetearla. Bincy sintió que el corte del labio se le abría y se tapó la boca con la mano para contener la sangre que manaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas de dolor, pero no era el labio lo que le dolía. Era inútil. Intentar explicarle a la señora Davids que no había hecho nada malo no serviría de nada. Se quedó allí agazapada en el suelo, sintiendo la sangre correrle por la barbilla, temblando en silencio mientras la señora Davids se erguía sobre ella. La respiración de la mujer era agitada por la rabia.

—Te echarán a la calle, de eso no hay duda —gruñó—. Quizá entonces encuentres el camino a una de esas casas de mala reputación a las que perteneces. Pero primero pagarás por tu comportamiento deplorable. —Extendió una mano y Ada, con una amplia sonrisa en el rostro, le puso una escoba en la mano.

Bincy ya había sentido la escoba antes. Se encogió, preparándose para el golpe, sintiendo cómo las lágrimas y la sangre se mezclaban en su cara. Luchar sería inútil. Todo era inútil. Henry era como los demás, como Judd, Mae y mamá: dispuesto a traicionarla en cualquier momento. Oyó el silbido de la escoba en el aire cuando la señora Davids la levantó y se encogió, lista para el primer golpe…

—¡ALTO!

La voz de Henry resonó en la cocina, fuerte y llena de autoridad. Bincy levantó la vista, boquiabierta de sorpresa. Estaba de pie en el umbral, iluminado desde atrás, de modo que su cabello dorado parecía un halo de fuego alrededor de su cabeza; pero sus ojos ardían con más intensidad. Se acercó a grandes zancadas a la señora Davids y le arrebató la escoba. Apoyando una mano en su hombro, la empujó hacia atrás con tal fuerza que la mujer se tambaleó y cayó sentada.

Henry temblaba de ira.

—No le pondrás un dedo encima a esta chica —gruñó—. Ni por un instante.

Bincy se puso en pie a trompicones. Henry tenía la escoba levantada y, por un momento aterrador, pensó que iba a usarla. En cambio, la partió sobre su rodilla; el crujido de la madera hizo que los ojos de Ada se abrieran de par en par por el miedo. Arrojó la escoba a la cara de la señora Davids, haciéndola ahogar un grito de dolor y espanto.

—No toques a esta chica —gruñó, fulminando con la mirada a la señora Davids—. Soy tu señor. Tú solo estás aquí para hacer lo que yo te diga, y ahora te digo que dejes en paz a la pinche de cocina. Si le pones una mano encima, y si se lo dices a mis padres, lo sabré. —Entrecerró los ojos—. No debes decir ni una palabra de esto a nadie. A nadie en el mundo. ¿Entendido?

La señora Davids abrió la boca y un destello de ira regresó a sus ojos. Moviéndose tan rápido que casi se desdibujó, Henry la agarró por la cofia, inmovilizándola contra el suelo.

—¿Has entendido? —le escupió en la cara.

Los ojos de la señora Davids estaban muy abiertos, mostrando algo que Bincy nunca había visto en ellos: puro miedo. Asintió en silencio, sin apartar la mirada de Henry ni por un momento.

—Bien —espetó Henry. La soltó y ella se desplomó en el suelo, temblando visiblemente. Se acercó a Bincy y le puso una mano en la mejilla. Sus ojos se detuvieron en su labio partido por un momento, la decepción visible en su rostro—. No te preocupes, tesoro —dijo, besándole la frente—. Pronto esos bonitos labios volverán a ser besables.

—Oh, Henry —jadeó Bincy, agarrándole las manos—. Oh, gracias.

Los ojos de Henry brillaron con algo peligroso.

—Agradécemelo más tarde —sonrió, y luego desapareció. Bincy no miró a la señora Davids ni a Ada. En su lugar, corrió de vuelta a su habitación en las dependencias del servicio, con el corazón palpitando de alegría mientras restañaba la sangre de su labio. Henry la había salvado. Su pasión no era más que un síntoma de su amor, Bincy estaba convencida: la había protegido de sus peores enemigos y se preocupaba por ella lo suficiente como para hacer cualquier cosa en su favor.

Intentó no pensar en el miedo en los ojos de la señora Davids, ni en el hecho de que Henry no quisiera que sus padres se enteraran de lo suyo. Solo pensó en sus fuertes brazos y sus brillantes ojos azules, y ya no estaba en caída libre por el espacio. Sus dedos habían encontrado algo familiar, algo sólido. Y se iba a aferrar a ello con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 13



DURANTE SU PRECIOSO y escaso tiempo libre, Bincy llevaba esperando casi una hora en el rincón secreto del jardín, el lugar oculto junto a la verja que quedaba a resguardo de las miradas indiscretas del interior de la casa y la cocina gracias al seto de aligustre y a unos cuantos olmos. El corazón le palpitaba de emoción mientras oteaba entre las ramas del olmo la puerta principal de la casa. De un momento a otro, Henry, su salvador, saldría por esa puerta para verla, y apenas podía esperar.

El recuerdo de lo que él había hecho por ella la noche anterior era algo tan preciado que casi prefería no pensar demasiado en ello, del mismo modo que no sacaba con demasiada frecuencia su ramita de lavanda de entre las páginas del libro, como si fuera a deshacerse en polvo si la manoseaba con demasiada asiduidad. Pero, al igual que la lavanda, sabía que estaba ahí, todo el tiempo; un tesoro que era enteramente suyo. Otro regalo de su amado Henry.

Por fin, cuando el intenso sol del atardecer tocaba el paisaje helado con un beso de oro, lo vio. La luz hacía que su pelo resplandeciera como hilos de sol mientras cruzaba el césped a toda prisa hacia ella. Su mirada era intensa, pero ella intentó no fijarse en sus ojos. En su lugar, se concentró en la amplia sonrisa que lucía mientras corría a su encuentro.

—¡Henry! —Bincy no pudo quedarse quieta. Empujó la verja del jardín y corrió hacia él. Henry rio, abriendo los brazos de par en par, y Bincy se lanzó a ellos sin dudarlo. Él la hizo girar de tal modo que las faldas se arremolinaron alrededor de sus piernas, riendo. Ella sintió aquel mareo familiar cuando la bajó al suelo y la miró a los ojos.

—Muchas gracias —jadeó Bincy, aferrándose a él—. Gracias.

—Esas mujeres no te han hecho nada, ¿verdad?

—Absolutamente nada —dijo Bincy—. Ha funcionado. Les dijiste que me dejaran en paz..., y lo han hecho. —Rio, incrédula y dichosa—. Me has salvado, Henry. Muchísimas gracias.

—Por supuesto que tenía que salvarte. —Henry sonrió, inclinándose hacia ella. Apoyó su frente en la de ella, y Bincy sintió que el corazón le martilleaba, esta vez de emoción—. Eres mi tesoro escondido.

Bincy le rodeó el cuello con los brazos, riendo tontamente. —Toda tuya —le dijo, un poco sin aliento por su cercanía, por el tacto de sus manos en la espalda.

De repente, el modo de tocarla cambió, volviéndose posesivo. La atrajo hacia sí más bruscamente de lo que ella hubiera deseado. —Y ahora me la debes —susurró él.

Bincy tragó saliva. Aquel cambio en él... ahí estaba de nuevo, algo oscuro y violento mientras la miraba fijamente a los ojos.

—¿Qué te debo? —preguntó ella, intentando parecer juguetona.

—Oh, creo que ya lo sabes —dijo Henry.

Aun así, no estaba preparada cuando empezó a besarla, y esta vez la besó como si quisiera fundirse con ella. Bincy dio un paso atrás y él la aprisionó contra la cerca del jardín, con sus labios insistentes, implacables mientras exploraban los de ella. Intentó relajarse. Intentó devolverle el beso, disfrutar de la sensación de sus manos

recorriéndola, pero estas subían más y más por su vestido, deslizándose hacia un lugar donde no resultaban apropiadas. Su emoción se convirtió en pánico. Apoyó las manos en los hombros de él y lo empujó hacia atrás, apartándose tambaleante, jadeando.

—¿Qué pasa? —preguntó Henry. La cogió en brazos sin esfuerzo, ignorando sus contoneos—. ¿Qué ocurre?

—Henry, por favor. —Bincy estaba temblando—. Solo... ve más despacio.

—¿Por qué? —La mirada de Henry era peligrosa. Le tocó el labio, atrayéndola hacia sí—. ¿No me deseas, tesoro?

No. No así, no como estaba actuando ahora. Pero no se atrevió a decírselo. De todos modos, no tuvo mucho tiempo; él solo la miró un instante antes de volver a besarla, y esta vez sus manos se deslizaron por sus brazos, hacia el cuello del vestido, hacia el botón de su garganta. Sintió cómo la tela se aflojaba suavemente alrededor de su cuello al desabrocharse el botón, sus dedos sobre la piel...

—¡Henry! —gritó una voz. Con una oleada de alivio, Bincy reconoció a la señora.

Henry soltó un gruñido animal de frustración. —¿Qué querrá? —masculló.

—¡Henry, cariño, entra! —llamó la señora—. ¡La cena está a punto de servirse!

Henry se volvió hacia Bincy y le dedicó otra larga y anhelante mirada. Podía sentir sus ojos sobre ella, tan inoportunos como su contacto.

—No te preocupes, tesoro —dijo él, sonriéndole. La besó una vez más—. Volveré a por ti.

La inflexión en sus palabras fue notoria y evidente, y tan aterradora que, en cuanto Henry le dio la espalda, Bincy se dejó caer al suelo.

No le importó la nieve que se le filtraba en el vestido, y se cubrió el rostro con las manos mientras unos sollozos incontrolables se apoderaban de cada aliento, sacudiéndola sin piedad y amenazando con ahogarla.

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba haciendo Henry?

Y lo peor de todo, si Henry se salía con la suya, ¿en qué se convertiría ella?



Las lágrimas corrían por las mejillas de Bincy mientras metía sus cosas en una raída bolsa de tela. La bolsa era pequeña, pero no había mucho que llevar: su único vestido de repuesto; una pastilla de jabón tan pequeña y dura como un chelín; tres peniques de cobre; una cofia de más con un agujero; y, por último, su libro. Lo cogió rápidamente, con las manos torpes por el pesar y el miedo, y las páginas se abrieron. Suave como un susurro, la lavanda cayó y aterrizó ligeramente en el suelo. Algunos de los pétalos secos se rompieron y se deshicieron a su lado.

Bincy se dejó caer al suelo, con la mirada fija en la lavanda mientras sollozaba. Una parte de ella quería dejarla allí tirada. ¿Acaso Henry no había querido utilizarla, como todos los demás? Se incorporó, metió el libro en el bolso y se dio la vuelta. Sin embargo, darle la espalda a esa flor —darle la espalda a Henry— le hizo sentir como si estuviera arrancándose algo. Como si se estuviera desgarrando una parte de sí misma. Con un pequeño sollozo, se volvió y recogió la lavanda entre sus manos. La apretó contra su pecho y todavía olía dulce, con los recuerdos inocentes de la época que pasó con Henry antes de que él se marchara a la universidad y todo cambiara.

Daría cualquier cosa por volver a aquella época. Pero no podía volver. Ni ahora, ni nunca. Las cosas habían cambiado —*Henry* había cambiado—, y no podía soportar la idea de lo que él podría hacerle si se quedaba.

Se echó el bolso al hombro, se ajustó las cintas de la cofia y atravesó la cocina con determinación. Por primera vez, caminó con paso firme, y el golpeteo de sus zapatos resonó en el suelo. Ada ya no tenía ningún poder sobre ella; nadie lo tenía. No la estaban echando. Conmoción, Bincy se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, era ella quien se echaba a sí misma. Iba adonde quería ir, no adonde la llevaban.

Fue solo ese pensamiento el que le dio el valor para atravesar la cocina. Todos los ojos —los de cada doncella, camarero, cocinero y limpiador— la observaban. Echó los hombros hacia atrás, levantó la cabeza y caminó con paso decidido hacia la puerta, conteniendo las lágrimas. Nadie hizo el más mínimo ademán de detenerla. Y antes de que Bincy se diera cuenta, sus pies la habían llevado hasta la calle y al sol, cuya luz centelleaba en cada ventisquero y en cada carámbano de la fría calle. El viento era gélido, pero había algo delicioso en él, en saber que sus propios pies la habían llevado hasta ese momento.

Bincy alzó la cabeza, temblando de miedo, sin saber qué le depararía la noche ni cómo llegaría el día siguiente. Pero, en ese preciso instante, la fría brisa era suficiente. La inspiró profundamente. Sabía a algo completamente desconocido.

Era libertad. Y era embriagadora.



Bincy no tenía idea ni de qué dirección tomar. La última vez que había estado en las calles de Londres había sido cinco años atrás, cuando la señora Price la trajo por primera vez. Ahora, le parecía un laberinto de calles, cada una más fascinante que la anterior.

En un solo día, Bincy había visto y oído más que en toda su vida. Había carruajes y niños corriendo, y un mercado rodeado de puestos repletos de más color del que jamás había visto. Había desconocidos, alegres vendedores de periódicos y perros. Uno de los

perros corrió hacia ella y le permitió acariciarle el hocico, y no podía creer cuánta alegría parecía haber en sus ojos. ¿Cómo podía existir tanta alegría en todo el mundo?

Y la música. Había una mujer de pelo cano en una esquina, con ropas tan raídas como las de Bincy y el sombrero en el suelo a sus pies, con unas pocas monedas brillando en su interior. Le faltaba un ojo y el lado de su cara era un amasijo de cicatrices. Tocaba un violín viejo y gastado, tan decrépito como ella, pero el sonido… El sonido era tan brillante como la luz de su ojo, y parecía apelar a la mismísima alma de Bincy. Pasó un largo rato simplemente de pie, mirando a la mujer, escuchando la música. Por supuesto, ya había oído fragmentos antes, en la casa señorial. Pero de cerca, no se parecía a nada que hubiera oído antes. Era más que una simple melodía: era el color hecho sonido.

Intentó mantenerse alejada de cualquier lugar que pareciera demasiado maloliente o que le recordara al barrio miserable donde había nacido, pero nunca se quedaba quieta demasiado tiempo, excepto para escuchar a la mujer del violín. Cada paso era nuevo, emocionante y libre, pero a medida que el día empezaba a tocar a su fin, algo nuevo comenzó a atenazarla: el miedo. El viejo y familiar pánico de los muros que la encerraban la rodeaba de nuevo, a pesar de que las calles abiertas se extendían en todas direcciones a su alrededor. A medida que sus piernas cansadas aminoraban la marcha, sus pensamientos por fin la alcanzaron.

¿Dónde iba a dormir esa noche? ¿Qué iba a cenar? De repente, aquellos tres peniques que llevaba en el bolsillo le parecieron inútiles.

Bincy no sabía qué más hacer, así que se dirigió a la primera casa señorial que vio. Un imponente bulldog le ladró desde detrás de una valla de estacas mientras ella seguía el pequeño y sinuoso camino hasta la entrada de servicio. Eso, al menos, fue fácil de reconocer; Bincy supuso que todos los sirvientes, en todas partes, tenían asignada una puerta diminuta y estrecha con telarañas en las

esquinas y que parecía estar permanentemente envuelta en sombras.

Tardó varios segundos en reunir el valor para llamar. Cuando la puerta se abrió, la mujer que respondió era delgada como un espárrago y tenía una gran nariz prominente, como alguna lechuza escuálida que la mirara desde lo alto de un farol. Sin embargo, sus ojos, cuando Bincy consiguió mirarlos, eran amables. Le dieron el ápice de valor que necesitaba para hablar.

—Buenas noches, se-se-señora —consiguió decir.

—Buenas noches —para sorpresa de Bincy, el tono de la mujer era agradable—. ¿En qué puedo ayudarla?

—No-no necesito ayuda —se apresuró a decir Bincy—. Solo busco trabajo. Querría hablar con el ama de llaves, por favor.

—Yo soy el ama de llaves —dijo la mujer con delicadeza—. ¿Qué tipo de trabajo busca?

—Me gustaría trabajar de pinche, señora —Bincy tragó saliva—. He sido pinche durante cinco años. Soy muy trabajadora y no me gusta meterme en líos —«Aunque siempre estoy metida en líos», añadió para sus adentros.

—Suena interesante —dijo la mujer—. ¿Y quiénes son sus referencias?

¿Referencias? Bincy sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. ¿De dónde se suponía que iba a sacar referencias? La señora Davids antes se comería sus propios pies que dar la cara por ella; de hecho, si le decía a esta ama de llaves que había trabajado en la mansión de los Williams, la señora Davids le diría exactamente lo que pensaba de ella, y su mala reputación se extendería como la pólvora. Eso si no se estaba extendiendo ya. De repente, Bincy ya no se sintió libre. Volvía a sentirse en caída libre y no había nada a su alrededor a lo que aferrarse. Su punto de anclaje ya no solo se tambaleaba: había desaparecido.

El ama de llaves vio el pánico en sus ojos. Su rostro se llenó de una especie de lástima resignada. Bincy la vio examinarle los zapatos rozados, el vestido gastado y el diminuto bolso que llevaba en la mano. —No vas a llegar a ninguna parte sin referencias, querida —dijo con tristeza—. Aunque quisiera contratarte, no puedo. La señora no permite que se emplee a nadie sin referencias. Así es como funciona el mundo, me temo.

Bincy tragó saliva. —¿Qué cree usted que debería hacer? —preguntó. Sabía que aquella ama de llaves era una desconocida, pero tenía que preguntarle a alguien, y su rostro era el único amable que había visto en muchísimo tiempo.

El ama de llaves desvió la mirada. —No hay mucho que puedas hacer —murmuró—. Aunque hay un asilo para pobres a unas pocas calles de aquí.

—¿Un asilo para pobres? —A Bincy le dio un vuelco el corazón. Pensó en el pavor con que las niñas del orfanato, así como Judd y Clara, habían hablado siempre de aquel lugar. Con una punzada de tristeza, se dio cuenta de que, al menos, no tenía a nadie de quien la separaran. Pero ¿y los castigos de los que habían hablado? ¿Los azotes con la vara? Cerró los ojos brevemente, recordando el tiempo que pasó en el pabellón de refractarios del orfanato. Había sido lo más aterrador que había vivido jamás. No podía volver a aquello.

—Ya sé que suena horrible, querida —dijo el ama de llaves con un leve suspiro—. Pero es mejor que la calle.

No podía ser. Bincy esbozó una sonrisa a duras penas. —Gracias de todos modos —dijo, retrocediendo—. Debo irme. Ha sido usted muy amable.

—¡Vuelve por aquí si no encuentras nada! —le gritó el ama de llaves a sus espaldas—. ¡Te daré la dirección del asilo!

Bincy la ignoró y bajó el sendero casi corriendo hasta salir a la calle. No iba a ir al asilo; no iba a ir a *ningún* asilo. Tendría que encontrar

una forma de sortear este problema.

No tenía elección.



La primera noche fue aterradora. Bincy no encontró ningún sitio donde dormir, y dudaba que hubiera podido pegar ojo aunque lo hubiese encontrado. Deambuló de una calle a otra, con el miedo punzante que le arañaba las entrañas, mucho más poderoso que el agotamiento que le absorbía las extremidades como si fueran arenas movedizas. El anochecer había transformado las calles de Londres en algo aterrador. No estaba segura de qué era peor: la gente que la miraba fijamente o las calles vacías, donde nada más que un inmenso vacío bostezaba a su alrededor. La última vez que había estado sola había sido en el pabellón de refractarios y, a pesar del espacio que la rodeaba y el cielo sobre su cabeza, estaba más asustada que nunca en su vida. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había algo mucho peor que cualquier dolor o miedo que pudiera existir: la soledad.

Al segundo día, gastó dos de sus tres peniques en un trozo de pan que desapareció demasiado rápido y se le asentó en el estómago vacío como un guijarro, duro e insustancial. Cuando cayó la noche, las piernas no le daban para más. Se metió en un portal, se acurrucó en el escalón y durmió. La despertó la porra de un policía, que la persiguió calle abajo mientras ella sollozaba. El siguiente lugar donde intentó dormir fue la alcantarilla, pero la ahuyentaron los perros de un rico, con destellos metálicos en sus lujosos collares de cuero. Siguió caminando hasta que esta vez llegó a un barrio bajo, y allí nadie le hizo preguntas. Cuando se despertó, el meñique del pie izquierdo lo tenía azul y entumecido. Al menos ya no le dolía.

Al tercer día, temblando de debilidad y hambre, Bincy gastó su último penique en una taza de una sopa gris y sin nombre. Apenas había engullido la mitad cuando un grupo de chicos furiosos la

arrollaron, le robaron la sopa y la empujaron al suelo. Llorando, se metió tambaleándose en un callejón y allí se quedó dormida, aunque aún no era mediodía. Cuando se despertó en mitad de la noche, con tanto frío que apenas podía ponerse en pie, el dedo del pie estaba negro.

Para entonces, la libertad ya no le parecía estimulante. Ya no le parecía nada. Bincy sentía como si el corazón se le hubiera convertido en piedra. Cojeó por la calle sin saber adónde la llevaban los pies y sin que le importara tampoco. Tenía tanta hambre… Tenía tanto frío… La sed le hacía desear comerse a puñados la nieve que había a un lado del camino, pero estaba tan amarillenta y sucia que la sola idea le revolvía el estómago vacío. Tuvo una arcada, pero no vomitó nada.

Abrazándose a sí misma, siguió avanzando sin rumbo, sabiendo que sus débiles piernas no podrían llevarla mucho más lejos. Le ardía el pecho y, de vez en cuando, tenía que detenerse a toser unas flemas verdosas que le salían de lo más profundo de los pulmones. El dolor era tan intenso que se había convertido en la nada. El temblor de sus músculos presagiaba un colapso inminente, pero Bincy ahora lo acogía con agrado. Acogía la oscuridad.

Acogía el descanso.

Se miraba los pies al caminar por el pavimento, pensando en lo extraño que era tener solo nueve dedos sanos, cuando se dio cuenta. Los adoquines. Le resultaban tan familiares… Se detuvo, contemplándolos distraídamente, y le sorprendió la curiosidad que sentía. Ni siquiera los borrachos que se habían peleado en la calle la noche anterior habían conseguido hacerle sentir algo más que dolor y agotamiento, pero aquellos adoquines… tenían algo especial. Sentía que ya había contemplado ese patrón antes, pero no directamente como ahora. A través de un cristal. A través de una ventana. A través de la ventana del orfanato.

Bincy levantó la vista y allí estaba, por primera vez en cinco años. El edificio de pilares con su inscripción desvaída sobre la puerta:

HOGAR PRICE PARA NIÑAS. De alguna manera, sus pies la habían llevado de vuelta al orfanato donde se había criado.

Sabía que era demasiado mayor para volver como huérfana, pero quizá —solo quizá— aquel destello de calidez que había visto de vez en cuando en los ojos de la señora Price haría que se apiadase de ella de nuevo y le diera trabajo. La señora Price tenía que tener pinches de cocina, ¿no? Alguien tenía que fregar todos aquellos platos. Tropezando, arrastrando su pie dolorido, Bincy cojeó hasta el umbral. Empleó sus últimas fuerzas en levantar el llamador una vez y dejarlo caer contra la puerta con un golpe sordo y definitivo.

Pasó un tiempo antes de que los pasos volvieran a resonar por el pasillo, igual que tantos años atrás, cuando Bincy se había aferrado a aquel amable policía. Esta vez, sin embargo, los pasos se arrastraban; supo que no era la señora Price incluso antes de que la puerta se abriera. Pero nada podría haberla preparado para quien era cuando alzó la vista y se encontró con un par de ojos encendidos que le resultaban tan familiares que le paralizaron el corazón.

Era mayor, por supuesto. Debía de tener unos veinte años, teniendo en cuenta que Bincy tenía dieciséis, y se había convertido en una mujer tan hermosa como su belleza juvenil había prometido. Llevaba su abundante cabellera recogida, los labios pintados y los ojos seguían brillando con intensidad, en contraste con sus labios rojos. Pero la mirada de aquellos ojos era inconfundible.

Era Mae.

—¿Y bien? —exigió, mirándola de arriba abajo—. Eres demasiado mayor. Vete.

Empezó a cerrar la puerta y Bincy se abalanzó para detenerla. —No, por favor —jadeó—. Sé que soy demasiado mayor para ser una residente aquí. Solo busco trabajo. Por favor.

Mae se detuvo y le lanzó una mirada aburrida. —¿Qué trabajo quieres?

—Soy pinche de cocina. Y una buena —dijo Bincy—. He trabajado para una casa señorial durante cinco años. Puedo hacerlo todo. Por favor. Seguro que necesitan una —suplicó.

—Lo siento —dijo Mae, encogiéndose de hombros—. Cubrí el último puesto que había cuando me hice maestra.

¿Maestra? ¿Mae? Bincy tragó saliva. —Yo también puedo enseñar —dijo—. Sé leer. Presté atención en mis clases. Por favor, me muero de hambre. Por favor, Mae. Tienes que ayudarme.

Mae enarcó las cejas. —¿Cómo sabes mi nombre? —exigió.

Fue entonces cuando Bincy se dio cuenta de que Mae no la reconocía. La miró, sin palabras. ¿De verdad había sido tan fugaz, tan insignificante en la vida de Mae como para que no la recordara? ¿O es que los últimos cinco años la habían cambiado tanto como para hacerla irreconocible?

—Sabes qué, no respondas —dijo Mae, retrocediendo—. Ya te lo he dicho. Aquí no hay trabajo. —Se mofó, haciendo un gesto con una mano elegante para ahuyentarla—. Vuelve a las mugrientas calles de donde has salido, cosa apestosa. —Arrugando su delicada nariz, cerró la puerta de un portazo. Bincy se arrojó contra ella, sollozando, pero sabía que no serviría de nada.

Nunca había servido de nada. Y a Bincy ya no le quedaba ningún lugar al que acudir.

CAPÍTULO 14



EL ENTUMECIMIENTO de Bincy se había convertido en pánico ciego mientras regresaba tambaleándose por la misma calle por la que había venido. Era como si la presencia de Mae hubiese desencadenado en ella un miedo primitivo, desenterrando el terror que había permanecido sepultado bajo las penurias de los últimos días. Iba a morir en aquellas calles. La muerte la acechaba por doquier: en el hambre que convertía su estómago en un pozo de dolor vacío, en el agotamiento que lastraba cada uno de sus pasos, en los destellos en los ojos de los hombres que, apostados en las sombras, la observaban escabullirse mientras el sol se ponía. Moriría de hambre, apaleada, helada. La matarían allí fuera, y estaba aterrorizada.

Solo se le ocurría una cosa que hacer. Solo dos lugares en el mundo habían sido alguna vez su hogar: el orfanato y la mansión de los Williams. Mae acababa de echarla del orfanato, y la mansión era la única opción que le quedaba. Pensó en el sabor de aquella vertiginosa libertad cuando se había marchado hacía cuatro días, y el mero recuerdo le revolvió el estómago. Aquello no era libertad. No era más que un nuevo tipo de penuria, y sabía perfectamente lo que Henry haría si regresaba, pero era mejor que esto.

Era mejor que morir así, sola en estas calles.

Había llegado a un mercado rebosante de gente y se quedó observando a su alrededor, sintiéndose completamente desorientada. ¿Cómo iba a encontrar el camino de vuelta a la mansión? Los nombres de las calles en cada esquina no significaban nada para ella; sabía que la mansión estaba en Wellington Street, porque el letrero de la esquina siempre había sido la frontera de su mundo, pero no tenía ni idea de cómo llegar hasta allí. Tendría que pedirle indicaciones a alguien, pero todos los desconocidos que veía parecían fulminarla con la mirada como si fuera algo inmundo y pestilente. Incluso el mendigo acurrucado en un rincón sombrío, que la miraba lascivamente con una sonrisa de solo dos dientes y los ojos legañosos, le pareció aterrador.

Fue entonces cuando lo vio.

Al principio, creyó que su mente agotada le estaba jugando una mala pasada. No, no podía ser… sencillamente, no podía ser él. Aquella figura alta y esbelta entre la multitud tenía que pertenecer a algún otro joven. Era pura coincidencia que su pelo fuera exactamente del mismo tono, que los gestos de sus manos al hablar con un puestero le resultaran tan familiares. Aun así, se quedó mirando, porque su imagen le trajo mil recuerdos felices de sus encuentros en la cocina a oscuras, de la ternura con la que trataba a su hermana pequeña.

Seguía con la vista fija en él, cautivada por sus recuerdos, cuando se dio la vuelta y ella le vio los ojos. Eran grises como un día de lluvia, suaves como una almohada de plumas. Y cuando se posaron en ella, vio el reconocimiento en ellos.

Bincy no habría podido moverse aunque hubiera querido. Clavada en el sitio, observó cómo él se apresuraba a acercarse, con los ojos como platos.

—¡Bincy! —la llamó.

Ella por fin logró que un sonido brotara de su boca.

—¿Judd? —susurró.

—Hace tanto que no te veía. —Judd se cernía sobre ella, radiante. Había crecido y perdido aquel aspecto enjuto y pálido que siempre había tenido, incluso cuando Bincy lo ayudaba con la comida. Su rostro era ahora fuerte y sonrosado, y sus hombros se habían ensanchado.

—Han pasado años —dijo Bincy—. No he dejado de preocuparme por ti. No fui yo quien te delató, Judd. Ada nos oyó discutir. —Las lágrimas le anegaron los ojos—. Fue culpa mía, pero nunca quise que esto sucediera.

—Lo sé —dijo Judd, tranquilizándola. Extendió la mano para tocarle el hombro con delicadeza—. Sabía que tú no harías eso, Bincy.

—¿Qué te pasó? —preguntó Bincy, tragándose las lágrimas—. ¿Qué pasó cuando la policía vino a buscarte?

—Por suerte, Clara y yo éramos demasiado jóvenes para ir a la cárcel. —A Judd le costó sonreír—. Nos llevaron al hospicio. Ella… ella no fue lo bastante fuerte para soportarlo. —Apartó la mirada, con la voz ahogada por las lágrimas—. Sé que ahora está a salvo, en un lugar mejor que este mundo. Era demasiado buena para esta ciudad. Demasiado buena para este planeta. Pero la echo de menos cada día.

—Lo siento muchísimo.

—No es culpa tuya. —Judd tragó saliva y la miró, un poco más animado—. Al cabo de un año, un platero vino al hospicio en busca de un aprendiz y me eligió a mí. He estado trabajando con él desde entonces. Es muy amable.

Bincy sintió una oleada de alivio. Le dolía el corazón por Clara, pero sabía que Judd tenía razón; siempre había habido algo etéreo en la pequeña, una sensación de que no viviría mucho, y Bincy había sospechado durante mucho tiempo que Clara no lo lograría. Pero era tan bueno ver a Judd así: fuerte, íntegro y a salvo.

—Me alegro mucho de oír eso —dijo ella, sonriéndole—. Mereces estar a salvo y bien.

—¿Y tú? —preguntó Judd—. He pensado en ti muy a menudo, pero no quería ir a la mansión por si te metía en problemas. ¿Sigues trabajando allí?

A Bincy se le encogió el estómago. ¿Qué iba a decirle a Judd? Al amable y encantador Judd, que todavía parecía tenerla en tan alta estima. Sintió una oleada de terrible vergüenza y, de repente, comprendió por qué todos en la mansión la habían tratado como si fuera una especie de apestada. *Era* vergonzosa. Se sentía sucia, mancillada por el contacto de las manos de Henry donde no las había deseado.

No podía contarle eso a Judd. No podía decirle que había tenido razón sobre Henry.

—Oh, sí, claro —dijo con naturalidad, retrocediendo un paso. Apartó la vista, sabiendo que Judd le leería la mentira en los ojos si dejaba que se los mirara.

—De hecho, será mejor que vuelva al trabajo. Es solo que..., estoy un poco perdida. La señora Davids me ha enviado a por unos recados y no consigo encontrar el camino de vuelta.

—Deja que te acompañe —dijo Judd rápidamente—. Conozco el camino.

—N-no —dijo Bincy apresuradamente—. Está bien. N-no quiero meternos en un lío a los dos, como has dicho.

—En eso tienes razón —dijo Judd a regañadientes. Parecía dolido, pero decidió no insistir—. Sigue todo recto por esta calle hasta que llegues a la carretera principal. Continúa por ella durante seis manzanas y luego gira a la derecha. Entonces estarás en Wellington Street.

—Gracias —dijo Bincy. Echó a andar a toda prisa en la dirección que él le había indicado.

—¡Bincy, espera! —la llamó Judd.

Bincy se detuvo y se dio media vuelta. Intentó no volver a mirarlo, pero sus ojos, a su pesar, acabaron por encontrar los de él, y vio en ellos preocupación.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó en voz baja.

—Oh, sí —Bincy forzó una sonrisa—. Estoy segurísima, gracias. Tengo que irme.

Se marchó tan rápido como pudo, con la esperanza de que él no la siguiera. Pero cuando no lo hizo, sintió como si el último rayo de sol de su vida se hubiera extinguido de forma rápida, silenciosa y brutal.



Cuando la señora Davids abrió la puerta de la entrada de servicio, la ira la invadió tan deprisa que Bincy pensó que iba a explotar.

En aquel momento, a Bincy no le importó. Le daba igual que la azotaran con la vara, que la golpearan o que la encerraran en la despensa un día entero; solo quería entrar en aquella cálida cocina y dormir en el estrecho jergón que había sido su cama durante años. A pesar del terror que sabía que la esperaba, lo único que pudo sentir al entrar en la mansión fue un alivio abrumador.

Así que, cuando la señora Davids hinchó el pecho, dispuesta a chillar de rabia, Bincy no se inmutó. Se quedó allí, mirándola, resignada a su suerte.

Sin embargo, cuando la señora Davids por fin habló, el alarido de furia que Bincy esperaba nunca llegó. En su lugar, su voz sonó neutra, temblando ligeramente por el peso de su cólera.

—Será mejor que entres.

Bincy se quedó mirándola mientras la señora Davids retrocedía, abriendo la puerta.

—¿Qué?

—He dicho que entres —gruñó la señora Davids entre dientes.

Bincy no sabía qué pensar, pero estaba demasiado cansada y hambrienta para discutir. Entró lentamente en la cocina, y las emociones la abrumaron al contemplar el pequeño y grisáceo espacio. Solo había estado fuera menos de una semana, pero le parecieron siglos; a pesar del miedo a lo que pudiera ocurrir, que acechaba en cada rincón, a pesar del olor nauseabundo de los platos sucios, era lo más parecido a un hogar que conocía.

—Déjame dejarte una cosa clara, muchacha —la señora Davids la agarró del brazo y la hizo girar. De repente, estaban cara a cara, y la voz de la señora Davids seguía siendo baja y sinuosa como una serpiente en la tierra—. Si por mí fuera, te arrojarían a la mazmorra más profunda y oscura de toda esta maldita ciudad. Te colgarían por tu inmundicia.

Como si recordara que Bincy era de algún modo infecciosa, retiró la mano bruscamente y la miró con asco. —Tienes suerte de que tu joven amigo de la mansión me dejara con las más estrictas órdenes de que te dejara entrar si volvías. Esperaba que no lo hicieras. Esperaba que los perros te devoraran ahí fuera en la calle —ahora, sus ojos estaban casi desorbitados por la ira—. Está fuera visitando a unos amigos durante los próximos días, pero volverá. Quizás entonces recibas tu merecido.

A Bincy se le hizo un nudo en el estómago ante las palabras de la señora Davids. Tragó saliva con dificultad, y el ama de llaves retrocedió. —Quítate de mi vista —dijo—. Espero que los fuegos ya estén encendidos cuando bajemos a la fregadera mañana a las cinco de la mañana.

—Sí, señora —susurró Bincy.

—No hables —la señora Davids levantó una mano—. Limítate a hacerlo.

Sin saber adónde más ir, Bincy se escabulló a las dependencias de los sirvientes y se dejó caer en su jergón. Dejó caer a su lado la bolsa de tela con sus pertenencias. El libro se abrió ligeramente y una esquina de la lavanda se escapó, espolvoreando levemente la página. La contempló, demasiado aturdida para pensar en lo que significaba. Lo que significaba volver aquí, y lo que le iba a pasar.

La puerta de su habitación se abrió de golpe. Bincy se sobresaltó y se incorporó. Recortada en el umbral, Ada temblaba de rabia, con su pelo encrespado erizado alrededor de su cabeza como si fueran serpientes. Bincy no podía verle el rostro, pero no lo necesitaba. Sabía que la ira pura brillaría en sus ojos.

—No puedo creerlo —gritó Ada. Escupió en el suelo y llamó a Bincy con un nombre que le rompió el corazón por la injusticia que suponía. Luego, acercándose a zancadas, Ada agarró a Bincy por el pelo.

—¡Ay! —chilló Bincy, agarrando la muñeca de Ada mientras esta la arrastraba fuera del jergón.

Ada le apartó la mano de una bofetada. —Puede que la señora Davids le tenga demasiado miedo a ese joven señorito para darte tu merecido —gruñó—, pero yo no.

—¡Suéltame! —chilló Bincy.

La bofetada de Ada le partió el labio de nuevo en el mismo sitio que antes. Bincy cerró los ojos, gimiendo de dolor y miedo, mientras Ada cogía un cinturón que estaba sobre su propia cama.

—Tienes que aprender la lección —le siseó en el rostro a Bincy, salpicándole la mejilla con saliva—. Y solo hay una forma de enseñártela.

Bincy cerró los ojos. Y con cada golpe, se decía a sí misma que podría haber sido peor.

Podría haber sido Clara.



Los moratones del cuello y los hombros de Bincy le dificultaban hasta los más leves movimientos para pulir la plata. Estaba demasiado cansada para estremecerse mientras pasaba el paño y el pulimento por la delicada cuchara de sopa que sostenía en la mano, frotando para quitar el deslustre y hacer que el metal reluciera. Al sostenerla a contraluz, Bincy vio su reflejo en el brillante metal. Tenía un cardenal negro en la mejilla y, aunque habían pasado ya varios días desde su regreso a la mansión de los Williams, aún lucía una fea costra en el labio inferior.

El único consuelo que podía encontrar era que seguía viva.

Podía sentir la ira y la desaprobación que emanaban de la cocinera, aunque la mujer le daba la espalda mientras fileteaba un pescado junto a la mesa de la cocina. Bincy suspiró para sus adentros y volvió a dejar la cuchara en su cajón. De nada servía defender su causa. Todo el mundo ya se había formado una opinión sobre ella, y sus días iban a ser un temor tras otro mientras esperaba a que Henry regresara y, una vez que él estuviera de vuelta… Respiró hondo. Quizá no sería tan terrible. Quizá sería mejor de lo que había pensado. Quizás sus miedos eran infundados.

O quizá debería haberse muerto de frío en la calle.

Cuando la voz de Henry resonó en el umbral, Bincy creyó que se lo estaba imaginando. Sacudió la cabeza con brusquedad, intentando despejar su mente cansada, intentando decirle a su desbocado corazón que oía cosas. Entonces, él volvió a hablar.

—He dicho que salgan de aquí.

Bincy se giró en redondo. Henry estaba de pie en el umbral, con los ojos encendidos de furia, pero no la miraba a ella. Les lanzaba una mirada fulminante a la cocinera y a Ada. Ambas le dedicaron a Bincy una mirada venenosa antes de salir al pasillo que conducía a las dependencias del servicio. En cuanto se marcharon, Henry se apresuró a acercarse a ella. Ella se revolvió, queriendo extender las manos para detenerlo, con el cuerpo tan tenso como las cuerdas del violín que había visto hacía unos días. Pero, para su sorpresa, cuando las manos de Henry se posaron en sus hombros, lo hicieron con delicadeza.

Se encogió, esperando que le exigiera saber adónde había ido. En cambio, en sus ojos estaba de nuevo el antiguo Henry; una dulzura que no había esperado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó él.

Bincy tragó saliva. No tenía sentido mentir, ni se le ocurría nada que decir. —Ada —susurró.

La expresión de Henry volvió a ensombrecerse, y aquel atisbo del dulce muchacho del que se había enamorado desapareció. —¿La pinche de cocina?

—Sí.

Henry apretó los dientes. —Si tuviera el poder para hacerlo, la quemaría en la hoguera —gruñó—. Nadie tiene permitido ponerle un dedo encima a mi pequeño tesoro escondido —dijo, mientras sus dedos le acariciaban la mejilla amoratada.

Bincy sintió que se relajaba ligeramente. ¿Había superado ya lo que fuera que lo había vuelto tan extraño las últimas semanas?

—Siento haberme ido —susurró, sintiendo que las lágrimas se le acumulaban en los ojos—. Lo siento muchísimo. Yo… yo…

—No pasa nada, tesoro —dijo Henry. Se acercó más, y sus ojos volvieron a arder—. Ya has vuelto. —Susurró las palabras contra la

piel de ella—. Vuelves a ser mía. —Sus manos treparon por su espalda, hasta alcanzar los omóplatos. Ella intentó retroceder, y él la siguió, acorralándola contra la mesa de la cocina—. Y serás mía, toda mía —murmuró.

—Me haces daño —gimió Bincy cuando Henry le agarró los brazos, apretándole los moratones. Pero si Henry la oyó, no le importó. Sus labios encontraron los de ella, recorriéndole la boca, violentos y apasionados, enviando punzadas de dolor ardiente a su labio inferior partido.

Se sintió asfixiada, aplastada contra la mesa mientras las manos de Henry la recorrían, libres de toda consideración. Se dirigieron de nuevo a los botones de su vestido y el estómago se le encogió. Estaba sucediendo. La estaba tomando. Pero, para su sorpresa, allí se detuvieron. Él se echó hacia atrás, mirándola con una sonrisa salvaje, jadeante.

—Hoy no —dijo sin aliento—. No. Dejaremos que tu cuerpecito magullado se cure primero. —Le puso un dedo bajo la barbilla y la obligó a levantar la cabeza para poder besarle los labios de nuevo—. Pero prepárate para el día en que te mande llamar. —Retrocedió, sonriendo—. Te veré pronto, tesoro.

Casi salió de la cocina dando saltitos, y Bincy huyó a sus aposentos, con las lágrimas cayéndole a raudales por las mejillas.

CAPÍTULO 15



BINCY NO REGRESÓ a la cocina en toda la tarde. Tampoco volvió nadie a buscarla. Henry la había vuelto intocable. Para todos, excepto para él, en cualquier caso.

Ya había anochecido y Ada roncaba suavemente en la cama contigua a la de Bincy, pero ella seguía con la mirada fija en el techo.

—Deberías estar agradecida —se susurró a sí misma—. ¿No es esto todo lo que querías? Henry enamorado de ti y que nadie pueda hacerte daño por ello. Esto debe de ser a lo que se refería cuando dijo que me daría una vida mejor.

Las lágrimas le escocían tras los ojos. Lo que fuera que Henry sintiera cuando la aferraba, cuando la besaba, no parecía amor. Bincy se dio la vuelta en la cama, cerrando los ojos con fuerza. ¿Qué era el amor, en realidad?

Había pensado que mamá la quería, pero luego la había abandonado en el mercado. Puede que la señora Price se hubiera preocupado por ella y los otros huérfanos, pero había encerrado a Bincy en el pabellón de castigo y luego la había arrastrado a la mansión donde ahora yacía, sollozando en silencio. Mae la había tolerado, pero Bincy sabía que nunca la había querido. Y había pensado que Henry estaba enamorado de ella, mas a él no le importaba hacerle daño. Aquello la hacía preguntarse qué era realmente el amor.

La hacía preguntarse si el amor existía siquiera.

Estaba medio dormida cuando el recuerdo afloró a la superficie. Era de Judd, años atrás, con la pequeña Clara en brazos, con la cabeza de la niña acurrucada bajo su barbilla. La forma en que había sostenido a aquella pequeña, como si estuviera hecha de la porcelana más preciosa y frágil. Era tan diferente a cómo se sentían las manos de Henry sobre el cuerpo de Bincy. La forma en que le había hablado a ella, como si quisiera que sus palabras abrigaran cada rincón del pequeño y frágil corazón de su hermana. Si había amor en el mundo, Bincy solo lo había vislumbrado una vez. Y había sido entre Judd y Clara. Judd habría hecho cualquier cosa para proteger a su hermana pequeña; removería cielo y tierra por ella.

Debería habérselo contado todo, pensó, cuando se encontró con él en la calle hacía unos días. Él la habría ayudado de la misma manera que ella los había ayudado a él y a Clara. Pero ¿qué podía decirle? ¿Podía contarle cómo la trataba Henry? ¿Podía confesarle que ella lo había permitido? Giró la cabeza hacia la almohada, ahogando un sollozo. Judd la odiaría por ello. No podría soportar la vergüenza de contarle algo así.

Sonó la campanilla y Bincy se levantó, con los ojos arenosos y desvelados. Tal como estaban las cosas, la única merced en su vida era que sus cardenales seguían siendo dolorosos y evidentes, aún sin curar. Pero sabía que sanarían. Y después de eso, no podía soportar pensar en lo que sucedería a continuación.



Sus cardenales tardaron una semana en sanar. Cada mañana que Bincy se vestía y los veía pasar del azul al verde, luego al amarillo y finalmente a una sana carne sonrosada, su pavor crecía. Sabía que era solo cuestión de tiempo que el humor de Henry se volviera hacia ella y la mandaran llamar a su habitación.

Cuando amaneció con la noticia de que los padres de Henry salían a cenar, Bincy supo que el día había llegado. Se arrastró a través de sus tareas diarias, viviendo en la burbuja de frío aislamiento que Henry había construido para ella. El día pareció durar mil años. Le pareció que tardaba siglos en fregar los platos, pelar las zanahorias, sacar la basura.

Casi anochecía cuando Bincy regresaba de donde había tirado la basura y oyó el repiqueteo de cascos que subía por la calle. Apenas interesada a través de su niebla de desesperación, alzó la vista y vio un elegante tiro de cuatro caballos que subía al galope hacia la mansión de los Williams, con los flancos cubiertos de espuma blanca por el sudor y chispas saltando de sus cascos herrados. Restalló un látigo y una voz joven y ebria los instó a seguir hasta que llegaron a la verja de la mansión.

El cochero tiró con fuerza de las riendas y los caballos se detuvieron derrapando, con las ruedas del carruaje chirriando tras ellos. Este se inclinó por un momento, tambaleándose peligrosamente sobre dos ruedas durante un segundo, antes de volver a caer con estrépito sobre las cuatro. Los caballos resoplaban y mordían el freno mientras se empujaban unos a otros, contenidos por las riendas, pero desesperados por huir. Bincy sabía exactamente cómo se sentían.

La puerta del carruaje se abrió de golpe y Henry se cayó fuera con un grupo de amigos. Tenía el pelo revuelto, le faltaba la corbata y llevaba la camisa desabrochada, de modo que el vello dorado y rizado de su pecho era fácilmente visible a la luz del atardecer. Se tambaleaba mientras levantaba una mano para saludar al cochero. Bincy no pudo distinguir las palabras, pero oyó que las arrastraba.

Observó cómo el cochero hacía girar bruscamente a los caballos y los fustigaba para que volvieran a galopar. Siguiendo a sus amigos, Henry se volvió para caminar a trompicones hacia la mansión y, al hacerlo, la vio. Se detuvo, mirándola por un momento, con el rostro

flácido e inexpresivo, pero había un brillo en sus ojos, y Bincy lo supo. Luego, se tambaleó de vuelta hacia la casa.

Bincy contempló de nuevo la calle larga y vacía. Quizá debería empezar a andar. Andar y no volver la vista atrás. Pero una brisa helada susurró entre las casas, levantando remolinos de nieve que se alzaban para rozarle el rostro con un beso tan frío como la muerte. Se estremeció y se dio la vuelta para entrar en la cocina.

No pasó mucho tiempo antes de que Ada entrara en el fregadero, con el rostro tan contraído como si acabara de tomar un trago de ácido. Bincy se apartó, pero Ada la agarró del hombro y la hizo girar para que la mirara. Muda, Bincy la miró fijamente a los ojos. Nada podía infundirle más terror del que ya albergaba en su corazón.

Ada escupió las palabras. —La reclama —dijo, y a continuación soltó una grosería que ya no podía herir a Bincy, porque sabía que aquellas palabras eran ciertas. Estaba a punto de hacer honor a ellas, de subir a esa habitación y convertirse en algo completamente diferente. No tenía ni idea de lo que había querido ser en la vida. Amada, quizá. Pero fuera lo que fuese, no había querido esto.

¿Qué otra opción tenía? Dejó la fregona y el cubo que estaba usando y caminó hacia la puerta. Solo había estado en el resto de la mansión unas pocas veces, cuando les faltaba personal tras perder a la doncella de la sala por la tisis, pero conocía el camino a la habitación de Henry. Sus pies dejaron atrás el frío suelo de piedra de la cocina y encontraron una alfombra suave y mullida. Era casi un lujo. Quizá su vida también se volvería lujosa ahora. No estaría tan mal. De hecho, sabía que no podía aspirar a nada mejor.

Llegó al rellano, contempló las escaleras y se detuvo. Ahora no había nadie en la gran estancia, salvo ella, que miraba fijamente aquella escalera alfombrada, iluminada por una resplandeciente araña de cristal. Al contemplar aquellos destellos, Bincy recordó la luz en los ojos de Judd cuando miraba a Clara. La ternura con que sostenía a su hermana. El respeto con que se dirigía a ella. Y algo se hizo

añicos en su interior, desatando un torrente de algo que ardía como la ira.

—No —dijo en voz alta. Su voz resonó en la habitación vacía, infundiéndole valor—. No. Hay algo mejor en el mundo que esto. —Retrocedió un paso. Su corazón martilleaba, pero, por primera vez, los latidos eran de esperanza en lugar de miedo—. Existe el amor verdadero en el mundo, y yo lo he visto. Y lo quiero. Y puedo aspirar a algo mejor que esto. —Tragó saliva—. No me merezco esto. No he hecho nada malo. Y no permitiré que me tomen así.

No había nadie en la estancia para escuchar su discurso, pero ella lo oyó, y eso era todo lo que importaba. Le hormigueaban los dedos de las manos y de los pies, y sentía que su espíritu se elevaba, liberándose de los grilletes que lo habían aprisionado durante tanto tiempo. No pensó. Sencillamente, se dio la vuelta y echó a correr hacia las grandes puertas principales, hacia el mundo exterior con todo su caos y desesperación y esa vertiginosa libertad que podía significar la muerte, o podía significar la vida, pero que, al menos, nunca significaba la servidumbre. Bincy Hall había terminado con la servidumbre, de una vez por todas.

Sus manos extendidas encontraron las puertas principales y estas se abrieron con estrépito, y el mundo se abrió de par en par ante ella; el mundo aterrador y glorioso donde podría hacer y llegar a ser cualquier cosa que se propusiera. Esta vez, cuando el viento frío le azotó el rostro, lo recibió con agrado, lo saboreó mientras corría hacia delante, lo inspiró a pesar de cómo le quemaba sus frágiles pulmones. Y mientras corría hacia la calle, se reía, a pesar de todo, porque sabía que podía morir allí esa noche. Pero al menos moriría en sus propios términos.

—¡EH! —El grito provino de una ventana superior. Bincy alzó la vista y vio el rostro enrojecido de Henry que la miraba furioso—. ¿Adónde vas? —rugió él.

Bincy se rio, abriendo los brazos de par en par mientras giraba sobre la nieve. Se sentía deliciosamente loca. —¡Lejos de ti! —gritó—. ¡No

te necesito!

Henry la miró fijamente, con la boca abierta. Bincy se dio la vuelta para marcharse, con la cabeza bien alta por primera vez en toda su vida. Entonces él volvió a chillar. —¡LADRONA! —tronó—. ¡Detened a la ladrona! ¡Detened a esa chica!

Se oyeron gritos desde el interior de la casa y el estruendo de pies que bajaban corriendo las escaleras. Bincy no tenía miedo, pero sabía que debía correr. Giró sobre sus talones y salió disparada calle arriba tan rápido como pudo, oyendo los gritos a su alrededor mientras Henry y sus amigos salían en tropel, en un frenesí de rabia.

—¡Id tras ella! —oyó gritar a Henry—. ¡Voy a por mi caballo! ¡Mozo, tráeme mi caballo!

Unas fuertes pisadas se acercaron por detrás, y Bincy redobló el paso, dirigiéndose al final de la calle tan rápido como se lo permitían las piernas. Al llegar, giró bruscamente a la izquierda y se lanzó hacia el bullicioso mercado. Quizá los perdería entre la multitud. Quizá no, pero, de cualquier modo, no se rendiría.

Oyó que los gritos se hacían más fuertes a sus espaldas y supo lo mucho más rápidos que eran ellos. Las mujeres chillaban de pánico en la calle mientras ella pasaba zumbando a su lado, los niños la señalaban, los caballos se encabritaban violentamente mientras se abría paso entre el tráfico en el anochecer. Se oían voces que gritaban enfadadas, pero a sus espaldas solo se intensificaban: —¡Ladrona! ¡Detened a la ladrona!

Bincy no iba a detenerse. Iba a correr hasta la muerte si era necesario, pero iba a escapar de ellos. Se abrió paso entre un grupo de jinetes, se zambulló bajo un carruaje detenido y se metió en un callejón, pero le pisaban los talones. Entonces oyó el galope de unos cascos tras ella y la voz de Henry.

—¡No vas a escapar de mí! —gritó él—. ¡Nunca vas a escapar!

Quiso devolverle el grito, algo feo y desafiante, pero estaba demasiado concentrada en correr. Ahora estaban en la carretera principal, y había más tráfico, pero ella corrió en contra de este, con los ojos fijos en el horizonte. Henry gritaba, y el sonido de un látigo golpeando la carne de un caballo sonó justo detrás de ella. La estaba alcanzando. La estaba alcanzando y, por primera vez desde que salió de la mansión, Bincy sintió miedo. Las piernas se le estaban entumeciendo por el agotamiento, el corazón se le desbocaba en el pecho. Tal vez le estallaría antes de que él la atrapara.

Se desvió un poco a la derecha, abandonando la calzada y precipitándose sobre la acera. Un grupo de mujeres aulló de pánico cuando se abrió paso entre ellas, tratando de desaparecer en la multitud. La voz de Henry a sus espaldas se tornó airadamente perpleja. Quizá iba a funcionar, si tan solo pudiera hacer un último esfuerzo y llegar al final de la calle…

Las manos surgieron de la nada. Una la agarró por el brazo, tirando de ella hacia la derecha con tanta fuerza que algo se le desgarró en el hombro. Habría gritado si la otra mano no se le hubiera estampado en la cara, tapándole la boca. Presa del pánico, Bincy se debatió, pero sus miembros estaban débiles por el agotamiento. No pudo hacer nada para evitar que la arrastraran a un callejón lleno únicamente de oscuridad. Sintió que tiraban de su cuerpo hacia atrás, la apretaban contra algo que era sólido y jadeante: un hombre. Su corazón dio un vuelco. Acababa de salir de Málaga para meterse en Malagón.

Sintió un aliento en el cuello que le erizó todo el vello del cuerpo. ¡No! ¡Iba a luchar contra esto! Lanzó un manotazo a ciegas, y fue entonces cuando él habló.

—¡Bincy! Chist. Soy solo yo. Calla ahora para que pasen de largo sin saber que estás aquí.

Bincy se quedó helada.

Conocía esa voz.

CAPÍTULO 16



SOLO CUANDO LAS airadas voces y el galope de los cascos se perdieron en la distancia, él le soltó con delicadeza el brazo y el rostro. Ella se dio la vuelta bruscamente para alzar la vista hacia él. Estaba tan oscuro que solo podía distinguir el blanco de sus ojos y la curva de su sonrisa.

—Siento haberte asustado —dijo él—. Tenía que alejarte de ellos sin que vieran adónde ibas.

—¿Judd? —susurró Bincy—. ¿De verdad eres tú?

Judd dio un paso al frente. La dorada y sesgada luz del farol que había justo a la salida del callejón le iluminó el rostro, y sus ojos brillaban igual que aquella araña de luces, del mismo modo que solían hacerlo siempre que miraba a Clara. No la tocó. Se limitó a decir con sencillez: —Sí. Soy yo.

—Oh, Judd. —Bincy no pudo evitarlo. Se abalanzó hacia él, con los brazos rodeándose a sí misma, y sencillamente se refugió entre los suyos. Él vaciló un instante y luego la rodeó con sus brazos, apoyando la cabeza sobre la de ella y acogiéndola bajo su barbilla como si fuera una niña pequeña.

—Ya ha pasado todo —dijo en voz baja, frotándole la espalda—. Ahora estás a salvo. Nada volverá a hacerte daño. Te lo prometo.

Bincy le creyó con todo su corazón. Se permitió sollozar unos minutos, con el rostro hundido en su pecho. La libertad que había sentido al huir de la mansión aún palpitaba en su interior, pero ahora era un latido más lento, más rítmico, como algo que hubiera venido para quedarse.

Se apartó y alzó la vista hacia Judd. —¿Cómo me has encontrado?

—¿Y cómo no iba a hacerlo? —sonrió Judd—. Estaba preocupado por ti.

—¿Por qué?

—Te he visto cansada otras veces, Bincy. Pero por tu aspecto el día que nos encontramos en el mercado, supe que algo iba mal. No tenías nada buena cara. —La preocupación llenó sus ojos—. Supe que estabas en algún tipo de aprieto.

Aprieto. Bincy sintió que se le sonrojaban las mejillas. Esperaba que Judd no supiera cuánta razón tenía.

—Empecé a rondar de nuevo por la mansión —continuó él—. Me aseguraba de que nadie me viera, pero intentaba no perderte de vista. Estaba de camino a casa cuando oí los gritos y te vi correr.

—Me alegro tanto de que lo hicieras —dijo Bincy, forzando una sonrisa. Sus pensamientos daban vueltas a toda velocidad. ¿Qué iba a decirle a Judd cuando le preguntara qué estaba pasando?

Sin embargo, no le preguntó. Se limitó a cogerle la mano, pero sus dedos no se entrelazaron con los de ella; la firme presión en su palma era casi paternal. —¿Quieres volver a la mansión? —preguntó amablemente.

Bincy negó con la cabeza. —No.

—Está bien. Entonces puedes venir conmigo, si quieres. Me alojo con el platero para el que trabajo. Tienen una habitación preparada para ti.

—¿Una habitación? —parpadeó Bincy—. ¿Por qué?

—Pensé que quizá querrías marcharte —dijo Judd—. Y son buena gente. Pero solo si quieres venir conmigo, claro.

Aunque Bincy hubiera tenido otra opción, de repente no deseaba otra cosa que aferrarse a la mano de Judd y dejar que la llevara a un lugar seguro. A una habitación propia. —Sí, por favor —dijo en voz baja.

—Vamos, entonces. —Judd le apretó la mano ligeramente y volvió a salir a la calle—. No hay que andar mucho.

Bincy agradeció oír esas palabras. Siguió a Judd en silencio por las calles, disfrutando de que ni un solo hombre la mirara ahora que iba pegada a su lado. La llevó a través del mercado y a una zona de la ciudad que nunca había visto. Las casas aquí eran pequeñas —más bien casitas de campo, a decir verdad—, pero estaban limpias y ordenadas, con las pequeñas vallas de sus parcelitas bien derechas y la estrecha calle recién barrida. Judd se acercó a una pequeña casa de dos plantas con el resplandor del fuego en las ventanas y un alegre hilo de humo saliendo de la chimenea.

—Señor Fernsby —llamó—. Soy yo.

La puerta se abrió de inmediato, revelando a un caballero corpulento con un chaleco de botones de latón que llevaba un monóculo y tenía unas enormes patillas blancas. Sus ojos centelleaban mientras miraba a Bincy.

—¿Es esta la muchacha de la que nos has hablado, Judd? —preguntó.

—La misma —dijo Judd. Le soltó la mano a Bincy—. La he encontrado justo a tiempo.

En ese momento, una señora mayor con el pelo blanco recogido en un moño apareció junto al hombre. —¡Oh, pobrecita! —exclamó.

Para asombro de Bincy, se abalanzó sobre ella, le cogió la mano y, más o menos, la arrastró dentro de la casita.

—Venga, venga. Parece que necesita usted una buena comida en condiciones, ¿verdad? Ah, y un baño delicioso. ¡Y mire qué vestido! Habrá que lavarlo y remendarlo. No se preocupe, querida, es usted más o menos de la talla de nuestra Mary, que ya es mayor y tiene hijos, pero seguro que aún queda alguna que otra cosa suya por la casa, ¿no cree?

Todas estas palabras salieron a la vez, tan brillantes y flotantes como pompas de jabón, y Bincy se encontró sentada de sopetón en una silla de la cocina y aferrando una taza de té caliente antes de saber muy bien qué estaba pasando. Judd entró detrás de ella y el señor Fernsby cerró la puerta tras ellos.

—¡Vaya, vaya! —Su esposa observó a Bincy con pena por un momento y luego negó con la cabeza mientras se apresuraba hacia la estufa—. ¡Pobrecilla, qué desaliñada estás! Estoy deseando pasarte un peine por ese pelo, querida. Pero lo primero es lo primero, ¿no te parece? Un buen guiso reparador te sentará de maravilla. Necesitas tener el estómago bien lleno y después todo se arreglará, ¿no te parece?

—Creo —dijo Judd, riéndose de la expresión de Bincy— que tal vez unas presentaciones serían oportunas, señora Fernsby.

—¡Oh, por supuesto! ¡Qué tonta soy! —La señora Fernsby se detuvo y miró a Bincy con ojos chispeantes por un instante—. Soy Patricia Fernsby, querida. Y este es mi marido, Flavius Fernsby. Y supongo que ya conoces a nuestro querido Judd. —Le pellizcó la mejilla a Judd como si fuera un niño pequeño—. ¿Qué haríamos sin él?

Judd se rio, con los ojos brillantes de cariño. —¿Qué haría yo sin vosotros? —preguntó—. El señor y la señora Fernsby vinieron al hospicio a por un aprendiz y me salvaron la vida cuando me acogieron para que aprendiera el oficio del señor Fernsby. Me habría

vuelto loco en ese lugar en poco tiempo, tras la marcha de mi querida Clara.

El señor Fernsby negó con la cabeza. —Un lugar terrible, el hospicio —dijo—. Sencillamente terrible.

—Pero no hablemos de eso —dijo la señora Fernsby—. Todo eso ha quedado atrás, y esta niña tan encantadora no quiere oír hablar de esas cosas, ¿no te parece? —Aquella coletilla floreció como una flor al final de su frase, y a Bincy le resultó bastante entrañable—. Y tú *debes* de ser Bincy, querida. Judd no ha parado de hablar de ti.

Bincy se sonrojó y miró a Judd de soslayo. Él no le sostuvo la mirada, pero a ella le pareció que las mejillas de él también tenían un poco más de color.

—¿Estás segura de que puede quedarse un tiempo, señora Fernsby? —preguntó él—. Siento la molestia, pero no hay otro lugar…

—Querida, tenemos de sobra para todos —dijo la señora Fernsby con firmeza—. Le encontraremos un buen puesto pronto, lo sé, y hasta entonces, me atrevería a decir que será una gran ayuda tener a esta criaturita en casa. No te preocupes por nada.

—Le estaré eternamente agradecido, señora Fernsby —dijo Judd.

—Hace muchísimos años, un ama de llaves muy bondadosa me dio una oportunidad —dijo la señora Fernsby, sonriendo con cariño—. Vino a buscarme a un hospicio igual que hicimos nosotros contigo, y de no ser por ella, jamás habría sobrevivido. Siempre me prometí que algún día devolvería el favor, y estoy más que feliz de poder hacerlo.

Bincy no supo qué decir, así que no dijo nada durante el resto de la velada, que fue un desconcierto descomunal de calidez, comida, alegría y una conversación como nunca antes había oído o visto. Le dieron un cuenco de estofado tan grande que pensó que podría explotar si se lo terminaba, pero lo liquidó sin demora. Después, la señora Fernsby la condujo a un cuarto de baño donde la metió en

una bañera de hojalata y la frotó y frotó hasta que volvió a sentirse humana, mientras le desenredaba el pelo lentamente, mechón a mechón, hasta que le cayó sobre los hombros como una suave nube dorada. Envüelta en una toalla, esperó a que la señora Fernsby le trajera un camisón de lino que se ciñó a sus curvas con la familiaridad de un tierno abrazo.

Finalmente, la condujo escaleras arriba hasta un rellano. La señora Fernsby le apretó la mano. —Esta es tu habitación, querida —dijo, abriendo una puerta que revelaba un pequeño cuarto con una ventanita redonda, una vela en la mesilla de noche y una cama; una de verdad, con un colchón blando y edredones de plumas, no una litera ni un jergón. Bincy se quedó mirándola—. Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que decirlo. —Con eso, la señora Fernsby le dio una palmadita amistosa en el hombro y se marchó apresuradamente.

Bincy seguía de pie en el umbral, simplemente observando, cuando oyó unos pasos sigilosos a su espalda. No necesitó darse la vuelta para saber que era Judd.

—Puedes entrar, ¿sabes? —dijo él, suavemente—. Es para ti.

Bincy deseaba dar un paso al frente y deslizarse bajo aquellas cálidas sábanas, pero algo se lo impedía. La ropa de cama era blanca, perfectamente almidonada. Sabía que su piel estaba limpia, pero no podía deshacerse de la sensación de que, si tan solo tocaba aquel lino blanco, lo mancharía con la verdad de lo que Henry casi había hecho.

Fue entonces cuando habló por fin, por primera vez desde que había entrado en aquella perfecta y hermosa casita con sus maravillosos habitantes. Se volvió para mirarlo, clavando los ojos en su amable mirada. —Lo siento, Judd —susurró—. No puedo quedarme.

El semblante de él se ensombreció, pero intentó ocultarlo. —¿Por qué no? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—No me lo merezco. —Bincy tragó con dificultad para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. No te conté por qué hui de la mansión, Judd. No fue porque me mataran de hambre o me hicieran daño. —Sintió que las lágrimas se le desbordaban—. Tenías razón —admitió al fin—. Henry no tenía buenas intenciones. Él… —No pudo terminar la frase.

—Chisss. —Judd le tocó el hombro—. Lo sé. Ellos también lo saben. No es culpa tuya, Bincy. Todavía queremos ayudarte. —Se aclaró la garganta—. Todavía *quiero* ayudarte.

Bincy lo miró. —¿Lo prometes?

La sonrisa de Judd, en ese instante, fue su mundo.

—Lo prometo —repitió él.

Tantas promesas se habían roto. Pero esta tenía el sabor de lo sólido y lo real, y Bincy la guardó en su corazón mientras cerraba la puerta tras de sí, se deslizaba entre las sábanas y se sumía en el sueño más profundo que jamás había conocido.

EL ESTÓMAGO de Bincy rugió de expectación mientras se inclinaba frente al horno. Se puso los guantes de cocina como si se estuviera armando para la batalla. —No estoy segura de esto, señora Fernsby —dijo preocupada—. Nunca he horneado nada.

—Llevas tres semanas cocinando, cielo —dijo la señora Fernsby a su espalda, posándole una mano maternal sobre el hombro—. Lo has hecho muy bien. Estoy segura de que estarán buenos... y si no, pues nada, volveremos a intentarlo, eso es todo.

Animada, Bincy abrió el horno y sacó la bandeja de scones. La dejó sobre la mesa de la cocina y los examinó con ojo crítico. —No tienen tan mala pinta.

—En absoluto. A ver qué tal saben. —La señora Fernsby extrajo uno ayudándose de un cuchillo. Al abrirlo y cortar un trozo, el vapor brotó de su esponjoso interior. Lo sostuvo a contraluz y Bincy sintió una oleada de orgullo al ver que estaba dorado y ligero—. ¡Perfecto! —dijo—. Va a estar delicioso. —Y con esa seguridad, se lo metió en la boca.

Bincy vio de inmediato que algo no iba bien. A la señora Fernsby comenzaron a llorarle los ojos. Su cara se enrojecía por momentos, pero continuó masticando el scone valientemente, con los ojos anegados en lágrimas. —¿Qué es? —preguntó Bincy—. ¿Qué le ocurre?

Con un esfuerzo heroico, la señora Fernsby logró tragarlo. —Está..., está muy bueno, querida —graznó.

Bincy cogió un trozo del scone. —Pues no lo parece —dijo, y se lo metió en la boca. De inmediato, un fuerte sabor a sal le atenazó la parte posterior de la lengua, provocándole arcadas—. ¡Puaj! —exclamó, luchando por tragar—. ¡Está horrible!

—¡No, no! —tosió la señora Fernsby—. Están bien, cielo. Solo necesitan un poco menos de sal.

Bincy alzó la vista hacia el rostro enrojecido de la bondadosa anciana y no pudo evitarlo. Estalló en una carcajada, y la señora Fernsby se unió a ella. Sus risas rebotaron y se revolvieron por la pequeña cocina bajo la luz de la tarde.

—De acuerdo —dijo la señora Fernsby, secándose las lágrimas de risa—. Son terribles. Pero no te preocupes, querida. Simplemente haremos otra tanda, y ya está.

Todavía estaban riendo cuando se abrió la puerta y entró el señor Fernsby, seguido de cerca por Judd. —¡Hola, mi preciosa! —dijo él, abalanzándose para besar la mejilla de la señora Fernsby—. ¿Has tenido un buen día?

—Encantador —dijo la señora Fernsby.

Bincy miró con timidez a Judd. Él le dedicó una sonrisa que le dio un vuelco al corazón, y ella bajó la vista, sintiendo un aleteo de alegría en el estómago.

—Tengo buenas noticias que compartir con vosotros —dijo el señor Fernsby—. Especialmente contigo, Bincy.

Bincy levantó la mirada. —¿Es sobre un trabajo, señor? —preguntó.

—Efectivamente. Y creo que sería absolutamente perfecto para ti —dijo el señor Fernsby—. Mi querida hermana, Agatha, está casada con un hombre encantador que es hombre de negocios. Tiene que viajar a la India durante un año por su trabajo, ¿ves?, y no tienen hijos. Agatha va a necesitar una doncella personal y dama de compañía que se quede con ella. Tendrás que ayudar con algo de cocina y limpieza, por supuesto, pero también podrás mejorar tu educación y simplemente pasar tiempo con la buena mujer... no debe sentirse sola. La paga también es buena. Estaba preguntando por ahí, y le dije que serías perfecta para el puesto, y ella dijo que, si yo te recomendaba, ya estabas contratada... si quieres el trabajo, claro.

Bincy sonrió a Judd, que se iluminó al ver su felicidad. —¡Por supuesto que lo quiero! —dijo—. ¡Será perfecto! Me encantaría trabajar para alguien tan agradable como usted.

—Puedo asegurarte que Agatha es considerablemente más agradable —dijo el señor Fernsby, riendo—. Solo hay una pega, querida. Verás, Agatha vive en el campo. Tendrías que ir a quedarte con ella. —Su expresión era compasiva mientras su mirada vagaba de Bincy a Judd—. No podríais veros durante un año, excepto cuando Agatha venga a Londres a verme.

Bincy sintió una punzada de miedo. Miró a Judd, pensando en aquello puro y precioso que estaba creciendo lentamente entre ellos, tan diferente de lo que había tenido con Henry. Lo de Henry había sido un incendio voraz; lo que tenía con Judd era solo una chispa

ahora, pero sentía que podría convertirse en el calor constante de un fuego en el hogar. ¿Sería esta distancia suficiente para apagarlo?

Judd le cogió la mano. Por primera vez, sus dedos se entrelazaron. —Siempre estaré aquí esperándote —dijo en voz baja.

Bincy sonrió. Era la primera vez en su vida que el valor surgía de forma natural. —Sé que lo estarás —dijo ella.

—Entonces todo está arreglado —dijo el señor Fernsby—. ¡Qué magnífico! ¡Y mirad qué scones tan deliciosos!

—¡No! —gritaron la señora Fernsby y Bincy a la vez, pero ya era tarde. El señor Fernsby ya se había metido un scone entero en la boca. Mientras la cocina se llenaba de risas, con el señor Fernsby tosiendo y farfullando en medio de ellas, Bincy sintió algo nuevo florecer en su alma. Algo tan novedoso y encantador que tardó unos minutos en recordar su nombre.

Esperanza.

CAPÍTULO 17



Un año después

Aquella era la última parada. Al bajar Bincy del coche de caballos, se sintió aliviada de reconocer por fin su entorno. Por muy hermosas que fuesen las onduladas colinas y los campos de retales de la campiña, Londres siempre había sido su hogar, y mientras contemplaba el mercado, se sintió abrazada por los muros de las tiendas de ambos lados.

Se dio la vuelta, escrutando los rostros de la multitud que la rodeaba. Su entorno le era familiar, pero ninguno de los rostros lo era. Sintió una punzada de miedo y bajó la vista hacia la carta que aferraba en la mano. Estaba firmada: *Con todo mi amor, tu Judd.* Más arriba, en la carta, había escrita una hora: *3:00 p. m.* Alzó la vista hacia el reloj de la iglesia que se erguía sobre el mercado justo cuando daba la tercera campanada.

—¿Dónde estás, Judd? —murmuró Bincy, protegiéndose los ojos con la mano para mirar a su alrededor. Por un segundo, el suelo pareció tambalearse bajo sus pies. Volvió a sentirse como si tuviera siete años y estuviera abandonada.

—No seas tonta —se dijo Bincy a sí misma, negando con la cabeza —. Te ha estado esperando todo el año para que regresaras. No va a

dejarte… a ti…

Fue entonces cuando vio un rostro que reconoció. Pero no pertenecía a Judd. De hecho, Bincy llevaba tanto tiempo sin verlo que le sorprendió que le resultara familiar. Estaba surcado de profundas arrugas y el pelo que lo coronaba era cano, pero cuando la mujer se dio la vuelta, reconoció los ojos. En su día habían sido azules, pero ahora parecían desvaídos. Exprimidos por las penalidades.

Bincy avanzó, sin apenas dar crédito a sus ojos. —¿Mamá?

La mujer se detuvo. Sus ojos se clavaron en los de Bincy y esta vio cómo se quedaba boquiabierta. Dio un paso atrás y, por un momento, Bincy pensó que se alejaría a toda prisa, que se fundiría entre la multitud como había hecho más de diez años atrás, cuando la abandonó a su suerte. Una suerte que casi había sido peor que la muerte. Por un instante, Bincy casi deseó que se marchara. En lugar de eso, empezó a caminar hacia ella. Había un traspié en su andar, una leve cojera, pero se movió tan rápido como pudo hasta quedar a escasos centímetros de Bincy.

—¿Bincy? —murmuró—. ¿De verdad eres tú? ¿Después de tantos años?

Bincy asintió. —Sí, mamá —dijo en voz baja—. Soy yo.

Mamá se acercó un paso más con cautela, huidiza como un animal salvaje. Alargó la mano y las yemas de sus dedos apenas rozaron la mejilla de Bincy. —Has crecido.

—Así es, mamá. Ya tengo dieciocho años.

—Dieciocho. —Mamá negó con la cabeza. Las emociones revoloteaban por su rostro como sombras de nubes en un día de viento—. ¿Estás a salvo?

—Sí, mamá. —Bincy le sonrió—. Estoy perfectamente a salvo.

Los ojos de mamá se humedecieron y Bincy vio cómo relajaba los hombros. El movimiento fue casi herrumbroso, como si hubieran pasado años desde la última vez que se había permitido hacerlo. —Eso… eso es bueno —dijo—. Es muy, muy bueno.

Durante unos instantes más, se limitaron a contemplarse, mientras mamá se empapaba de la imagen de Bincy. Entonces, dio un paso atrás, y la actitud huidiza regresó a sus movimientos. —Tengo que irme —dijo—. Lo… lo siento. —Hizo una pausa—. Bincy, siento haberte dejado. Siento no poder quedarme.

—No pasa nada, mamá —dijo Bincy. Las palabras surgieron con naturalidad, brotando directamente de su corazón—. Te perdono. —Sonrió, irguiendo los hombros—. Y no te necesito. —No había ira en su tono—. Te necesité durante muchísimos años y no estuviste ahí, pero te lo perdono todo, y ahora estoy bien. Ya no te necesito.

Mamá sonrió. Bincy se preguntó si aquella sería la primera y única vez que vería sonreír a su madre. —Eso es bueno —susurró.

Luego desapareció, pero no importó, porque Judd corría por el mercado hacia ella, mirándola como si fuera su mundo entero. Bincy lanzó un grito de alegría y dejó caer la maleta mientras corría hacia él para saltar a sus brazos. Él no la hizo girar. Se limitó a cogerla y a estrecharla contra sí, aspirando su aroma durante unos segundos antes de depositarla en el suelo.

—Te he echado tanto de menos —exclamó Bincy.

—Lo sé, mi amor. —Judd le besó la frente—. Yo también te he echado de menos. Pero ya ha pasado todo. Se acabó la añoranza. —Sus ojos brillaron—. El señor Fernsby dice que Agatha te ha dado tan buenas referencias, que hay tres damas que preguntan por ti para contratarte como ama de llaves.

Bincy se rio. —Y la señora Fernsby me ha dicho que ahora eres platero.

—Lo soy. —Judd sonrió—. ¿Y sabes lo que eso significa?

—Mmm… —Bincy fingió pensar por un momento—. ¿Significa que puedes hacer cosas de plata?

—¡Bincy! —Judd se rio y luego hizo una pausa para besarle la mejilla —. Significa que ya podemos casarnos, mi amor. Y que podemos alquilar una casita preciosa y tener unos hijos preciosos. Y tú serás mi preciosa y perfecta mujercita.

Bincy se apoyó en él, aspirando su olor. Era el olor del hogar.

—Me muero de ganas —dijo.

Entonces le cogió la mano y se alejaron por las bulliciosas calles.

El Fin

SOBRE LA AUTORA



Faye Godwin ha estado fascinada con la novela romántica victoriana desde su adolescencia. Tras leer todas las novelas románticas victorianas de su biblioteca pública, decidió empezar a escribirlas ella misma, algo que ha hecho desde entonces. Faye vive con su marido y su hijo pequeño en Inglaterra. Le encanta viajar por todo el país, ideando nuevas tramas para sus novelas románticas. Está encantada de unirse a la familia editorial Tica House y tiene muchas ganas de conocer a sus lectores.

contact@ticahousepublishing.com

https://ticahousepublishing.com/romance-espantildeol.html